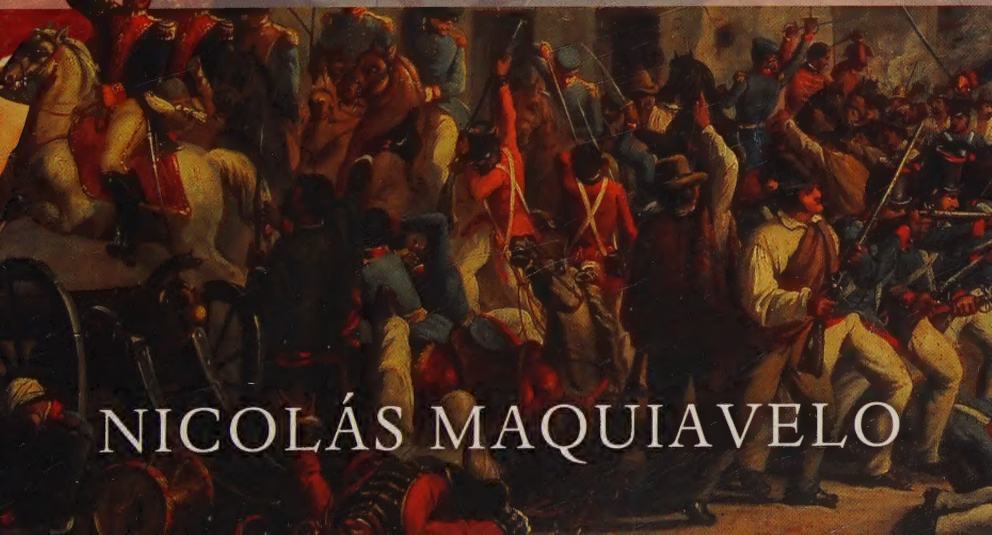
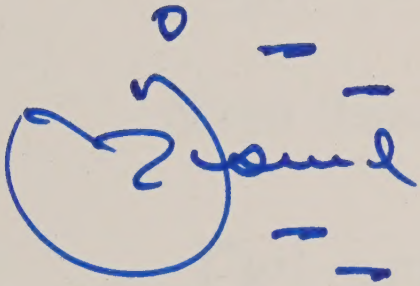
DEL ARTE DE LA GUERRA



NICOLÁS MAQUIAVELO

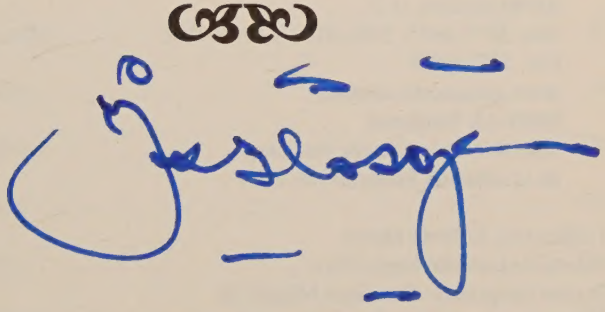


NY ~ 10 ~ 30 / 2016

Clásicos TOMO

Nicolás Maquiavelo

Del arte de la guerra



Grupo Editorial Tomo, S. A. de C. V.
Nicolás San Juan 1043,
03100, México, D.F.

10-30/2016

1a. edición, noviembre 2014.

© *Dell'arte della guerra*
Nicolás Maquiavelo

© 2014, Grupo Editorial Tomo, S. A. de C. V.
Nicolás San Juan 1043, Col. Del Valle
03100 México, D. F.
Tels. 5575-6615, 5575-8701 y 5575-0186
Fax. 5575-6695
www.grupotomo.com.mx
ISBN-13: Pendiente
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial No. 2961

Traducción: Roberto Mares
Diseño de portada: Karla Silva
Diseño tipográfico: Francisco Miguel M.
Supervisor de producción: Leonardo Figueroa

Derechos reservados conforme a la ley.
Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida o transmitida en cualquier forma, o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, audio, etc., sin autorización por escrito del editor titular del *Copyright*.

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Contenido

Prefacio 5

Prólogo de Nicolás Maquiavelo 9

Libro primero 13

Libro segundo 47

Libro tercero 91

Libro cuarto 121

Libro quinto 139

Libro sexto 161

Libro séptimo 195

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/delartedelaguerr0000nico

Prefacio

Niccoló di Bernardo dei Machiavelli nació el 3 de mayo de 1469, en Val di Pesa, un pueblo cercano a Florencia, en el seno de una antigua familia florentina. Hijo de Bernardo di Niccoló dei Machiavelli, jurisconsulto, y de Bartolommea dei Nelli. Creció en medio de la efervescencia del Renacimiento italiano, que se manifestó de manera exuberante bajo el mandato de Lorenzo dei Médici, llamado "El Magnífico". A la caída de este, en 1494, se estableció un sistema republicano en Florencia y Maquiavelo, a la edad de veinticinco años, se integra en el servicio público, manifestando en ello su vocación republicana y sus virtudes de teórico de la política.

Su primer encargo para la república fue la segunda cancillería de Asuntos Exteriores y Guerra; más tarde realizó misiones diplomáticas ante el rey de Francia, la Santa Sede y el emperador germánico. En 1502 contrajo matrimonio con Marietta Corsino, con la que engendró cinco hijos. De 1503 a 1506 organizó las defensas militares de la república de Florencia. En el año 1512, los Médici retoman el poder en Florencia y Maquiavelo es privado de su cargo y encarcelado por conspiración. Puesto en libertad, se retira a sus propiedades cercanas a Florencia, donde escribe sus obras más importantes: *Vida de Cas-*

truccio Castracani; Historias florentinas; su obra de teatro *La mandrágora; Del arte de la guerra,* y *El príncipe.* Muere el 21 de junio de 1527, en su ciudad natal.

Sus escritos hablan sobre los principios en los que se basa un Estado ideal y los medios para mantenerlos. La obra cumbre de su filosofía política es *El príncipe,* que en su propio tiempo se consideró una obra cínica y amoral, por lo que no se le concedió publicación sino hasta cinco años después de su muerte, en 1532. En ella describe el método por el cual un gobernante puede adquirir y mantener el poder. Con frecuencia el escrito ha sido considerado una defensa de la tiranía de dirigentes como César Borgia, y la propuesta de un sistema despótico, arbitrario y completamente antidemocrático; sin embargo, en apego a su vocación republicana y parlamentarista, la propuesta, arriesgada y radical que subyace en el fondo de las obras de Maquiavelo, es la necesidad de establecer primero un gobierno fuerte y sólido, para que se generalizara un orden social perdurable sobre el que más tarde se construiría, a manera de evolución humanística, un gobierno democrático donde el pueblo, a través de sus organismos políticos, ejerciera el poder sobre sí mismo; algo así planteaba Lenin con su "dictadura del proletariado". Maquiavelo señalaba que el gobernante debería preocuparse solamente de obtener y mantener el poder, apoyándose en aquellos que le garantizaran el éxito en sus actuaciones políticas. Se trata de un pragmatismo a ultranza, en el que aparentemente se excluye la moral; pero no es así, pues para Maquiavelo el poder personalizado es solo un medio para lograr la disolución a largo plazo de toda forma de despotismo, lo que es en sí mismo un fin moralmente válido (el fin justifica los medios).

En Italia, el Renacimiento se presenta como un gran tablero de ajedrez político, el panorama cambia, se transforma cons-

tantemente por la habilidad de los jugadores dominados por la pasión del poder. En la mentalidad renacentista, todo hombre rico lo es en justicia, cualesquiera que hayan sido sus métodos, y también es justo y lógico que adquiera el poder y lo ejerza a su arbitrio, puesto que su vida es movida hacia el éxito por los vientos de la fortuna, y siendo un hombre "de fortuna", agraciado por Dios o el "destino", sus actos no responden a la "virtud" en un sentido moral, sino a la *virtú*, término inventado por Maquiavelo para señalar la esencial cualidad del político, que es algo parecido al virtuosismo de quien toca muy bien el violín, pero no de quien compone la música, que es un virtuoso en un sentido más profundo y trascendente; en el primero lo que importa es la eficacia de la acción, en el segundo importa el "para qué", la finalidad última de la acción.

A primera vista, la *virtú* de Maquiavelo se nos presenta como una apología del cinismo, o como la aceptación y sistematización de la "amoralidad" en la política; evidentemente hay mucho de cierto en esta perspectiva, pero detrás de este pragmatismo descarnado se trasluce una intención oculta: la unificación de Italia, la creación de una patria mucho mayor que las ciudades-Estado que eran el remanente de una Edad Media ya superada, y todavía más: la creación de una nación liberal y republicana, lo que parecería un contrasentido para los lectores de su famosa obra *El Príncipe*, y *Del arte de la guerra*, que es el discurso dialogado que aquí presentamos; pero no cabe duda que Maquiavelo creía (como muchos han creído a lo largo de la historia) que una voluntad poderosa y desprovista de los blandos valores morales podría concentrar todo el poder y someter a Italia al imperio de una fuerte autoridad que restableciera aquella *pax romana* que fue un gran yugo para los pueblos, pero también un camino abierto hacia la civilización, paradoja que el propio Maquiavelo deja ver en sus textos y que se

observa en las actitudes de los poderosos del Renacimiento, seres capaces de una fría crueldad, pero al mismo tiempo generosos y abiertos a la cultura.

Roberto Mares

Prólogo

de Nicolás Maquiavelo
Ciudadano y secretario florentino
a Lorenzo Strozzi patricio florentino

Muchas personas aseguran, Lorenzo, que no hay nada tan diferente, e incluso contrario entre sí, que la vida civil y la castrense. Con frecuencia se ve que si alguien decide dedicarse a la milicia, no solamente cambia su manera de vestir, sino que también realiza cambios en sus costumbres, en su voz y apariencia general, pues no le parece adecuado que vista un traje civil aquel que está bien dispuesto a hacer uso de la violencia, ni tampoco le convienen los hábitos y costumbres del comportamiento civil, que considera afeminados y por tanto impropios de su profesión; asimismo, no quieren mostrar una presencia y lenguaje ordinarios aquellos que, con su aspecto y palabras duras, procuran siempre intimidar a los demás hombres.

Lo que sucede en la actualidad justifica la opinión que se tiene de la milicia; pero si volvemos la vista hacia la antigüedad y consideramos las instituciones de entonces, no encontraríamos nada más unido, concordante y de tanto aprecio mutuo

como la vida civil y la castrense, porque todas las artes que se practican en una civilización buscan el bien común de los ciudadanos, todas las instituciones que se establecen en la sociedad, para vivir con el temor de Dios y de las leyes, serían inútiles si no existiera una fuerza pública destinada a su preservación y defensa, la cual mantiene las instituciones, esté bien organizada o no tanto. Por el contrario, las buenas instituciones que no cuentan con el apoyo de la milicia, se derrumban como los salones de un magnífico castillo señorial, que pudieran relumbrar de oro y piedras preciosas, pero que, al carecer de techo, no se verían protegidos de la acción dañina de la intemperie. Las normas que se practicaban con gran diligencia en los antiguos reinos y repúblicas para mantener a los hombres fieles, pacíficos y temerosos de Dios, eran doblemente obligatorias para los militares, pues la patria deposita su mayor fe en aquellos que han jurado dar la vida por ella; además, ¿qué hombre podría anhelar más la paz sino aquel que puede sufrir más que nadie por causa de la guerra? ¿Qué hombre ha de tener mayor temor a Dios sino aquel que, sometiéndose cada día a infinitos peligros, necesita más de su ayuda?

Esta necesidad, bien tenida en cuenta por quienes hacían las leyes de los imperios y por quienes se dedicaban a la profesión de las armas, hacía que los hombres alabaran la vida del soldado y pusieran todo su ánimo en imitarla. Al corromperse la disciplina militar, y habiéndose olvidado casi todas las normas antiguas, es natural que surjan estas opiniones nefastas respecto de la milicia, y el deseo de rehuir toda forma de relación con quienes ejercen esa profesión. A partir de lo que he visto y leído, juzgo que no es imposible restablecer las antiguas instituciones militares, y restaurar en ellas sus tradicionales virtudes. Así que, en estos tiempos llenos de ocio para mí, he decidido ocuparme en escribir lo que sé del arte de la guerra,

para satisfacción de los que aman lo que antaño se hacía. Pareciera un atrevimiento de mi parte el opinar acerca de una profesión que no practico, pero no creo estar incurriendo en un error al ocuparme en teoría de lo que otros se han ocupado en la práctica, porque los errores que yo cometa al escribir pueden ser corregidos con facilidad y sin daño para nadie, en cambio, los que otros cometen al actuar, se aprecian con claridad en las ruinas de los imperios.

Así pues, Lorenzo, luego de evaluar la calidad de mis esfuerzos, habrá usted de censurarlos o exaltarlos. Yo le envío mis escritos para demostrarle mi agradecimiento —aunque nada le aporten mis aptitudes— por los beneficios que he recibido de usted, y porque siendo costumbre honrar con obras similares a aquellos que destacan por su nobleza, su ingenio y generosidad, sé que hay muy pocos que se le igualen en riquezas y nobleza, menos en ingenio y ninguno en generosidad.

Libro primero

Yo creo que se puede alabar a un hombre sin recato después de su muerte, pues ya no se despiertan sospechas de adulación, así que no titubearé en elogiar a nuestro Cosme Rucellai, cuyo recuerdo me hace siempre verter lágrimas. Él poseía todas aquellas cualidades que puede desear un buen amigo de sus amigos y un ciudadano por su patria.

Confieso sin rodeos que, entre todos los hombres que he conocido y tratado, jamás encontré otro con ánimo más encendido por las cosas valiosas y excelsas; el único pesar que al morir expresaba a sus amigos, era el haber nacido para perder la vida, joven aún, en su casa y sin gloria, sin haber podido, tal como lo hubiera anhelado, prestar algún servicio notable, porque sabía que de él solo se podía decir que había muerto un buen amigo. Eso no significa, sin embargo, que nosotros, y cualquier otro que lo hubiera conocido, no podamos dar fe de sus grandes virtudes, ya que no dejó obras.

Bien es cierto que no le fue tan adversa la fortuna que no le impidiera dejar algún breve recuerdo de la sagacidad de su ingenio, como lo muestran algunos escritos suyos y composiciones de versos de amor, en los cuales, aunque no estuviera enamorado, se ejercitaba en su edad juvenil para no consumir en

vano su tiempo mientras la fortuna no lo llevara a pensamientos más sublimes. Se evidencia en ellos una gran capacidad de expresión, y se adivina la gloria que hubiera alcanzado en la poesía de haberse dedicado decididamente a ella.

Privados por la muerte de tan entrañable amigo, el único consuelo que para mí tiene esta desgracia es conservar su memoria recordando sus actos, la agudeza de sus dichos o la firmeza de sus razonamientos. En este sentido, lo más reciente que recuerdo de él es la conversación que hace poco mantuvo en su jardín con Fabrizio Colonna, durante la cual Colonna hizo una amplia exposición sobre la Guerra, y Cosme le hizo preguntas perspicaces. Puesto que estuve presente junto con algunos amigos comunes, se me ocurrió narrarla con el propósito de que, al leerla, los amigos de Cosme que allí estuvieron refresquen en su alma la memoria de sus virtudes y los demás en parte lamenten no haber intervenido, y en parte aprendan muchas cosas útiles para la vida, no solo militar, sino también civil, sabiamente expuestas por un hombre inteligente.

Cuando Fabrizio Colonna regresó de Lombardía, donde había militado con enorme gloria al servicio del rey católico, decidió, al pasar por Florencia, descansar unos días en la ciudad para visitar a su excelencia el Duque y para ver nuevamente a algunos caballeros con los que antes había trabado amistad. A Cosme se le ocurrió invitarlo a sus jardines, no tanto para ejercer su magnanimidad como para tener la oportunidad de conversar largamente con él, escuchando y aprendiendo lo que de un hombre cabría esperar, pareciéndole bien empleado un día dedicado a tratar sobre los asuntos que le interesaban. Acudió Fabrizio y lo recibió Cosme acompañado de algunos de sus más leales amigos, entre quienes se encontraban Zanobi Buondelmonti, Bautista della Palla y Luis Alamanni, jóvenes muy estimados por él e interesados por los mismos problemas,

y a cuyas cualidades no me referiré por ser conocidas por todos.

Fabrizio fue agraciado con todos los honores posibles, de acuerdo con la época y el sitio, pero terminados los placeres del banquete, levantadas las mesas y agotados los festejos, que entre hombres grandes y de altos pensamientos son siempre breves, y como quedaba todo el día por delante y hacía mucho calor, Cosme consideró que para satisfacer mejor su deseo convendría, aprovechando la oportunidad para eludir el calor, pasar a la zona más apartada y sombreada de su jardín. Llegados al sitio, algunos se sentaron sobre la hierba, que en aquel lugar era muy fresca, y otros en sillas colocadas a la sombra de enormes árboles, Fabrizio alabó la majestuosidad del lugar, observando particularmente los árboles, sin reconocer algunos, por lo cual vacilaba. Cosme lo advirtió y dijo: "Tal vez no conozcas algunos de estos árboles; pero no te sorprendas por eso, porque los hay que eran más estimados en la antigüedad que hoy en día". Le dio el nombre de los árboles, y le explicó que su abuelo Bernardo se había dedicado especialmente a cultivarlos. Entonces Fabrizio dijo: "Yo estaba pensando precisamente eso; y el lugar y la afición de tu abuelo me recuerdan que algunos príncipes del reino de Nápoles tuvieron también ese mismo gusto al cultivar estos árboles". Se interrumpió en este punto, y tras quedarse unos segundos indeciso añadió: "Si no temiera ofender, daría mi opinión; pero creo que me puedo permitir hacerlo porque estamos entre amigos y se trata de comentar las cosas y no de murmurar sobre ellas. Mejor habrían hecho aquellos, dicho sea sin la intención de ofender, si hubieran tratado de imitar a los antiguos en las cosas más intensas y ásperas, y no en las delicadas y blandas; en las que se hacían bajo los rayos del sol y no a la sombra, y tomar los criterios de la antigüedad verdadera y perfecta, no de la falsa y corrupta;

porque desde que los romanos incorporaron estas aficiones, comenzó la decadencia de mi patria". Cosme respondió: "Bien, pero para evitar el tedio de repetir tantas veces *este dijo, aquel replicó*, anotaré solamente los nombres de quienes hablan; Cosme: tú abriste el camino de la conversación que yo deseaba, y te suplico que hables con la mayor libertad, pues también con libertad te preguntaré yo; y si en mis preguntas y respuestas disculpo o acuso a alguno, no será con el propósito de disculpar o acusar, sino para saber la verdad de tus labios".

Fabrizio: Y yo te diré de muy buen grado cuanto sepa acerca de tus preguntas; en cuanto a si eso es cierto o no, eso lo remito a tu buen criterio. Escucharé con gusto tus preguntas, que a mí me harán aprender tanto como a ti mis respuestas, porque normalmente quien sabe interrogar le hace a uno considerar y aprender cosas que, de no haber meditado la pregunta, no se le hubieran ocurrido.

Cosme: Refiriéndome a lo que antes decías, acerca de que mi abuelo y los suyos hubieran hecho mejor cuidándose de imitar a los antiguos más en las cosas rudas que en las delicadas, yo me permito disculpar al mío, y tú cuidarás de justificar a los tuyos. Dudo que en aquellos tiempos hubiera un hombre que abominara más la vida blanda a la que tú te has referido; sin embargo, él sabía que ni en su persona ni en la de sus hijos podía aplicarla, porque había nacido en un siglo tan corrompido que el que pretendiera apartarse de los usos comunes sería despreciado por todos. Porque sería tomado por loco el que en verano, cuando más calienta el sol, se revolcase desnudo en la arena, o en los más fríos meses del invierno en la nieve, como lo hacía Diógenes; o por ridículo y hasta inhumano a quien, como los espartanos, criase a sus hijos en el campo, haciéndolos dormir al

aire libre, andar descalzos, con la cabeza desnuda, lavarse en el agua fría para inducirlos a tolerar el dolor, y para que amasen menos la vida y menos miedo sintiesen de la muerte. Si lo viesen alimentarse de legumbres y desdeñar el oro, como Fabrizio, pocos lo alabarían y nadie lo seguiría. Así que mi abuelo, temiendo contraponerse a las costumbres de su época, solamente imitó de los antiguos lo que menos extrañeza podría causar a su alrededor.

Fabrizio: Lo justificas muy bien, y sin duda tienes razón; sin embargo, yo no me refería tanto a los usos rudos y austeros, sino a los humanos y conformes con nuestro actual modo de vivir, que fácilmente pudiera restablecer cualquier ciudadano constituido en autoridad. En mis ejemplos no me apartaré jamás de los romanos. Si volviésemos la vista al sistema de vida de aquellos, y a sus instituciones, encontraríamos muchas cosas que no serían imposibles de adoptar en una sociedad medianamente sana.

Cosme: ¿Y qué cosas de la antigüedad querrías introducir?

Fabrizio: Honrar y premiar la virtud, evitar desdeñar la pobreza, apreciar los hábitos y órdenes de la disciplina militar, obligar a los ciudadanos a amarse los unos a los otros, vivir sin partidismos, preferir los asuntos públicos a los intereses privados, y cosas semejantes que fácilmente serían compatibles con estos tiempos. No es difícil convencerse del provecho de tales reformas, cuando se piensa en ellas con seriedad y se utilizan los medios apropiados, porque su utilidad es tan evidente que cualquier persona normal lo comprendería. Quien tales cosas hiciera, plantaría árboles a cuya sombra se podría vivir más dichoso que en esta que ahora nos protege de los rayos del sol.

Cosme: Nada objetaré de lo que acabas de decir, sino que quiero dejar que formulen su juicio quienes fácilmente pueden

hacerlo. Me dirigiré directamente a ti, que acusas a quienes en las cosas importantes no imitan a los antiguos, para llegar mejor a lo que me interesa. Por consiguiente, quisiera saber de ti cómo es que por una parte censuras a aquellos que no se parecen en sus acciones a los antiguos, y por otra en la guerra, que es el oficio en el cual tú destacas por tu excelencia, no parece que hayas usado sistemas antiguos, o al menos parecidos a ellos.

Fabrizio: Has llegado precisamente al punto que esperaba, porque mis palabras no merecían otra pregunta. Podría contestar a tu demanda con una fácil excusa, pero en este tema prefiero explayarme, para satisfacción de ambos. Quien quiere hacer otra cosa, debe antes prepararse cuidadosamente para estar dispuesto, cuando llegue la ocasión, a realizarla en el momento oportuno. Cuando tal preparación se efectúa con prudencia, nadie tiene noticias de ella, por lo que no se puede culpar a alguien de negligencia si antes la ocasión no lo descubre; cuando esta llega, si no actúa es porque no ha habido preparación suficiente, o no se ha pensado en ella totalmente. Como yo no he tenido ocasión alguna para demostrar mis intenciones de restaurar la antigua disciplina en la milicia, ni ustedes, ni nadie pueden culparme de haberlo hecho. Creo que esta justificación es suficiente como respuesta a tu imputación.

Cosme: Bastaría que yo estuviera seguro de que tal oportunidad, efectivamente, no se presentó.

Fabrizio: Como sé que ustedes pueden dudar de si la oportunidad se presentó o no; abundaré en ello si ustedes aceptan escucharme con paciencia, acerca de cuáles son los preparativos que es necesario hacer primero, cuáles las ocasiones oportunas, qué obstáculos impiden que los preparativos prosperen y que la oportunidad se dé, y cómo todo

esto es, aunque parezca contradictorio, muy fácil y al mismo tiempo muy difícil.

Cosme: No podrías darnos mayor satisfacción. Si a ti no te molesta hablar, nosotros no nos enfadaremos de escuchar. Como la disertación será de por sí larga, en nombre mío y de mis amigos te pido que no te molestes si de cuando en cuando te interrumpimos con alguna pregunta, tal vez inoportuna.

Fabrizio: Me alegra mucho, Cosme, que tanto tú como estos jóvenes me hagan preguntas, porque tengo la certeza de que su juventud los hace más afines a la milicia, y esa afinidad contribuirá a que den crédito a lo que les vaya diciendo; pues hay otros que, por tener ya la cabeza blanca y la sangre congelada, en parte suelen ser enemigos de la guerra, y en parte incorregibles, como los que creen que son los tiempos y no los malos hábitos los que obligan a los hombres a vivir de tal modo. Así que pregúntenme con toda tranquilidad y sin empacho, porque a mí me agradará aclarar sus dudas. Quiero partir de tus palabras cuando me dijiste que en la guerra, que es mi oficio, no usé ningún elemento antiguo; respecto de lo cual digo que siendo este un oficio mediante el cual los hombres no pueden vivir honradamente en ninguna época, no lo pueden ejercer como oficio sino en una república o un reino; y una y otro, si están bien organizados, jamás permitieron a un ciudadano o súbdito ejercerlo como oficio; ningún hombre bueno lo ejerció como su oficio particular. Porque jamás será juzgado bueno quien ejerza una actividad que para ser eficaz le exige ser ambicioso, fraudulento, violento, y al mismo tiempo tener muchas cualidades que necesariamente lo hacen bueno; ni pueden los hombres que lo ejercen como oficio, los grandes y los pequeños, tener otras características,

porque este hecho no los nutre en la paz; razón por la cual necesitan, o bien que no haya paz, o bien aprovecharse tanto de los tiempos de guerra para que puedan sostenerse en la paz; y ninguno de estos dos criterios cabe en un hombre bueno, porque de la pretensión de mantenerse todo el tiempo surgen el robo, la violencia, los asesinatos que estos soldados cometen contra enemigos y contra amigos, y del no querer la paz surgen los engaños de que hacen objeto los capitanes a aquellos a quienes conducen, para que dure la guerra, y si aun así sobreviene la paz; a menudo ocurre que los jefes, privados de su paga y de víveres, levantan viciosamente una bandera de bandoleros y saquean sin piedad una provincia. ¿No conservan ustedes en su memoria cómo, encontrándose muchos soldados en Italia sin paga por haberse terminado las guerras, se reunieron en varias brigadas, a las que llamaron "compañías", y se lanzaron a saquear las ciudades y el territorio sin que nadie pudiera impedírselos? ¿No han leído que los soldados cartagineses, al terminar la guerra contra Roma, hicieron a las órdenes de Matho y Espendio —dos jefes elegidos por ellos— una guerra contra sus compatriotas, más brutal que la que acababan de sostener contra los romanos? Y, en tiempos de nuestros padres, Francesco Sforza, para poder vivir con el honor de mando en tiempos de paz, no solo engañó a los milaneses, a los que servía como soldado, sino que les quitó la libertad y se convirtió en su señor. Como él han obrado los demás soldados de Italia que han practicado la milicia como medio de vida; y si con sus artificios no se han convertido en duques de Milán, mayor motivo para condenarlos, porque aun sacando menor ventaja han incurrido en las mismas culpas. Sforza, padre de Francesco, obligó a la reina Juana a echarse en brazos del rey de Ara-

gón al abandonarla imprevistamente, y dejarla desamparada en medio de sus enemigos, pues así podría arrancarle el reino con mayor facilidad. Bracio, con las mismas artes, intentó hacerse del reino de Nápoles, y, de no haber sido vencido y muerto en Aquila, lo hubiera logrado. Desórdenes tales nacen justamente de que tales individuos usaban las armas para su propio beneficio. ¿No cuentan ustedes con un refrán que ratifica mi opinión, al decir que "La guerra hace al ladrón, y la paz lo estrangula?". Porque los que no saben vivir de otro modo, ni encuentran quién los mantenga, ni son capaces de actuar correctamente incluso dentro de la maldad, se ven obligados por la necesidad a echarse al monte, y la justicia se ve forzada a eliminarlos.

Cosme: Hasta ahora me has presentado el arte de la milicia como algo inferior; pero yo lo tenía como algo lleno de excelsitud e integridad; así que si no me aclaras esas ideas yo no quedaría satisfecho, porque si las cosas fueran como tú dices, ¿de dónde nacería la gloria de César, Pompeyo, Escipión, Marcelo, y tantos otros capitanes romanos a quienes la fama elogia como dioses?

Fabrizio: Aún no he terminado de explicar todo lo que me había propuesto, que son dos cosas: una, que un hombre bueno no podía hacer de esta actividad su oficio; y otra, que jamás una república o un reino bien organizados permitieron que sus súbditos o ciudadanos la ejercieran por su cuenta. En cuanto a la primera, ya he dicho lo que pienso; me resta hablar de la segunda, y al hacerlo contestaré a tu pregunta. César y Pompeyo, y casi la mayoría de los capitanes romanos posteriores a la última guerra de Cartago, alcanzaron una gran reputación como hombres valientes, no como hombres honestos; sus antecesores, al contrario, habían logrado fama por ambas cosas. Ello fue así porque

estos no convirtieron el ejercicio de las armas en oficio, y los otros sí. Mientras la república se mantuvo intacta, ningún gran ciudadano pensó valerse de esta actividad en la paz, infringiendo las leyes, despojando a las provincias, usurpando y subyugando a la patria y aprovechándose de múltiples formas; ni nadie, incluso los de más humilde condición, ideó violar los juramentos, unir su suerte a la de las personas privadas, no temer al Senado ni contribuir a cualquier acto de tiranía para asegurar en todo tiempo su vida de soldado. Los generales, satisfechos de su triunfo, volvían jubilosos a su vida privada; los guerreros deponían las armas con más júbilo que cuando las habían alzado; y cada cual retornaba al oficio al cual debía su subsistencia. Jamás nadie esperó prosperar gracias a los botines de guerra o las armas.

Un ejemplo demasiado ilustrativo de los ciudadanos importantes es Régulo Attilio quien, siendo general del ejército romano en África y teniendo casi sometidos a los cartagineses, pidió permiso al Senado para regresar a su casa a atender sus propiedades, que sus trabajadores echaban a perder. Evidentemente, si hubiera hecho de la guerra su oficio, pensando lucrar con ella, no hubiera pedido permiso para volver a cuidar sus posesiones; porque cada día hubiera conquistado mucho más que el precio conjunto de todos sus bienes.

Sin embargo, como estos hombres buenos, que no usan la guerra para su provecho, no quieren sacar de ella sino esfuerzo, peligros y gloria, una vez que han ganado gloria bastante anhelan regresar a su casa y vivir de sus ocupaciones habituales. Lo mismo ocurría, al parecer, con los militares de más baja graduación y las clases de tropa, que de buena gana abandonaban las armas, queriendo, si eran

paisanos, militar y, si estaban bajo las armas, licenciarse. Lo cual se desprende de muchos modos, y principalmente al ver cómo, entre los primeros privilegios que le daba el pueblo romano a un ciudadano, se contaba el no ser obligado contra su voluntad a cumplir con la actividad militar. Resulta, pues, que mientras hubo un buen régimen en Roma, es decir, hasta los Gracos, ningún soldado tomó el ejercicio de las armas como un oficio, y aunque sin duda unos pocos fueron malos, a ellos se les castigó con todo rigor. Una nación bien organizada reducirá la práctica militar durante la paz a un simple ejercicio, y la ejercerá en la guerra por necesidad y para alcanzar gloria, pero únicamente bajo la conducción del gobierno, como hizo Roma. No es conveniente que un ciudadano ejerza la actividad militar con otro propósito, y la ciudad que se gobierne de otra manera no estará bien organizada.

Cosme: Casi todos tus razonamientos me satisfacen totalmente, en particular los que se refieren a las repúblicas; sin embargo, discrepo en lo relacionado con las monarquías, pues creo que los reyes querrán rodearse de personas que cultiven únicamente el arte de la guerra.

Fabrizio: Con más razón una nación bien organizada debe evitar ese orden de cosas, porque representan la corrupción de su rey, y ministros de la tiranía. Si aduces al respecto el ejemplo de un reino actual, te impugnaré que esté bien organizado. Porque los que lo están no les otorgan a sus reyes un poder total más que en el campo de las fuerzas armadas; único caso en donde son necesarias las determinaciones inmediatas y la unidad de acción. En los otros ámbitos no se puede hacer nada sin asesoramiento, y los que lo aconsejen recelarán de que tenga a su lado a esos que en tiempos de paz desean hacer la guerra, por no po-

der vivir sin ella. Sin embargo, quiero abundar más en esto, y no buscar un reino completamente bueno, sino parecido a los actuales; también en estos los reyes deberían rechazar a quienes hacen de la guerra su oficio, porque el eje del ejército es, sin duda, la infantería. Si el rey no la organiza de modo que en tiempos de paz regresen jubilosos los soldados a sus casas y a sus habituales labores, necesariamente le conviene destruirlos, porque no hay infantería más peligrosa que la compuesta por quienes hacen la guerra como si fuera su oficio, ya que, o se le tiene constantemente combatiendo, o hay que seguirle pagando, ante la amenaza de que se vuelvan contra el trono y lo hagan caer. Estar siempre en guerra no es posible, y tampoco se les puede pagar siempre, así que forzosamente se corre el riesgo de perder el poder.

Como ya he comentado, los romanos, mientras fueron sensatos e íntegros, nunca permitieron que los ciudadanos se dedicasen únicamente a las armas, a pesar de que podían alimentarlos todo el tiempo, porque siempre estuvieron en guerra. Para eludir el daño que podía hacerles este ejercicio continuo, debido a que las circunstancias no cambiaban, ellos reemplazaban cada quince años a todo el personal de las legiones. Hacían servir a los hombres en la flor de la edad, de dieciocho a treinta y cinco años, cuando las piernas, los brazos y los ojos gozan de total energía, y no esperaban que en ellos disminuyeran las fuerzas y progresara la maldad, como ocurrió posteriormente en épocas en las que prevaleció la corrupción.

Octavio Augusto, y luego Tiberio, pensando más en su poder personal que en el bien público, comenzaron a desarmar al pueblo romano para poderlo gobernar con facilidad, y mantener siempre a los mismos ejércitos en las fron-

teras del imperio. Y como consideraron que no era suficiente para sojuzgar al pueblo y al Senado romanos, crearon el llamado "ejército pretoriano", emplazado junto a las murallas de Roma, convirtiéndolo en una fortaleza cerca de la ciudad. Las facilidades que entonces se dieron para que los individuos enrolados en aquellos ejércitos se convirtieran en profesionales, provocó la arrogancia de los soldados, que tan temibles llegaron a ser para el Senado y tan nocivos a los emperadores. El resultado fue que muchos murieron como consecuencia de esta arrogancia, porque daban y quitaban el imperio a quienes les parecía, y hasta llegó a ocurrir que al mismo tiempo hubiera varios emperadores nombrados por los diferentes ejércitos, ocasionando primero la división y después la ruina del imperio.

Por eso los reyes, si pretenden estar seguros, deben tener su infantería compuesta por hombres que, en el momento de entrar en guerra, acudan voluntariamente a luchar, y durante tiempos de paz retornen a sus hogares con un gran júbilo. Esto ocurrirá si eligen hombres que sepan vivir de un oficio ajeno a la guerra. Su ideal deberá ser que, cuando llegue la paz, los poderosos señores vuelvan a gobernar a sus súbditos, los caballeros a cuidar sus heredades, y los soldados de la infantería a sus oficios, y que todos hagan voluntariamente la guerra para alcanzar la paz y no pretendan perturbar esta por lograr aquella.

Cosme: Naturalmente, tu razonamiento parece acertado; sin embargo, como es casi lo contrario de lo que yo hasta ahora pensaba sobre el particular, todavía tengo algunas dudas, porque veo demasiados señores y caballeros vivir en la paz con el fruto de sus habilidades militares, y también veo a muchos iguales a ti, que cobran sueldo de los príncipes o

repúblicas; veo a hombres de armas recibir su paga, y a muchos soldados que se reincorporan para continuar resguardando las ciudades y fortalezas; así que me parece que, incluso en la paz, encuentran en la profesión de las armas medios para subsistir.

Fabrizio: No creo que tú pienses que en tiempos de paz se pueda contar con los medios suficientes para mantener a cuantos intervinieron en la guerra; pues aunque no hubiese en contra de esta opinión otras razones, bastaría para rechazarla tener en cuenta el escaso número de soldados que se emplean en los puestos que has mencionado, y yo te preguntaría: ¿qué proporción guarda la infantería ocupada en la guerra con la que se necesita en tiempos de paz? Porque las fortalezas y ciudades resguardadas durante la paz, en tiempos de guerra son protegidas mucho más; a lo cual se suman los soldados acuartelados en la campiña, que son muchos, y que resultan innecesarios en tiempos de paz. Respecto a las guardias nacionales, que son pocas, el papa Julio y los florentinos han señalado lo temibles que son quienes solo saben hacer la guerra, y que por su rebeldía ustedes los excluyen de sus cuerpos de guardia, poniendo en su lugar a los suizos, nacidos y educados en el respeto a las leyes y elegidos según las reglas citadas. Así que no vuelvas a afirmar que en tiempos de paz hay medios para mantener a todos los militares.

Respecto a que en tiempos de paz se siga pagando a los hombres de armas, es una cuestión más difícil de resolver. Sin embargo, si bien se piensa, no es difícil encontrar la solución, porque la manera de mantener en estos casos a los hombres de armas no es conveniente, sino peligrosa. La razón es que estos hombres hacen de la guerra su oficio, y de ellos surgirán miles de inconvenientes en los Estados

donde estén, si fueran demasiado numerosos; pero son pocos, y por sí mismos no pueden formar un ejército, por lo que solo circunstancialmente pueden producir daños graves; aunque los han producido algunas veces, como ya lo comenté al referirme a Francesco Sforza, su padre, y Bracio de Perusa. Así que yo no apruebo esa costumbre de mantener a la gente de armas, pues es deshonesta y puede ser fuente de grandes inconvenientes.

Cosme: ¿Tú quisieras eliminarlos?, o los conservarías... ¿pero cómo?

Fabrizio: Yo los conservaría en forma de milicia regular, pero no como la del rey de Francia, porque es peligrosa y rebelde como la nuestra, sino igual a la de los antiguos, que formaban su caballería con vasallos propios, y en tiempos de paz los mandaban a sus hogares a vivir de sus oficios, como después explicaré más ampliamente. Si en la actualidad esta parte del ejército tiene por oficio la milicia incluso en tiempos de paz, se debe a la corrupción de las instituciones militares.

Respecto a la paga que se reserva para mí y para otros jefes, te recuerdo que esta es también una práctica muy corrupta, porque una república juiciosa no debe dar a nadie esa paga; en la guerra debe tomar a los jefes de entre los ciudadanos, y en la paz regresarlos a sus labores habituales. Un rey sensato únicamente debe entregar dinero para premiar un hecho importante o para contar de manera permanente con los servicios de algún hombre determinado. Y como tú has hecho alusión de mí, quiero ejemplificar conmigo, y debo decir que yo jamás he practicado la guerra como mi oficio, porque mi oficio es gobernar a los ciudadanos y protegerlos, y para poder protegerlos, debo amar la paz y saber hacer la guerra.

Mi rey no me recompensa y aprecia tanto por lo que sé de la guerra, sino por saber aconsejarlo en la paz. Un rey inteligente que quiera gobernar con sensatez debe valerse de personas que sean así, porque si son demasiado amantes de la paz o de la guerra, lo harán equivocarse.

Eso es todo lo que ahora les puedo decir de este asunto, y si esto no les basta, les conviene buscar quien lo haga mejor que yo. Pero han comenzado a comprender lo complejo que resulta trasladar las estrategias de los antiguos a las guerras actuales, los preparativos que un hombre juicioso debe emprender, y en qué casos cabe esperar que se puedan aplicar. Pero gradualmente irán comprendiendo más fácilmente estas cosas, si es que no les cansa mi discurso, al cotejar, como voy a hacerlo, algunas de las instituciones modernas con las antiguas.

Cosme: Si antes ansiábamos oírte hablar de estas cosas, lo que hasta ahora nos has dicho ha aumentado nuestro interés, así que luego de agradecerte lo que ya nos has comentado, te suplicamos que prosigas.

Fabrizio: Ya que les interesa, quiero comenzar a tratar ese tema desde el principio, para estudiarlo meticulosamente y dejarlo más claro. El propósito de quien quiere la guerra es poder luchar con el enemigo en campo abierto y ganar batallas. Para alcanzar este objetivo, es necesario organizar un ejército, y para crear un ejército se debe reclutar hombres, armarlos, organizarlos, instruirlos en los altos y bajos rangos, hacerlos acampar, y finalmente enfrentarlos al enemigo desde una posición, o bien saliendo a su encuentro. En eso consiste el arte de la guerra a campo abierto, la más necesaria y la más honrosa. A quien sabe enfrentar a un enemigo se le perdonan los errores que pudiera cometer en

las maniobras de guerra; sin embargo, quien no sepa dar la batalla, aunque en todo lo demás del ejercicio de las armas sea sobresaliente, no terminará una guerra con dignidad. Una batalla ganada hace olvidar todas las otras malas acciones; pero si la pierdes serán inútiles todas las cosas que se hayan hecho bien antes. Por lo tanto, lo primero que se debe hacer es reunir a los hombres; es conveniente comenzar por el reclutamiento, que llamaré "elección", por asignarle un nombre más digno, y porque así lo llamaban los antiguos. Quienes han establecido las normas de la guerra, quieren que se elijan hombres de regiones templadas, para que tengan a la vez valentía y prudencia; porque las regiones cálidas generan hombres prudentes, pero no osados; y las regiones frías, hombres audaces pero imprudentes. Esta norma la podría seguir quien, gobernando todo el mundo, tuviera la posibilidad de reclutar soldados donde quisiera, sin embargo, si se quiere establecer una norma que todos puedan poner en práctica, es necesario decir que cada república y cada reino deben elegir a los soldados de sus demarcaciones, sean cálidas, frías o templadas. Porque ejemplos muy antiguos demuestran que en todas partes el ejercicio hace buenos soldados y, donde la naturaleza no los produce, los forma el trabajo que, para esto, vale más que la naturaleza. Y si los recluta en otros lugares, no cabe hablar propiamente de elección, porque elegir significa tomar los mejores de una provincia, y tener poder para elegir tanto a los que quieren como a los que no quieren ser militares. Eso significa que el reclutamiento solo se puede llevar a cabo en las regiones donde se gobierna, porque no se puede seleccionar a quien se quiera en territorios ajenos, donde habrá que limitarse a seleccionar a los voluntarios.

Cosme: No obstante, también se puede entre los que quieren venir, tomar a unos y dejar a otros, y a eso también se le puede llamar "elección".

Fabrizio: En cierto sentido tienes razón, pero ten en cuenta las anomalías que conlleva esa elección, y así te darás cuenta de que muchas veces no es tal. En primer lugar, los que se enrolan voluntariamente no son súbditos, y lejos de ser los mejores, suelen ser los peores de cada provincia: los sediciosos, los indolentes, los corruptos, los que blasfeman de Dios, los que se han sustraído a la autoridad paterna, los irreverentes, los jugadores; esos son los que quieren ser militares. Y esas costumbres no pueden ser más opuestas a las de una verdadera y buena milicia. Si sobra gente de esa índole, se puede elegir; sin embargo, como la materia es mala, la elección nunca puede ser la conveniente. Muchas veces sucede que los enrolados no son tantos como los que uno necesita y se ve en la necesidad de tomarlos a todos, en cuyo caso no podemos hablar de elección, sino de simple enrolamiento de soldados de infantería. Con este desconcierto se forman hoy los ejércitos en Italia y en otras regiones; salvo en Alemania, donde el reclutamiento no se hace por obediencia al príncipe, sino por incorporación voluntaria; juzguen ahora si se puede instituir la disciplina de los antiguos en un ejército de hombres alistados por este método.

Cosme: ¿Entonces, qué procedimiento habría que poner en práctica?

Fabrizio: El que ya les dije: elegirlos entre los súbditos propios y con mandato del gobierno.

Cosme: ¿Introducirías alguna norma antigua entre los así seleccionados?

Fabrizio: Por supuesto que sí, yo haría que quien los gobernase fuera su príncipe o señor, en caso de un principado; y en caso de una república, un ciudadano que en ese momento se convierte en general: de otra manera es muy complicado hacer algo provechoso.

Cosme: ¿Por qué?

Fabrizio: Te lo diré cuando llegue el momento. Por ahora quiero que les baste saber que nada se consigue por otro método.

Cosme: Ya que esta elección puede hacerse en el mismo territorio, ¿dónde será mejor ejecutarla, en las ciudades o en los campos?

Fabrizio: Quienes han escrito acerca de ello coinciden en que es mejor tomarlos del campo, porque son hombres acostumbrados a las carencias y a las inclemencias del tiempo; a vivir al sol y no a la sombra, a usar el hierro, a cavar una fosa, a cargar pesos, y son menos propensos a la perfidia y a la maldad. Sin embargo, mi opinión es que, habiendo dos clases de soldados, los infantes y los caballeros, los primeros deben ser elegidos en los campos, y los segundos en las ciudades.

Cosme: ¿De qué edad los elegirías?

Fabrizio: Si tuviera que formar una milicia nueva los elegiría de diecisiete a cuarenta años; pero si el ejército ya existiese y hubiera que limitarse a realizar sustituciones, únicamente tomaría a los de diecisiete años.

Cosme: No comprendo bien la distinción.

Fabrizio: La explicaré: Si tuviese que organizar un ejército donde no lo hay, sería conveniente elegir a todos los hombres más diestros entre los que se encuentran en edad militar, para poderlos instruir como diré más adelante; sin embargo, si tuviera que realizar la elección donde ya se cuenta

con un ejército organizado, y únicamente para reemplazo, los tomaría de diecisiete años, porque los de más edad ya habrían sido elegidos hace tiempo.

Cosme: ¿De manera que tú quisieras una organización parecida a la que tenemos los florentinos?

Fabrizio: Sí; pero los armaría, comandaría, entrenaría y organizaría de cierta manera, de la que no sé si practican ustedes.

Cosme: ¿Te parece que nosotros tenemos una buena organización militar?

Fabrizio: ¿Y por qué no habría de creerlo?

Cosme: Porque muchos hombres sabios la han criticado severamente.

Cosme: Pienso que te contradices al afirmar que si una persona sabia habla mal de la organización militar, entonces esta es mala. Se puede contar con reputación de sabio y equivocarse.

Cosme: Los funestos resultados de nuestra actividad bélica hicieron que nos formáramos ese juicio.

Fabrizio: Cuiden de que no sea un defecto suyo y no de la organización. Eso tal vez se aclare al terminar nuestra plática.

Cosme: Nos satisfará mucho. Sin embargo, quiero explicarte de qué culpan a nuestra milicia, para que puedas defenderla mejor. Afirman que, o es inútil, en cuyo caso al confiar en ella estamos perdidos, o es peligrosa, pues quien la dirija puede hacerse con el poder sin dificultad; y ponen como ejemplo a los romanos, quienes mediante esos ejércitos propios perdieron la libertad; a los venecianos, que para no tener que subyugarse a un ciudadano se valen de ejércitos extranjeros, y al rey de Francia, quien ha desarmado a sus pueblos para poder dominarlos con mayor facilidad. Sin embargo, más que a este peligro temen el de su inutilidad, de la cual citan principalmente dos razones: por ser inex-

pertos y porque provienen del reclutamiento obligatorio, y a cierta edad ya no aprenden las cosas, además de que nunca se hacen bien las cosas a la fuerza.

Fabrizio: Los que aducen las razones que acabas de exponer son personas que carecen de amplia perspectiva de las cosas, como les mostraré claramente. En cuanto a la inutilidad, les aseguro que no hay ejército más inútil que el propio, y no se puede organizar un ejército propio sino como lo he explicado, y como esto no tiene discusión, no quiero perder el tiempo en demostrarlo, porque todos los ejemplos de la antigüedad están a nuestro favor. A los argumentos de la inexperiencia y de la fuerza responderé que es cierto que la inexperiencia no aumenta el valor, y la fuerza produce resentimiento; sin embargo, los soldados bien armados, bien adiestrados y bien organizados adquieren pronto la experiencia y el valor, como verán ustedes en el curso de mi exposición. Respecto al carácter forzoso, han de considerar que los soldados reclutados del gobierno deben acudir ni completamente obligados ni por su exclusiva voluntad, porque una plena voluntad tendría los inconvenientes que les mencioné antes: que no sería elección propiamente dicha, y que serían pocos los que irían; e ir totalmente a la fuerza tendría malos efectos.

Hay que tomar un camino intermedio que no se base únicamente en la obligación ni en la voluntad, y hacerlos venir por respeto a quien los gobierna, temiendo más la ira de este que el castigo. De ello nacerá una mezcla de obligación y voluntad que impedirá las funestas consecuencias del descontento. No quiero decir con esto que no puedan ser vencidos, porque los ejércitos romanos fueron sometidos muchas veces, y también el ejército de Aníbal; así que es evidente que no se puede crear un ejército con la certeza

de que sea invencible. Por consiguiente, esos que ustedes llaman "hombres sabios" no deben juzgar inútil una organización militar porque el ejército sea derrotado alguna vez, sino creer que lo mismo pudo ser triunfador y aplicarse a remediar las faltas que ocasionaron la derrota. Y si investigan esto, descubrirán que la derrota no se debió a los defectos de la norma, sino de la institución, que no había llegado a su perfección; y como ya he dicho, deberían remediarlo no condenando la organización, sino volviendo a corregirla; poco a poco van a comprender cómo habría que hacer las cosas bien. Respecto a la duda de si este ejército podría usurpar al Estado mediante uno que se convierta en jefe, confieso que las armas al hombro de sus ciudadanos o vasallos, entregadas por las leyes y el orden, nunca hicieron daño, al contrario, siempre son útiles, y las ciudades se mantienen más tiempo leales con estas armas que sin ellas. Roma permaneció libre durante cuatrocientos años y estaba armada; Esparta ochocientos; muchas otras ciudades han estado desarmadas y fueron libres menos de cuarenta años. Las ciudades necesitan armas, y cuando no cuentan con armas propias pagan armas extranjeras; y antes corromperían el bien público las armas extranjeras que las propias, porque son más fáciles de sobornar, y un ciudadano que llegue a ser poderoso puede valerse antes de ellas, y le resultará una materia más fácil de manejar al tener que sojuzgar a hombres desarmados. Además, una ciudad teme más a dos enemigos que a uno. La ciudad que se vale de armas extranjeras teme simultáneamente al extranjero a quien paga y al ciudadano, y de la forzosa existencia de ese temor recuerden lo que expliqué hace poco de Francesco Sforza. La ciudad que usa sus propias armas únicamente teme a sus ciudadanos. Pero de todas las razones que se

podrían citar quiero que me sirva esta: que jamás nadie organizó una república o un reino sin advertir que los mismos que los habitaban tenían que salvaguardarlos con las armas. Si los venecianos hubieran sido juiciosos en esta como en las demás instituciones, habrían hecho una nueva monarquía en el mundo, por lo que merecen tanta más censura, debido a que fueron armados por los primeros que les dieron las leyes. Como no contaban con autoridades en la tierra, se armaron en el mar, donde escenificaron guerras valientemente, y con las armas en la mano agrandaron su patria. Sin embargo, como llegó el momento en que tuvieron que hacer guerra en tierra para resguardar Vicenza, adonde debían mandar a uno de sus ciudadanos a combatir a tierra, tomaron a sueldo como su jefe al marqués de Mantua. Esta fue la funesta resolución que les amputó las piernas y les impidió extenderse. Y si lo hicieron por creer que como sabían hacer la guerra en el mar, no se fiaban de hacerla en tierra, fue una desconfianza poco juiciosa; porque es más fácil que un general de mar, habituado a luchar con los vientos, las aguas y los hombres se convierta en general en tierra, donde se lucha únicamente con hombres, que uno de tierra se convierta en general de mar. Los romanos eran hábiles luchadores en la tierra, pero no en el mar, por lo que cuando fueron a la guerra contra los cartagineses, que eran invencibles en el mar, no tomaron a sueldo a griegos y españoles acostumbrados al mar, sino que impusieron esa tarea a sus ciudadanos, a quienes enviaban a tierra, y así fue como vencieron. Si lo hicieron para que uno de sus ciudadanos no se volviera tirano, fue un temor poco fundado; porque además de las razones que di a propósito de esto hace poco, si ningún ciudadano con armas de mar se había vuelto nunca tirano en una ciudad

sobre el mar, tanto menos se convertiría en tirano con armas de tierra. Y a través de esto, debían ver que las armas en manos de sus ciudadanos no podían convertirlos en tiranos, sino las malas instituciones del gobierno que subyugan a la ciudad; y si tenían un buen gobierno, no tenían que temer sus armas. Por consiguiente, optaron por una decisión insensata, lo que fue causa de que perdieran mucho prestigio y mucha prosperidad. Respecto al error que cometió el rey de Francia al no haber disciplinado a sus pueblos para la guerra (lo que los hombres sabios que tú mencionas alegan como ejemplo), no hay nadie que habiendo depuesto alguna pasión particular, no considere que ese es un defecto de ese reino, y que basta esa negligencia para volverlo débil. Sin embargo, hice una digresión demasiado prolongada, y quizá me salí de mi objetivo; eso lo hice para responderles y demostrarles que no se puede tener fundamento en otras armas que las propias, y las armas propias no pueden organizarse sino mediante una ley; no hay otros medios para introducir modelos de ejércitos en ningún lugar, ni se puede establecer una disciplina militar de otra manera. Si ustedes leyeron los reglamentos que los primeros reyes instituyeron en Roma, y principalmente Servio Tulio, descubrirán que la organización en clases no es otra cosa que una ley que permite reunir inmediatamente un ejército para salvaguardar esa ciudad. Sin embargo, volvamos a la "elección". Insisto en que de tener que enrolar a sustitutos para un ejército ya constituido, seleccionaría a hombres de diecisiete años, y si tuviera que crear uno nuevo, los tomaría de cuarenta, para poder disponer de ellos inmediatamente.

Cosme: ¿El oficio que ejercieran determinaría de alguna manera su elección?

Fabrizio: Para estos escritores sí, pues no quieren que sean elegidos cazadores de pájaros, pescadores, cocineros, rufianes, o quienquiera que haga un oficio de la diversión, sino que quieren que se tomen, además de campesinos, a herreros, carpinteros, herradores, carniceros y cazadores. Yo no deduciría la bondad de un hombre de su oficio, pero sí la posibilidad de usarlo con más provecho. Por esta razón, los campesinos familiarizados con el trabajo de la tierra son más provechosos que ninguno, porque de todos los oficios este es el que mejor se ajusta al ejército. Luego vienen los herreros, carpinteros, herradores, zapateros; de los cuales es conveniente tener muchos, porque sus oficios se aplican a muchas cosas, y es muy ventajoso contar con un soldado del que se extraiga un doble servicio.

Cosme: ¿Cómo distinguir a quienes son aptos para la actividad militar?

Fabrizio: Quiero hablar del modo de elegir una organización nueva para hacer un ejército a partir de ella, porque en parte seguimos argumentando sobre la elección que se hacía para complementar una milicia antigua. Digo por consiguiente que la bondad de uno a quien has de elegir como soldado se conoce por la experiencia, gracias a alguna destacada acción suya, o por conjetura. La prueba de su virtud no puedes encontrarla en hombres que se eligen por primera vez y nunca antes fueron elegidos, y de ellos se encuentran pocos o ninguno en los ejércitos que se organizan por primera vez. A falta de experiencia, hay que apelar a la conjetura, que se basa en los años, el oficio y la presencia. De las dos primeras ya hablé, me falta discurrir de la tercera; y recuerdo cómo algunos, entre ellos Pirro, han pretendido que el soldado fuera grande; otros, como César, los elegían por la fuerza física; y la fuerza del cuerpo y del

alma se conjetura por la composición de los miembros y la gracia del aspecto. Quienes escriben sobre el particular dicen que el soldado debe tener los ojos alegres y vivos, el cuello nervioso, el pecho ancho. Los brazos musculosos, los dedos largos, poco vientre, costados sólidos, piernas y pies frágiles: cualidades que suelen hacer al hombre ágil y fuerte, que son dos características que en un soldado se buscan más que en ninguna otra. Principalmente hay que considerar sus costumbres, que tenga pudor y vergüenza, de otro modo se elige un instrumento de escándalo y un principio de corrupción; porque nadie debería creer que en la educación indecorosa y el mal ánimo pueda caber alguna virtud que sea laudable. No me parece superfluo, sino por el contrario, necesario, para que ustedes entiendan mejor la importancia de la elección, decirles cómo elegían a las legiones romanas los cónsules cuando asumían sus cargos; en este proceso de selección, tenían que elegir para las continuas guerras, mezclados, hombres viejos y nuevos, así podían aplicar la experiencia de los viejos y la conjetura de los jóvenes. Y es necesario advertir que los elegían para usarlos entonces, o para adiestrarlos y usarlos cuando se presentara la oportunidad. Yo voy a hablar de todo para usarlo llegada la oportunidad, porque mi intención es mostrarles cómo se puede organizar un ejército en territorios donde no haya milicia, territorios en los cuales no hay soldados elegidos para usarlos; pero en aquellos donde sea costumbre enrolar ejércitos a solicitud del príncipe, bien se puede emplearlos inmediatamente, como se hacía en Roma, y como se hace en la actualidad entre los suizos. Porque entre estos elegidos, aunque haya nuevos, también hay muchos acostumbrados a formar parte de organizaciones militares, y mezclados viejos y nuevos, forman un

cuerpo unido y bueno; a pesar de que los emperadores, cuando comenzaron a tener los ejércitos acampados, les asignaron a los soldados novatos, a los que llamaban aprendices, un maestro que los instruía, como se ve en la vida del emperador Maximino. Esto no se efectuaba en los ejércitos, sino dentro de la ciudad, mientras Roma fue libre; y como en ella eran frecuentes las milicias en las que se instruía a los jovencitos, de allí surgía que cuando eran elegidos para ir a la guerra, estaban tan habituados a su fingida milicia que fácilmente se adaptaban a la verdadera. Sin embargo, como después los emperadores desarticularon esos ejércitos, tuvieron que recurrir a las condiciones que les mostré.

Llegamos al modo de reclutamiento de los romanos. Luego que los cónsules romanos a cuyo cargo estaba la guerra habían asumido sus puestos al organizar sus ejércitos (porque era costumbre que cualquiera de ellos tuviera dos legiones de romanos, que eran el nervio de sus ejércitos) creaban veinticuatro tribunos militares, y proponían seis para cada legión, los cuales desempeñaban el oficio que hoy ejercen los que llamamos condestables. Posteriormente hacían reunirse a todos los hombres romanos aptos para portar armas, y colocaban a los tribunos de cada legión separados uno de otro. Después sorteaban las clases, de entre las cuales se elegía una, y de esta se elegían las cuatro mejores, de las cuales los tribunos de la primera legión elegían uno; los tribunos de la segunda legión elegían uno de los tres; los tribunos de la tercera uno de los restantes; y al último le tocaba a la cuarta legión. Posteriormente se elegían otros cuatro; de ellos, primero era elegido uno por los tribunos de la segunda legión; el segundo por los de la tercera; el tercero por los de la cuarta; el cuarto queda-

ba en la primera. Después de elegían otros cuatro: el primero elegido por la tercera, el segundo por la cuarta, el tercero por la primera, y el cuarto quedaba en la segunda; así variaba sucesivamente este modo de elegir, al punto que la elección llegaba a ser equilibrada y las legiones se igualaban. Como decíamos antes, esta selección se podía hacer para usarla entonces, porque estaba constituida por hombres, buena parte de los cuales tenían experiencia en la verdadera milicia, y todos se habían ejercitado en la ficticia. Pero donde hay que organizar un ejército nuevo, y por eso mismo elegirlos para el momento oportuno, la selección no se puede hacer sino mediante conjeturas, que se desprenden de la edad y la apariencia.

Cosme: Lo que has dicho. Sin embargo, antes de que sigas con tu reflexión, quiero hacerte una pregunta acerca de algo que he recordado al escucharte asegurar que, donde no hay costumbre de tener milicias, la elección de los hombres para el ejército se hace por conjeturas. En muchas ocasiones oí condenar a nuestra milicia, principalmente en cuanto al número. Dicen muchos que había que reclutar menos soldados, con lo que se lograrían varias cosas paralelamente, serían mejores y mejor elegidos; no se ocasionarían tantos perjuicios a los habitantes; se les podría dar alguna paga que los mantuviera conformes, y se podrían comandar mejor. Por ello me complacería mucho oír tu opinión al respecto y saber si te parece mejor reclutar a muchos o a pocos, y de qué manera organizarías el reclutamiento en cada caso.

Fabrizio: Sin duda es mejor y más provechoso contar con un gran número que con uno reducido; además, me atrevo a afirmar que, si no se puede reclutar a una gran cantidad de hombres, no se puede lograr una organización excelsa; y

con facilidad refutaré los argumentos aducidos en contra de esta opinión. Para empezar, diré que elegir a pocos donde hay mucha población disponible, como en el caso de la Toscana, no lleva necesariamente a contar con los mejores, ni que la elección sea más estricta. Porque si al elegir a los hombres se los quiere evaluar por la experiencia, en ese territorio habría poquísimos a quienes la experiencia los hiciera aptos, porque son escasos los que han estado en la guerra, y de esos pocos, menos dieron pruebas de que merecieran ser elegidos antes que otros. Consecuentemente, quien los elija no tiene más remedio que desechar la experiencia y basarse en conjeturas. En este caso, quisiera saber a qué regla debo atenerme; si se me presentan veinte jóvenes de buena presencia, para escoger a unos y descartar a otros; así que sin duda creo que todo hombre aceptará que es un error menor tomarlos a todos para armarlos e instruirlos, pues es imposible saber cuál de ellos es el mejor, y esperar a hacer más adelante cierta selección, cuando al practicar los ejercicios se distingan los que tienen más espíritu y vida. Así que teniendo todo esto en cuenta se deduce que el método de elegir a pocos para tener mejores no es en absoluto válido. Respecto a lo de causar menos molestias a los habitantes, digo que la milicia, numerosa o escasa, no incomoda en absoluto, porque no priva a los hombres de dedicarse a ninguna de sus actividades, ni los esclaviza hasta el punto de impedirles atender a sus asuntos. Consistiendo su obligación en reunirse los días festivos para ejercitarse, lo cual no perjudica al país ni a los habitantes, por el contrario, a los jóvenes les satisfaría, porque ahí donde en los días de fiesta están ociosamente reunidos irán por placer a esos ejercicios, porque el hacerlo con armas es un bello espectáculo, y placentero para los jóvenes.

Con relación a que contando con pocos soldados se les podría pagar y así servirían más obedientes y estarían más conformes, respondo que no se puede hacer una milicia con tan pocos que puedan recibir constantemente una paga y que esa paga los satisfaga. Por ejemplo, si se forma una milicia de cinco mil infantes, y se les quisiera pagar de modo que quedaran conformes, habría que darles por lo menos diez mil ducados al mes. Pues bien, ese número de soldados no basta para construir un ejército, y un gasto tal sería insostenible para un gobierno. Y, por otra parte, no sería suficiente para tener a todos los hombres contentos y agradecidos hasta el punto de poderse servir de ellos cuando se deseara. De manera que con este sistema se gastaría mucho, se tendría poca fuerza armada o nunca la necesaria para defenderte o para realizar alguna misión. Si les dieras más, o reclutaras más, tanto más imposible te sería pagarles. Si se les reduce la paga o se enrola a menos, estarán más descontentos y resultarán menos útiles. Por consiguiente, los que hablan de organizar una milicia pagada en tiempos de paz, dicen algo imposible o inútil. Pero desde luego hay que pagarles cuando se reclutan para llevarlos a la guerra. En suma, si la organización de una milicia nacional así produce algunas molestias en tiempos de paz, lo que no creo, se ve compensada por los beneficios que reporta al país la existencia de un ejército bien organizado, porque sin él no hay seguridad para ninguna cosa.

Afirmo que quien quiera un ejército reducido para poder pagarle, o por cualquiera otra de las razones que me has expuesto, comete un error. Confirmando mi opinión, cada día menguará por las múltiples dificultades con que tropiezan los hombres, el número de enrolados, de suerte que el de milicianos quedará reducido a casi ninguno. Al

contrario, una milicia numerosa te permite valerte a tu elección de unos pocos o de muchos. Por otra parte, puesto que aquella es ventajosa además de por la fuerza que representa por el prestigio que conlleva, siempre dará más reputación el gran número. A ello se agrega que, organizándose la milicia para tener a los hombres ejercitados, si se enrola a pocos en un país extenso serán de procedencia tan diversa que no los podrá reunir para prepararlos sin causarles un grave perjuicio; y sin esa preparación la milicia es innecesaria, como diré oportunamente.

Cosme: Lo que acabas de decir es suficiente para responder a mi pregunta. Sin embargo, ahora quisiera que me despejaras otra duda. Hay quienes afirman que una cantidad tan considerable de soldados causaría desorden y escándalo en un país.

Fabrizio: Esa es otra opinión incorrecta, por los argumentos que expondré. Los hombres armados pueden causar desorden de dos maneras: entre ellos mismos, o contra los demás. Ambas situaciones se evitan sencillamente, en el supuesto de que la propia milicia no las solucionase por sí misma. La milicia no causa desórdenes internos, sino que los evita, porque al enrolar a los hombres se les dan las armas y se les asignan jefes. Si el país donde los organizas es tan pacífico que entre sus hombres no hay armas, y tan unido que no hay jefes, la milicia lo hará más fuerte contra los extranjeros, pero de ninguna manera promoverá la desunión, porque los hombres bien disciplinados temen la ley, tanto armados como desarmados; y jamás causarán perturbaciones si no las provocan los jefes que usted les da, como diré luego.

Pero si el país donde se enrolan es combatiente y desunido, la milicia no tendrá otro propósito que el de unirlo,

porque sin orden puede tener armas y jefes, pero armas que son inútiles para la guerra, y jefes que causan escándalos. La milicia les creará armas útiles para la guerra y jefes que acabarán con los desórdenes, porque en un principio, cuando en ese país alguno era perjudicado, acudía a su jefe, quien para conservar su prestigio lo incitaba a la venganza, no a la paz. El jefe público hace lo contrario; de manera que por este método se elimina la causa de los escándalos y se prepara la de la unión. Las regiones unidas y débiles pierden su cobardía y conservan la unión; y allí donde viven en caos y desorden, se ordenan y tranquilizan, resultando en beneficio de la patria el valor que antes empleaban en luchas intestinas.

Respecto del peligro de que los ciudadanos armados sometan a quienes no lo están, hay que recordar que esto solo puede suceder en la medida en que sus jefes se lo toleren. Si se desea que los jefes no causen desórdenes, es necesario evitar que no adquieran un exceso de autoridad sobre sus subordinados. El prestigio se alcanza por naturaleza o por accidente. Para neutralizar el primero, conviene que el nacido en una localidad no sea jefe de la milicia organizada en ella, sino en un sitio donde no tenga motivos de particular interés. Respecto a lo occidental, hay que disponer las cosas de manera que cada año los jefes cambien de destino, porque la autoridad continua sobre los mismos hombres genera entre ellos tanta unión que fácilmente se puede volcar en perjuicio del príncipe.

El ejemplo del reino de los asirios y del imperio de los romanos muestra cuán útiles fueron esos cambios a quienes los procuraron, y lo nocivo de no hacerlos. Aquel reino perduró durante mil años sin disturbios ni guerras civiles, y ello se logró principalmente a causa de los cambios que

de un sitio a otro hacían esos capitanes, asignados al cuidado de los ejércitos. Y ese fue el motivo por el que en el imperio romano, exterminada la casta de César, se protagonizaron tantas guerras intestinas entre los generales del ejército y tantas conspiraciones de aquellos contra los emperadores; todo por tener siempre fijos a tales generales en los mismos destinos. Y si alguno de los primeros emperadores, y de los que consolidaron el prestigio del imperio, como Adriano, Marco Aurelio, Severo y otros, hubieran tenido la percepción necesaria como para introducir esa práctica de intercambiar los capitanes en el imperio, sin duda lo hubieran hecho más pacífico y duradero, porque los generales hubiesen contado con menores medios para causar desórdenes, y los emperadores menos razones para temerlos; además de que el Senado, no habiendo derecho de sucesión en la dignidad imperial, mayor influencia por la facultad de elegir emperadores, siendo las elecciones más acertadas. Sin embargo, ningún ejemplo, por malo o bueno que sea, es capaz de borrar las malas costumbres nacidas de la ignorancia o la poca diligencia de los hombres.

Cosme: No sé si con mi pregunta te desvié de tu argumentación, porque del tema de la elección hemos pasado a otro asunto. Y si no me hubiese excusado, creería que merezco un reproche.

Fabrizio: No te preocupes por eso, porque todo lo que he dicho era indispensable para analizar el problema de la milicia, la que yo debo justificar, dado que muchos la condenan, y quería referirme a esta primera parte de la elección. Antes de pasar a otro punto, trataré de la elección de los hombres de la caballería. Los antiguos elegían a los más ricos, tomando en consideración la edad y las cualidades del hombre; se elegían a trescientos por legión, de manera que la

caballería romana en cada ejército consular no sobrepasaba la cifra de seiscientos hombres.

Cosme: ¿Tú organizarías a los caballeros para que se adiestraran en tiempos de paz para mantenerlos disponibles en el momento oportuno?

Fabrizio: Eso es lo correcto; no hay otra manera de hacerlo cuando se quiere tener un ejército propio, y si no se quiere tener que elegir a los que toman la actividad militar como un oficio.

Cosme: ¿Y cómo los seleccionarías?

Fabrizio: Imitaría a los romanos; los elegiría de entre los más ricos, les daría jefes de la misma manera en que se les dan hoy a los otros, y los adiestraría.

Cosme: ¿A estos convendría darles alguna remuneración?

Fabrizio: Sí; pero solo la cantidad necesaria para mantener el caballo, porque el provocar gastos a tus soldados podría disgustarlos contigo. Pero, desde luego, habría que pagarles el caballo y los gastos ocasionados por el mismo.

Cosme: ¿A cuántos reclutarías, y cómo los armarías?

Fabrizio: Con eso entramos en otro tema, que trataré cuando les diga cómo debe armarse la infantería y alistarse para combatir.

Libro segundo

Fabrizio: Una vez que se ha elegido a los hombres, lo que procede es armarlos. Para ello, lo más conveniente es estudiar las armas que usaban los antiguos, con el propósito de seleccionar las mejores. Los romanos dividían sus infanterías en los que llevaban armas ligeras y los que las llevaban pesadas. Los soldados de infantería se denominaban *vélites*, eran guerreros que combatían con hondas, ballestas y dardos, llevando como defensa casco y rodela, y luchaban fuera de las filas, distantes de donde se encontraban los de armamento pesado. Estaban protegidos por una cota de malla que les llegaba a los hombros, una coraza que con su falda les cubría las rodillas, y se protegían los brazos y piernas con grebas y brazales. Llevaban un escudo amplio como de dos brazas de largo y una de ancho, con una franja de hierro en la parte superior para resistir los golpes, y otra en la parte inferior para que no se estropeara al chocar contra el suelo. Para atacar llevaban ceñida una espada en el lado izquierdo, de una braza y medio de largo, y en el derecho un puñal. Con la diestra empuñaban un dardo llamado pilo, que al empezar el combate se lanzaba contra el

enemigo. Esa era la potencia de las armas romanas, con las que conquistaron al mundo.

Algunos escritores antiguos añaden a este armamento una pica en forma de venablo que, según ellos, era llevada en la mano, sin embargo, no sé cómo alguien que lleva un escudo puede sostener, además, una lanza pesada, porque el escudo le impide manejarla con las dos manos, y con una sola mano tampoco puede manipularla debido a su peso. Además, combatir con pica en formación cerrada es inútil, si no está el que la lleva en primera fila, donde hay espacio para extenderla, cosa imposible en las demás filas. Y como en la formación de los batallones, según diré al tratar de ella, debe procurarse estrechar las filas, por ser esto menos malo que espaciarlas, cosa evidentemente peligrosísima, toda arma que tenga más de dos brazas de largo, en la estrechez de las filas es inútil, porque si la empuñas con ambas manos, de modo que no te estorbe el escudo, has de hacerlo por la mitad del asta y la parte posterior choca con los que se encuentran a tu espalda. Para convencerse de que los romanos no utilizaban estas picas, o las emplearon muy poco, les bastaría leer las descripciones de batallas que da Tito Livio en su *Historia*, donde comprobarán cómo solo en escasísimas ocasiones las menciona, limitándose normalmente a decir que, una vez lanzados los pilos, se echaba mano a las espadas. Dejemos entonces estas lanzas y atengámonos, en cuanto a los romanos, a la espada para atacar y al escudo como defensa, junto con las demás armas ya mencionadas.

No usaban los griegos tan pesadas armas de defensa como los romanos; pero como arma ofensiva preferían la pica a la espada. Así sucedía, principalmente, en las falanges de Macedonia, que llevaban lanzas a las que llamaban

saisses, de diez brazas de largo, con las que rompían las filas enemigas y mantenían el orden en sus falanges. Aunque algunos escritores afirman que también usaban escudo, por las mismas razones que di antes, no sé cómo podían tener al mismo tiempo sus picas y escudos. Además, en el relato de la batalla que libró Paulo Emilio contra Perseo, rey de Macedonia, no recuerdo que se diga nada de los escudos, y sí de las serisses y de lo que estas dificultaron la victoria del ejército romano. Creo, pues, que la falange macedónica estaba organizada como lo está en la actualidad un batallón de Suiza, que confía a las picas todo su esfuerzo y poderío.

Aparte de las armas, los romanos engalanaban a la infantería con penachos, atavíos que dan a los ejércitos un aspecto bello para los amigos y temible para los enemigos. En la primera antigüedad romana, las armas de los hombres de a caballo eran un escudo redondo y un morrión que les cubría la cabeza, y el resto del cuerpo estaba indefenso. Tenían una espada y una lanza larga y fina, con hierro solamente delante, por lo que no podían fijar el escudo; la lanza se quebraba al agitarse, con lo que quedaban desarmados y expuestos a ser heridos. Con el transcurso del tiempo, la caballería fue armada como la infantería, pero con el escudo más corto y cuadrado, la lanza más firme y con hierros en los dos extremos para que, si se soltaba una, pudiera utilizarse la otra. Con este armamento, insisto, la infantería y caballería romanas sometieron al mundo; y es de creer, por sus frutos, que fueron los ejércitos mejor armados que haya habido nunca. Tito Livio da repetido testimonio de ello en su obra histórica, cuando, al comparar los ejércitos enemigos dice: "Pero los romanos por su valor, por la clase de sus armas y por la disciplina, eran superio-

res". A causa de esta superioridad he hablado con más extensión de las armas de los triunfadores que de los sometidos.

Y me queda solo referirme al armamento actual. Para su defensa, la infantería usa pechera de hierro, y para embestir una lanza de nueve brazas de largo, a la que llaman pica, con una espada al costado más bien redondeada que aguda en la punta. Este es el armamento más común de la infantería actual, porque pocos son los que llevan protegida la espalda y los brazos, y ninguno la cabeza; y esos pocos llevan, en lugar de la pica, una alabarda que, como saben, es un asta de tres brazas de largo con una moharra de hierro en forma de hacha curvada. Entre ellos van los escopeteros, quienes con sus disparos hacen el mismo efecto que antiguamente los honderos y ballesteros.

Esta manera de armarse fue descubierta por los pueblos alemanes, y principalmente por los suizos, quienes siendo pobres y queriendo vivir libres necesitaban y necesitan combatir la ambición de los príncipes de Alemania, suficientemente ricos para disponer de caballería, cosa imposible para ellos por su pobreza. Esta necesidad los ha obligado a mantener o recuperar los antiguos sistemas, sin los cuales cualquier persona juiciosa comprobará que la infantería resulta inútil. En consecuencia toman como armas las picas, muy adecuadas no solo para resistir a los caballos, sino para someterlos. Esa organización y ese tipo de armas han dado a los alemanes tanto valor, que quince o veinte mil de ellos no temen asaltar a la caballería más numerosa, como lo han demostrado varias veces en los últimos cinco lustros, siendo tan evidentes los ejemplos de las ventajas de esta organización y de estas armas, que, luego de la venida del rey Carlos VIII a Italia, todos los países la

han copiado y los ejércitos españoles han adquirido, por este medio, inmensa fama.

Cosme: ¿Qué armamento es mejor, el alemán o el de los antiguos romanos?

Fabrizio: Sin duda el romano; y les explicaré lo bueno y lo malo de uno y otro. La infantería alemana así armada puede resistir y someter a los caballos, y como no están cargados de armas, son más veloces para correr y para formar batalla. Al contrario, careciendo de armas defensivas, está más expuesta de cerca y de lejos a los golpes del enemigo; es incapaz de asaltar posiciones fortificadas o de superar una resistencia tenaz. Los romanos, por su parte, resistían y sometían a la caballería como los alemanes; estaban protegidos de los galopes cercanos y distantes, por estar cubiertos de armas; podían golpear mejor y resistir mejor los golpes, porque tenían escudos; de cerca podían valerse con la espada más hábilmente que los alemanes con la pica, porque aunque estos tengan espada, como tienen escudo, la espada se vuelve inútil. Estaban adiestrados para asaltar con seguridad las posiciones fortificadas, porque llevaban la cabeza cubierta y podían aun protegerla con el escudo, sus únicas desventajas eran el peso del armamento y la molestia que suponía su transporte, inconvenientes que superaban acostumbrando su cuerpo a las incomodidades y curtiéndolo para resistir la fatiga. Ustedes saben que los hombres no padecen con las cosas a las que se acostumbran.

Hay que recordar que la infantería puede verse obligada a luchar contra otra infantería o contra la caballería, y siempre resultarán inútiles los que no puedan resistir a las caballerías, o a las que pudiéndolas resistir tengan, no obstante, temor de infanterías mejor armadas o mejor organizadas que ellas. Ahora bien, si comparas la infantería ale-

mana y la romana, advertirás en aquella, como hemos dicho, potencial para someter a la caballería, sin embargo, una enorme desventaja cuando lucha contra una infantería organizada como ella, pero armada como la romana. Concluyendo, la diferencia es esta: los romanos podrían derrotar a la infantería y a la caballería, y los alemanes solo a esta última.

Cosme: Me gustaría mucho que nos dieras un ejemplo, para nuestra mejor comprensión.

Fabrizio: Ustedes van a encontrar muchas veces en nuestras historias que las infanterías romanas vencieron a innumerables caballerías y que las derrotas que pudo sufrir ante otras infanterías jamás se debieron al hecho de ir mal armada o de disponer de peor armamento que el enemigo. Porque si su manera de estar armados hubiera tenido fallas habría sido necesaria una de dos cosas: o que al encontrarse con un enemigo mejor armado no prosiguieran con sus conquistas, o hubieran adoptado la manera de armarse de los extranjeros, renunciando al suyo. Como no sucedió ninguna de estas dos cosas, se deduce que su armamento era el mejor de todos.

No ocurrió lo mismo a la infantería alemana, que ha sufrido un revés cada que se ha enfrentado a otra infantería organizada y tenaz como ella, debido al mejor armamento del enemigo. Atacado Felipe Visconti, duque de Milán, por dieciocho mil suizos, envió a su encuentro al conde Carmañola, entonces general de su ejército. Fue este a su encuentro con seis mil caballos y poca infantería, y, luego de entablar batalla, resultó derrotado con gravísimas pérdidas. Por esta razón Carmañola, que era muy prudente, reconoció inmediatamente la potencia de las armas enemigas, la superioridad de las mismas sobre su caballería y la

inferioridad de esta con respecto a una infantería así organizada. Entonces reunió todas sus tropas, fue nuevamente contra los suizos y, cuando estaban cerca de ellos, ordenó desmontar, y combatiéndolos así, mató a todos salvo a tres mil, los cuales, viendo que serían exterminados, tiraron sus armas a tierra y se rindieron.

Cosme: ¿Y a qué se debió tal desventaja?

Fabrizio: Se los dije hace poco; sin embargo, como no lo han entendido, se los repetiré. Los soldados alemanes de infantería, como les decía, están casi desarmados para defenderse, y para atacar tienen una espada y una pica. Con estas armas y su acostumbrado orden de batalla salen al encuentro del enemigo, que si dispone de buen armamento defensivo, como era el caso de los hombres de Carmañola a los que él mandó desmontar, les hará frente en formación espada en mano. Pues bien, la única dificultad que este puede tener es la de acercarse suficientemente a los suizos para tenerlos al alcance de sus armas. Una vez que los ha alcanzado, los combaten protegidos, porque el alemán no puede atacar al enemigo cercano con la pica debido a lo largo de su vara; entonces echa mano a la espada, que le es inútil, porque está desprotegido y se encuentra con un enemigo totalmente protegido. De allí que el que considera las ventajas y desventajas de uno y otro comprobará que el desprotegido no tiene ninguna solución; mientras que para quien está bien armado, resistir siempre el primer choque y pasar las primeras puntas de las picas no es una gran dificultad, porque las compañías avanzan (como ustedes entenderán mejor cuando les muestre cómo se organizan), y necesariamente se acercan una a otra de modo tal que se enfrentan con los pechos; y si las picas matan o arrojan al suelo a algunos, los que quedan en pie son suficientes para

la victoria. De esta manera Carmañola venció matando a tanto suizos y perdiendo tan pocos de los suyos.

Cosme: Recuerda que los caballeros de Carmañola, aunque iban a pie, estaban totalmente acorazados, así que pudieron desafiar esa prueba, de manera que creo que habría que armar a una infantería como estaban armados ellos, si se aspira a obtener el mismo resultado.

Fabrizio: Si recuerdas lo que te dije del armamento de los romanos, no pensarías así, porque un soldado de infantería con la cabeza cubierta de hierro, el pecho protegido con la coraza y el escudo, y las piernas y brazos cubiertos, está en mejor disposición para contrarrestar el ataque de las picas y meterse en las filas enemigas que un hombre de armas a pie. Quiero darte un ejemplo moderno. Desde Sicilia había acudido al reino de Nápoles la infantería española, para apoyar a Gonzalo de Córdoba, sitiado en Barletta por los franceses. A su encuentro salió el mariscal D'Aubigny con su caballería y casi cuatro mil alemanes de infantería. Los alemanes atacaron. Con sus picas bajas abrieron las filas de los soldados españoles de infantería; pero valiéndose estos de sus broqueles y de la agilidad de sus cuerpos, se metieron entre los alemanes para combatir con la espada, matando a casi todos ellos y logrando la victoria. Es bien sabido cuántos alemanes murieron en la batalla de Ravena, lo que se debió a las mismas razones: porque la infantería española se acercó a la distancia de sus espaldas a la infantería alemana, y los habrían exterminado a todos si los alemanes no hubieran sido socorridos por la caballería francesa; lo que no impidió a los españoles estrechar sus filas y retirarse a lugar seguro. Concluyo entonces que una buena infantería debe no solo poder resistir a los caballos, sino no temer a los soldados de infantería, cosa que, según

he repetido varias veces, depende del armamento y la organización.

Cosme: Entonces dinos cómo los armarías.

Fabrizio: Tomaría en parte el armamento romano y en parte el alemán, y quisiera que la mitad estuvieran armados como los romanos y la otra mitad como los alemanes. Si disponiendo de seis mil infantes, como más adelante explicaré, yo tuviera tres mil con escudos a la romana y dos mil picas y mil escopeteros a la alemana, me bastarían. Pondría las picas al frente de los batallones y donde más temiera el ataque de la caballería y me serviría de los armados con escudos y espadas para sostener a los de las picas y asegurar la victoria, como demostraré más adelante. Tengo la certeza de que una infantería así organizada sería invencible.

Cosme: Por lo que respecta a la infantería, basta lo dicho; pero en lo relacionado con la caballería quisiéramos saber cuál te parece el mejor modo de armarse, ¿el actual o el antiguo?

Fabrizio: Creo que en la actualidad se monta más seguro a caballo gracias a las sillas arzonadas y a los estribos, que los antiguos no usaban. También el armamento defensivo es más adecuado, porque un escuadrón de caballería actual, aun cargado con mucho peso, es más difícil de detener de lo que era la caballería romana. No obstante, en la actualidad no se debe apreciar tanto la caballería como se estimaba en la antigüedad, porque, como ya he señalado, ha sido derrotada muchas veces por la infantería, y lo será cada vez que esta se arme y organice como he explicado. Tigranes, rey de Armenia, enfrentó al ejército romano capitaneado por Lúculo, con 150 mil hombres a caballo, entre los cuales había muchos armados como nuestros hombres de armas, llamados *catafrattes*. Los romanos, por su parte, no llegaban a seis mil, más 25 mil infantes, por lo que Tigra-

nes, viendo el ejército enemigo, exclamó: "Esa caballería solo es suficiente para una embajada". No obstante, al llegar a las manos el ejército del rey, fue vencido, y el historiador que describe esta batalla considera a los *catafrattes* como inútiles, pues indica que como llevaban la cara cubierta, apenas podían ver y atacar al enemigo, y, como su armadura era tan pesada, cuando caían no podían levantarse ni valerse por sí mismos.

Por ende, esos pueblos o reinos que estimen más la caballería que la infantería siempre serán débiles y corren peligro de fracasar, como se vio en Italia en nuestro tiempo; que fue ocupada y devastada por extranjeros, no por otro crimen que el de no haber dado importancia a la milicia de a pie, y ser todos sus soldados de a caballo. Debieron contar con caballos, pero como segundo y no como primer fundamento de su ejército; porque son necesarios y muy útiles para realizar descubiertas, para hacer correrías y asolar el territorio enemigo, para torturar y aniquilar y tener siempre alerta al ejército enemigo, y dejarlo sin suministros; sin embargo, respecto a las batallas campales, que son muy importantes en la guerra y el objetivo para el que se organizan los ejércitos, son más útiles para seguir al enemigo, una vez que ya está derrotado, que para hacer cualquier otra cosa, y son muy inferiores en coraje a los soldados de a pie.

Cosme: Se me ocurren dos dudas; una, que los *parthos* solo guerreaban con caballerías y, no obstante, se dividieron el mundo con los romanos; otra, quisiera que me explicaras cómo puede la caballería ser resistida por la infantería, y de dónde nace el coraje de esta y la debilidad de aquella.

Fabrizio: Les dije, o quise decirles, que mi exposición sobre los asuntos de la guerra no ha de trasponer los límites de Eu-

ropa. Así que no estoy obligado a revelarles lo que se acostumbra en Asia. Pero les diré que la milicia de los *parthos* era opuesta a la de los romanos, porque los *parthos* combatían a caballo, y lo hacían de manera confusa y desordenada; era una manera de luchar inestable y llena de titubeos. Los romanos marchaban casi todos a pie y luchaban uniendo sus filas y concentrando las fuerzas. Vencían alternativamente unos a otros, según el teatro de operaciones fuese extenso o angosto, porque en este último caso los romanos eran superiores, y en aquel los *parthos*, los cuales tuvieron buenos resultados con esa milicia en cuanto a la región que tenían que proteger, que era amplísima, porque tiene las costas a mil millas, los ríos a dos o tres jornadas de distancia uno de otro, las poblaciones también, y los habitantes insuficientes; de suerte que un ejército romano, pesado y lento en las marchas por su armamento y organización, no podía avanzar sino a costa de enormes contratiempos, porque el enemigo disponía de la caballería, lo que le daba tal movilidad que un día estaba en un sitio y al siguiente se hallaba a cincuenta millas de él; de allí que los *parthos* hayan podido valerse únicamente de la caballería, y de allí la perdición del ejército de Craso y los peligros de Marco Antonio.

Sin embargo, como ya dije, no es mi intención tratar de las fuerzas militares fuera de Europa, sino que pretendo detenerme en la organización de los romanos y de los griegos, y en la actual de los alemanes. Pero vayamos a otra pregunta suya. ¿Desea saber qué causas o qué condición natural hace a la infantería superior a la caballería? Le diré que los caballos, a diferencia de los hombres, no pueden moverse por cualquier sitio. Son más lentos que los soldados de infantería para obedecer cuando hay que cambiar

de marcha, porque si al avanzar tiene que retroceder, o al retroceder avanzar, o ponerse en movimiento estando quietos, o detenerse cuando están en movimiento, no hay duda de que los caballos no pueden hacerlo como los soldados de infantería. Una vez desordenados por el choque con el enemigo, los caballos no vuelven a la formación sino con dificultades, aun cuando ese ataque haya fracasado, cosa que los soldados de infantería hacen a gran velocidad. Una fuerza de caballería desordenada por el choque del enemigo, con apuros vuelve a ordenarse, aunque el ataque haya sido infructuoso, y esto ocurre rara vez a la infantería. Por otra parte, sucede con frecuencia el caso de que un jinete valiente cabalga un caballo cobarde, y tal contraste de temple no puede sino ocasionar desorden.

Y no hay que sorprenderse de que un grupo de soldados de infantería resista al ataque de los caballos, porque el caballo es un animal prudente, conoce los peligros y no se mete en ellos por voluntad propia. Si se tiene en cuenta qué es lo que lo hace avanzar y qué retroceder, se verá claramente que tiene más poder lo que lo retiene que lo que lo estimula; porque si la espuela lo obliga a correr, lo agudo de las picas y las espadas lo detiene. De tal modo que tanto las experiencias antiguas como las modernas indican que los caballos no pueden superar un grupo de soldados de infantería, seguros ante ellos. Y si ustedes me argumentan ante esto que la exaltación con que viene lo hace embestir con más furia contra quien quiera resistirlo, les diré que, si ya desde lejos el caballo ve que va achocar contra la punta de las picas, o bien él mismo frenará su carrera y se detendrá por completo enseguida de que se sienta pinchar, o bien, al llegar frente a ellas, se volverá a la derecha o a la izquierda. Si quieren hacer la prueba, intenten correr con

un caballo contra un muro; será difícil que encuentren uno que, aunque vaya a escape, choque contra él.

César, cuando tuvo que luchar en Francia contra los suizos, desmontó, dispuso hacer lo mismo a toda su caballería y ordenó apartar los caballos del campo de batalla, como si fueran más hábiles para huir que para pelear. Pero pese a estos inconvenientes que por naturaleza debe enfrentar la caballería, el jefe que mande un cuerpo de infantería procurará elegir el itinerario que más peligros le presente aquella; rara vez ocurrirá que el hombre pierda seguridad por las características del territorio. Si se camina por colinas, el propio relieve pone abrigo a la impetuosidad de la caballería; si se avanza por la llanura, es raro el llano que no dé seguridad con cultivos y bosques; porque cada grupo de matorrales y cada desnivel, por pequeños que sean, cortan esa impetuosidad; y cada cultivo, sea de viñas o de otra cosa, impiden la carrera del caballo. Lo mismo se presentan estos obstáculos en las marchas que en las batallas, y hacen imposibles las cargas de caballería. Pero hay algo que no quiero olvidar decirles: los romanos estaban tan seguros de su organización, y confiaban tanto en la eficacia de sus armas, que si se veían obligados a elegir entre un lugar escabroso que les permitiera librarse de las cargas de caballería, pero les impidiera desplegar sus formaciones, y otro llano, y fácil para las acometidas de los caballos enemigos, pero donde pudieran desplegar cómodamente sus fuerzas, preferían este.

Pero habiendo descrito el armamento de la infantería según los usos antiguos y modernos, ya es hora de pasar a la instrucción examinando cómo preparaban los romanos a sus tropas antes de entrar en combate. Aunque estuvieran bien elegidos y mejor armados, deben cuidarse con

grandísimo esmero de ejercitarse, porque sin ello no hay soldado bueno. Esos ejércitos deben ser tripartitos: uno, para robustecer el cuerpo y hacerlo apto para las penurias, más rápido y más hábil; el otro para aprender a manejar las armas; el tercero, para aprender a cumplir las órdenes en el ejército, tanto al marchar como al combatir y al acampar. Son estas las tres principales acciones que ejecuta un ejército; porque si un ejército marcha, acampa y combate de manera organizada y práctica, su general será bien juzgado aunque no alcance el triunfo.

Por consiguiente, todas las repúblicas antiguas han puesto cuidado en esos ejércitos, de modo que por costumbre y por ley no quedara atrás ninguno de sus aspectos. Entrenaban a sus jóvenes para hacerlos veloces en la carrera, hábiles en los saltos y potentes en el lanzamiento de jabalina o en el empleo de los músculos. Estas tres cualidades son necesarias para hacer un buen soldado: la velocidad lo capacita para ocupar una posición ante el enemigo, sorprenderlo de manera imprevista e inesperada, además perseguirlo después de derrotarlo; la destreza lo ayuda a esquivar los golpes del contrario y saltar una zanja o una trinchera; la fortaleza lo hace llevar mejor las armas, herir al enemigo, resistir una embestida. Para que el cuerpo se haga más resistente a las fatigas, se acostumbraban a transportar grandes pesos. Ese hábito es indispensable, porque en las expediciones difíciles conviene que los soldados lleven, además de armas, víveres para varios días; si no estuvieran acostumbrados a ese esfuerzo, no podrían hacerlo; por lo cual no podrían eludir el peligro ni conquistar fama con una victoria.

Respecto a aprender a manejar las armas, los ejercitaban de este modo: daban a los jóvenes armas más pesadas

que las ordinarias, y en lugar de espada les daban un bastón de plomo que, en comparación con aquella, resultaba pesadísimo. Hacían que cada uno de ellos clavara en el suelo un palo que se levantara tres brazas, tan sólido que los golpes ni lo derribaran ni lo quebraran. Contra dicha estaca luchaban los jóvenes con el escudo y el bastón de plomo como contra un enemigo, dirigiendo sus golpes a veces como para herirlo en la cabeza o en el rostro, a veces como para atravesarle el pecho o romperle las piernas; ora retirándose, ora avanzando. Tenían que estar atentos en estos ejercicios, aprender a cubrirse y a herir al enemigo y, como llevaban armas simuladas de mucho peso, luego las auténticas les parecían ligeras. Los romanos querían que sus soldados hirieran de punta y no de filo, tanto para que el golpe fuera más mortal y más difícil de detener, como porque el que hiere queda menos al descubierto y puede repetirlo más fácilmente que el golpe de filo.

No les asombre que los antiguos romanos prestasen tanta atención a estos detalles, porque cuando se trata de combates cuerpo a cuerpo, la menor ventaja es de gran importancia. Y esto, más que enseñárselos yo, lo dicen los autores que han tratado de esto.

Los antiguos consideraban que lo más afortunado para una república era que en ella hubiera muchos hombres ejercitados en las armas, porque no es el esplendor de tus joyas lo que hace que tus enemigos te respeten, sino el temor que tienen a tu poder militar. Además, los errores que se cometen en otros asuntos se pueden corregir, sin embargo, los cometidos en la guerra no se pueden remediar, y las consecuencias se sufren inmediatamente. Por otra parte, el saber combatir aumenta la intrepidez de los hombres, pues nadie se aterra de hacer aquello que ha aprendido.

Así que los antiguos querían que sus ciudadanos se ejercitaran en todas las acciones bélicas, y los obligaban a lanzar, contra la estaca clavada en el suelo, dardos más pesados que los ordinarios, con lo que, además de adquirir práctica en el lanzamiento, robustecían y agilizaban sus brazos. También les enseñaban a tirar con arco y honda, y para cada una de estas cosas tenían maestros especiales, así que, cuando se hacía la recluta para ir a la guerra, los elegidos tenían ya el espíritu y la preparación del soldado. Lo único que les faltaba aprender era la formación y saberla conservar en las marchas y en los combates, lo cual aprendían con facilidad, mezclándose con quienes ya lo sabían por haber integrado durante más tiempo las milicias.

Cosme: ¿Qué ejercicios serían convenientes para los soldados de hoy?

Fabrizio: Bastantes de los mencionados, como correr, luchar, saltar, usar armas más pesadas que las ordinarias, disparar con arco y ballesta; yo añadiría el arcabuz, instrumento nuevo y necesario. Ejercitaría en estas prácticas a toda la juventud de mi Estado, pero muy en particular la parte de ella elegida para la guerra. Lo harían los días festivos. Procuraría también que aprendieran a nadar, habilidad muy útil, porque no siempre hay puentes en los ríos y no siempre los barcos están preparados; si los soldados no saben nadar las cosas resultan más difíciles y pueden desperdiciarse buenas ocasiones. Los romanos escogieron el campo de Marte para los ejercicios de la juventud, porque estaba cerca del Tíber y allí podrían refrescarse y practicar la natación cuando se cansaban de realizar los ejercicios. También como los antiguos, haría que se ejercitaran los de a caballo, habilidad muy importante, porque no solo necesitan saber montar, sino también valerse de sus armas a caballo. De

ahí que dispusieran de caballos de madera con los que se entrenaban, montándolos con armas y sin ellas por ambos lados, y sin ninguna ayuda, lo cual hacía que a un ademán del general la caballería saltara a pie, y a otro ademán volviera a subir al caballo.

Si antes no resultaba impracticable esta instrucción a pie o a caballo, tampoco sería difícil hoy a la república o al príncipe que quisiera hacerla practicar a la juventud, como por experiencia se ve en algunas ciudades del poniente que la mantienen viva. Ellas dividen a todos sus habitantes en varias agrupaciones, y cada una toma el nombre de la clase de armas que emplea en la guerra, de modo que, usando las picas, alabardas, arcabuces y arcos, se llaman "piqueros", "alabarderos", "arcabuceros" y "arqueros", dejando a voluntad de los habitantes el pertenecer a cualquiera de estas agrupaciones, pero siendo obligatorio formar parte de alguna de ellas. Como no todos son aptos para combatir, por razones de edad u otro impedimento, para cada formación se realiza una selección, y los llaman los "Jurados", quienes en los días festivos están obligados a ejercitarse en las armas correspondientes a su designación. Cada cual ocupa un lugar asignado públicamente, donde hay que realizar ese ejercicio; los que son de esa formación, pero no de los Jurados, colaboran con su dinero en los gastos necesarios para ese ejercicio. Lo que se hace en esas ciudades, podríamos hacerlo nosotros; pero nuestra falta de prudencia no nos permite tomar buenas decisiones.

Gracias a esa instrucción, la infantería de los antiguos era mejor que la nuestra, y en la actualidad lo es también la de Poniente. Los antiguos se ejercitaban en las ciudades, como hacían aquellas repúblicas, o en los ejércitos, como hacían aquellos emperadores, por las razones que di antes.

Pero nosotros en casa no queremos, y en el campo no podemos obligarlos a recibir otra instrucción que la que ellos mismos se imponen. Esto ha causado que se descuidara primero el adiestramiento, y en segundo lugar las órdenes de combate, y que los reinos y repúblicas, especialmente las italianas, vivan en extrema debilidad.

Pero volvamos a nuestra organización. Prosiguiendo con el tema de la instrucción he de decir que para lograr un buen ejército no basta con endurecer a los soldados y hacerlos fuertes raudos y hábiles. Además es necesario que aprendan a mantenerse en sus filas, a acatar las señales, los toques y las voces de los jefes, y saber mantener las filas al quedarse quietos, al retirarse, al avanzar, al combatir y marchar. Sin esta disciplina, escrupulosamente observada y practicada, jamás hubo ejército bueno. Evidentemente, los hombres crueles y desordenados son mucho más débiles que los tímidos y ordenados, porque la disciplina aleja el temor y el desorden inutiliza la valentía.

Y para que ustedes comprendan mejor lo que les voy a decir han de saber que todas las naciones, al organizar a sus hombres para la guerra, han formado un núcleo principal en el ejercicio o en la milicia, que aunque haya cambiado de nombre, no varió mucho en cantidad, porque todos lo compusieron de seis mil a ocho mil hombres. Los romanos la denominaban "Legión"; los griegos "Falange", y los galos "Caterva". En nuestros tiempos, los suizos, que conservan alguna sombra de la antigua milicia, la llaman en su lengua lo que en la nuestra equivale a "brigada". Es cierto que cada cual lo dividió después en varias partes y lo organizó según su objetivo. Me parece pues que nosotros fundamos nuestro uso de ese nombre como el más conocido, y

lo organizamos lo mejor posible de acuerdo con las disposiciones antiguas y modernas.

Los romanos dividían su legión, formada por cinco o seis mil hombres, en diez cohortes; nosotros dividiremos nuestra brigada, integrada por diez mil infantes, en diez batallones, cada uno de los cuales constará de 450 hombres. De ellos, cuatrocientos llevarán armamento pesado, y cincuenta ligero. El grupo de infantería pesada estará formado por trescientos soldados con escudo y espada, a los que llamaremos escudados, y cien con picas, a los que denominaremos piqueros ordinarios.

Las tropas ligeras consistirán en cincuenta soldados de infantería armados de arcabuces, ballestas, partesanas y rodelas; recuperando el nombre antiguo, lo llamaremos vélites ordinarios. Tendrán, pues, los diez batallones tres mil escudados, mil piqueros ordinarios y quinientos vélites ordinarios; en suma, cuatro mil quinientos infantes. Para que la brigada alcance el total de seis mil hombres, será necesario añadir otros mil quinientos soldados, de los cuales mil tendrán picas, y se llamarán "picas extraordinarias", y quinientos armas ligeras, y se llamarían "vélites extraordinarios". De manera que mis infanterías, tal como lo dije antes, estarían compuestas la mitad por escudos y la otra mitad por picas y otras armas. Al frente de cada batallón pondría un condestable, cuatro centuriones y cuarenta decuriones, y los vélites ordinarios a las órdenes de un jefe y cinco decuriones. Daría a las mil picas extraordinarias tres condestables, diez centuriones y cien decuriones; a los vélites extraordinarios dos condestables, cinco centuriones y cincuenta decuriones; a los vélites extraordinarios dos condestables, cinco centuriones y cincuenta decuriones.

Luego nombraría a un general jefe de la brigada. Cada condestable tendría su banderín y sus trompeteros.

La brigada constaría, por tanto, de diez batallones formados por tres mil escudados, mil piqueros extraordinarios, quinientos vélites ordinarios y quinientos extraordinarios, sumando en todo seis mil hombres, entre ellos mil 500 decuriones y además quince condestables o jefes de batallón con quince bandas de trompetas y quince banderas, 55 centuriones, diez jefes de vélites ordinarios y un jefe de la brigada con su bandera y trompetas. Les he repetido voluntariamente esta organización para que después, cuando les muestre las maneras de organizar a las compañías y los ejércitos, ustedes no se confundan.

El rey o la república que quiera construir un ejército debe organizarlos de esta manera y con las armas mencionadas, y hacer en su territorio tantos batallones como fuera capaz. Una vez ordenados así, para enseñarles la instrucción bastaría ejercitarlos, batallón por batallón. Y aunque la cantidad de hombres de cada uno de ellos no pueda de por sí sola formar un ejército; sin embargo, cada hombre puede aprender a hacer aquello que le corresponde particularmente. En los ejércitos hay dos niveles de maniobra: el que debe realizar cada hombre en el seno de su batallón, y el de los batallones cuando forman parte del ejército. Los que realizan el primer nivel se integran con facilidad en el segundo, cosa que no lograrían si desconocieran aquel.

De manera que tal como dije, cada batallón puede aprender por sí mismo la instrucción en todas sus variedades de movimientos y adaptación al terreno. Luego aprenderá a integrarse en el batallón, interpretar los sonidos conforme los que se comanda en las peleas; distinguir a partir de él, como los galeotes a partir de los silbidos, lo que hay

que hacer; detenerse, avanzar, retroceder, o a dónde dirigir las armas y la atención. Sabiendo, pues, mantener la formación de modo que ni el sitio ni los movimientos la descompongan, comprendiendo bien las órdenes del jefe a partir de los sonidos y sabiendo ocupar cada uno su puesto les será fácil a los batallones, cuando operen juntos en gran número, aprender el papel que a cada uno le corresponde en el seno de un ejército.

Y como esa práctica universal no se puede subestimar, una o dos veces al año, en tiempos de paz, se podría reunir a toda una brigada, haciéndola actuar como un ejército completo y maniobrando durante algunos días como si tuviera que librar una batalla, colocando el frente, los flancos y la reserva en sus lugares correspondientes.

Como un general dispone a sus efectivos según se presente el enemigo o según considere que se puede presentar, hay que instruir al ejército de acuerdo con ambos supuestos, para que al tiempo que marcha pueda, si es necesario, combatir, sabiendo los soldados cómo deben operar según el flanco de donde proceda el ataque.

En la instrucción de combate frente a un enemigo visible hay que enseñar a los soldados cómo se traba la lucha, a dónde hay que retirarse si los rechazan, quiénes deben reemplazarlos en sus puestos, a qué señales, toques y voces de mando deben obedecer, y ejercitarlos con ataques y combates simulados de modo tal que deseen los verdaderos, porque los ejércitos no son valerosos por formarse de hombres valerosos, sino por estar bien organizados y disciplinados. Si yo me encuentro peleando en primera fila y sé a dónde he de retirarme en caso de ser rechazado y quién ha de reemplazarme, siempre pelearé con valor, porque entiendo que la ayuda está cerca. Si me encuentro entre los

que combaten en segundo lugar, no me voy a acobardar porque los primeros sean rechazados, porque ya sabría que ello podría suceder, e incluso lo vendría ansiando para ser yo quien diera el triunfo a mi señor en lugar de los que me antecedían.

Estos ejercicios son muy necesarios donde se forma un ejército nuevo; y también donde haya un ejército viejo, como lo demuestra el hecho de que aunque los romanos conocían desde niños las maniobras militares, los jefes los obligaban a ejercitarse continuamente antes de enfrentarse al enemigo. Josefo dice en su *Historia* que por los continuos ejercicios de las tropas romanas incluso la turba que los seguía en sus campañas resultaba útil en las batallas, porque todos sabían maniobrar y combatir: Sin embargo, en los ejércitos de hombres nuevos, sea que los hayas reunido para combatir llegada la ocasión, sin estos ejercicios, en las compañías o en todo el ejército no hay buenos resultados, porque siendo necesario el orden de combate, hay que duplicar el empeño para enseñarlo a quienes no lo saben y para recordarlo a quienes lo saben, como muestra el hecho de que muchos excelentes capitanes no escatimaron esfuerzos por enseñarlo y mantenerlo. A este doble objetivo se han dedicado con tesón muchos ilustres jefes militares.

Cosme: Con estas consideraciones me parece que te has alejado del asunto, pues sin decir el modo de ejercitarse de los batallones ya estás hablando de ejércitos completos y de batallas.

Fabrizio: Dices bien; pero esto ha sido por la importancia que atribuyo a estos sistemas y el dolor de ver que no se ponen en práctica; sin embargo, no duden que voy a retomar el hilo de mi argumentación. Lo más importante en el ejercicio por batallones es saber conservar la formación, para lo

cual es necesario practicar la maniobra de repliegue llamada "caracol". Y como les dije que cada una de estas compañías tiene que estar compuesta de cuatrocientos soldados de armas pesadas, me atendré a ese número. Han de dividirse en ochenta filas, de cinco cada una. Después, marchando lenta o animadamente, apretarlos y espaciarlos: cosa más fácil de explicar en la práctica que con las palabras. Luego ya no será obligatorio insistir tanto sobre ello, porque cualquier veterano sabe cómo se ejecutan esos movimientos, cuya única utilidad es la de acostumbrar a los soldados a estar en filas. Pero vamos a organizar una de estas compañías.

Se puede proceder de tres maneras: la primera y más útil es la organización maciza, formando dos cuadros; la segunda es hacer un cuadro con dos cuernos en el frente, y la tercera se constituye dejando en su interior una especie de vacío que se denomina plaza.

El primer tipo de formación puede obtenerse de dos maneras: una es duplicar las filas; es decir, que la segunda fila entre en la primera, la cuarta en la tercera, la sexta en la quinta, y así sucesivamente; de modo que las ochenta filas de a cinco soldados se conviertan en cuarenta de a diez. Luego se repite la operación uniendo nuevamente las filas, con lo que tendremos veinte filas de veinte hombres cada una. Esto configura dos cuadros aproximadamente, porque aunque sean la misma cantidad de hombres en el frente y en la retaguardia, sin embargo en el frente los soldados están apretados unos contra otros, pero en la retaguardia están a una distancia de por lo menos dos brazas uno de otro, de forma tal que el cuadro es más largo del frente al fondo que de un costado al otro. Como me referiré repetidamente a las partes delantera, trasera y lateral de los ba-

tallones, sepan que cuando mencione la vanguardia, la cabeza o el frente, estoy aludiendo a la parte delantera; cuando nombre la espalda o cola, es la parte trasera, y que los flancos son los costados. Los cincuenta vélites regulares del batallón no se integran a las filas mencionadas, sino que una vez formada la compañía, se distribuyen a sus costados.

A continuación me referiré al segundo modo de formar un batallón, y como es mejor que el primero quiero que ustedes vean cómo debe organizarse. Creo que ustedes recuerdan la cantidad de hombres y jefes que lo componen y las armas con que se arma. La formación será, como dije, de veinte filas a veinte soldados cada una; cinco de piqueros en vanguardia y quince de escuderos en la retaguardia; dos centuriones delante y dos atrás, que cumplen la función de aquellos a quienes los antiguos llaman *tergiductores*. El condestable, con sus trompeteros y su abanderado, se colocará en el espacio que media entre las cinco filas de piqueros y las quince de escuderos. Cada decurión se situará al flanco de cada fila para tener al lado a sus hombres, los de la izquierda a su derecha y los de la derecha a su izquierda. Los cincuenta vélites se pondrán en los flancos y en la retaguardia del batallón. Para que la infantería forme de esta manera, hay que organizarse así: hacer que los soldados de infantería se dispongan en ochenta filas de cinco hombres cada una, como dijimos antes, dejando a los vélites a la cabeza o detrás, siempre que estén fuera de las filas; cada centurión debe tener a sus espaldas veinte filas, las cinco filas inmediatas detrás del centurión son picas, y el resto escudados. El sitio del condestable con la trompeta y la bandera es el espacio que media entre los piqueros y los escudados del segundo centurión,

y ocupan el lugar de tres escudados. Veinte decuriones se situarán en el flanco de las filas del primer centurión de lado izquierdo, y otros veinte en el flanco de las filas del último centurión de la derecha. El decurión que guía las picas debe tener una pica, y el que guía los escudos debe tener un escudo.

Así organizadas las filas, si se las quiere formar en compañía para hacer frente al enemigo, tiene que hacer que se detenga el primer centurión con las primeras veinte filas, y que el segundo siga marchando, y girando sobre su derecha, avance a lo largo de los costados de las veinte filas detenidas, hasta encontrarse con el otro centurión, y detenerse allí también.

El tercer centurión seguirá marchando, girando a su derecha por el flanco de las filas paradas, hasta alinearse con los dos centuriones anteriores, y se detendrá también; igual operación ejecutará el cuarto centurión. De inmediato, dos centuriones salen al frente y se colocan a retaguardia del batallón, quedando este formado en el orden de batalla que demostré hace poco. Los vélites se distribuirán a lo largo de los flancos del mismo, como se dijo para la primera modalidad de formación, llamada "redoblar por línea recta", mientras que a esta se le denomina "redoblar por flanco".

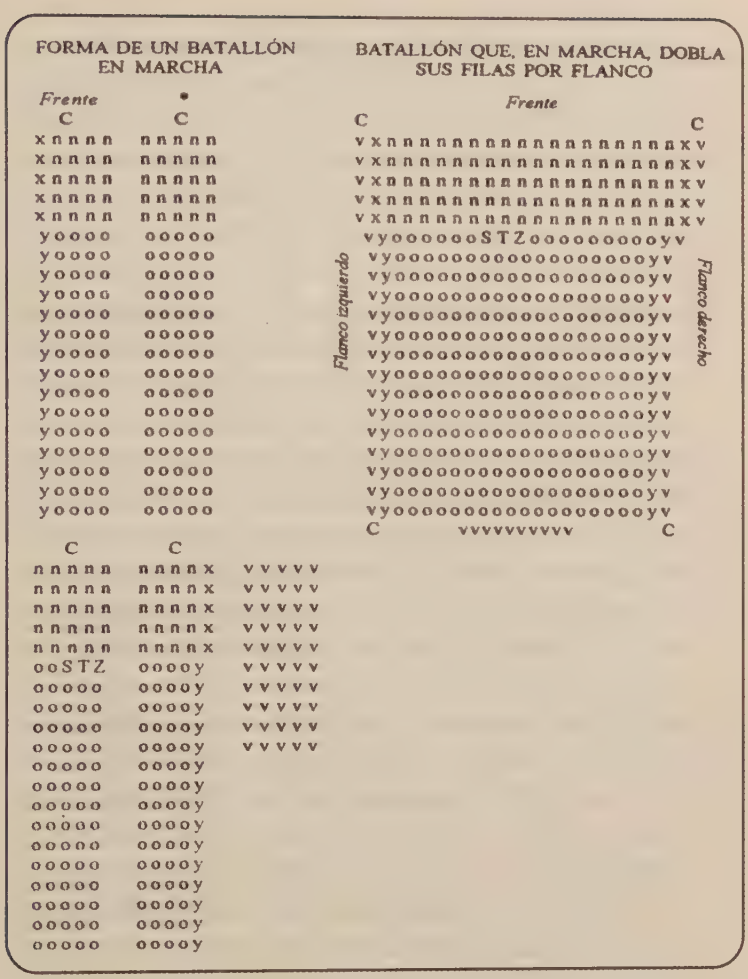
Aquella primera formación es más fácil, pero la segunda es más ordenada, más manejable y se puede corregir mejor. En aquella quedas sujeto al número, porque cinco se vuelven diez, diez se vuelven veinte, veinte cuarenta, de manera que duplicando en línea recta no puedes hacer una cabeza de quince ni de veinticinco, ni de treinta ni de treinta y cinco, sino que has de atenerte al número resultante. Y se da el caso frecuente, en muchas acciones concretas, de

que conviene presentar un frente de seiscientos u ochocientos soldados, y el redoblar por línea recta desordenaría la formación. Por eso prefiero más la segunda formación, cuyas dificultades deben superarse con los ejercicios prácticos.

Así que insisto, lo más importante es que los soldados sepan entrar en formación rápidamente; es necesario mantenerlos en las compañías, hacerlos ejercitarse dentro de ellas, avanzar y retroceder, cruzar lugares difíciles sin perturbar el orden, porque los hombres que hacen bien esto son soldados experimentados, y aunque no se hayan encontrado frente al enemigo pueden considerarse veteranos. Y por el contrario, quienes no saben mantener sus filas, aunque hayan estado en mil guerras deben considerarse siempre soldados bisoños.

Esto respecto a la formación del batallón cuando marcha en filas pequeñas. Pero una vez organizados, la importancia y la dificultad reside en hacerlos volver enseguida a sus filas cuando ellas han sido desordenadas por algún accidente provocado por el lugar o el enemigo; allí es donde hace falta mucho ejercicio y mucha práctica, y es donde los antiguos ponían tanto empeño. Para esto hay que hacer dos cosas: tener en el batallón suficientes contraseñas y seguir indefectiblemente la norma de que cada soldado esté siempre en la misma fila. Es decir, que los mismos soldados de infantería integren siempre las mismas filas. Por ejemplo, si uno empezó estando en la segunda fila, que se mantenga siempre en ese sitio; no solo en la misma fila, sino en el mismo lugar; para lograr esto, insisto, es necesario contar con muchas contraseñas.

Primero, es necesario que la bandera se distinga de las otras compañías cuando se reúnan. En segundo lugar, que



Ejemplo de un batallón que redobla las filas por el flanco según se ha descrito, y demostración de que con el mismo orden de las ochenta filas, poniendo a la espalda las cinco filas de piqueros que van al frente, al doblar las filas, todas las picas quedan a la retaguardia; lo cual se hace cuando, caminando de frente, se tome al enemigo por la espalda.

los condestables y centuriones lleven penachos en el casco, diferentes y bien visibles; y, lo más importante, conocer fácilmente a los decuriones, y tanto cuidaban de ello los romanos, que les hacían llevar un número en el casco, llamándolos primero, segundo, tercero, cuarto, etcétera. Y no conformes con esto, cada uno de los soldados llevaba grabado en su escudo el número de la fila y el lugar que le correspondía en ella. Diferenciados así los soldados y acostumbrados a ese sistema, es fácil reorganizarlos inmediatamente después que se produce un desorden porque estando inmóvil la bandera, los centuriones y decuriones pueden evaluar de un vistazo sus lugares, y reunidos los de izquierda a la izquierda y los de la derecha a la derecha, los soldados de infantería guiados por sus normas y por las diferencias de sus contraseñas pueden volver enseguida a sus lugares. Es como si se desmontan las duelas de un barril previamente numeradas, que luego con facilidad se vuelven a montar en su sitio, lo cual es imposible si no cuentan con alguna señal. Tales cosas con diligencia y ejercicio se enseñan pronto y se aprenden pronto, y una vez aprendidas, difícilmente se olvidan, porque los bisoños son conducidos por los veteranos, y con el tiempo una provincia con estos ejercicios llegará a ser muy práctica en la guerra.

También es preciso enseñarles a darse vuelta todos al mismo tiempo, convirtiendo, si es necesario, la retaguardia en vanguardia, y la vanguardia en flancos y retaguardia; lo cual es muy fácil, porque basta con que cada hombre se dé vuelta en la dirección que se le ordene; a donde se vuelve el rostro, ese es el frente. Es verdad que al volverse de flanco, las distancias cambian de proporción, porque los hombres estarán más distanciados en el sentido lateral que en el

frontal, lo cual va en contra de la normal formación del batallón. Razón por la cual la práctica y la discreción tienen que remediarlo. Pero es un desorden menor, que los mismos soldados corrigen fácilmente. Más importante es, y mayor práctica exige, el hacer variar todo el batallón en bloque; lo que no se consigue sin mucha costumbre y habilidad. Para volver, por ejemplo, sobre el flanco izquierdo, es necesario que se paren los colocados a la extrema izquierda, y que los inmediatos marchen tan despacio que no necesiten correr los que está en la extrema derecha; de no hacerlo así, se desordenarían las filas.

Pero siempre que un ejército marcha de un lugar a otro los batallones que no ocupan la vanguardia se ven obligados a combatir no de frente, sino de flanco y por la retaguardia, teniendo que convertir en breve tiempo uno de estos en aquel. Y si quieren que las compañías en este caso guarden las proporciones que antes indiqué, es preciso que tengan las picas del lado que se convierte en frente, y los decuriones, centuriones y condestables en sus puestos, conservando la proporción. Para lograrlo, al formarlas hay que disponer las ochenta filas de a cinco en fondo, así todos los piqueros irán en las primeras veinte filas, con cinco de sus decuriones delante y cinco detrás. Las sesenta filas que quedan a la espalda son de escudados y forman tres centurias. Es preciso, pues, que la primera y última filas de cada centuria sean los decuriones, que el condestable con su bandera y su corneta esté en medio de la primera centuria de escudos, y los centuriones ordenados al frente de cada centuria. Con esta formación, si se quiere disponer de picas en el flanco izquierdo, hay que duplicar las centurias en el derecho; y si se las quiere tener en este, habrá que duplicar las del izquierdo. De esta manera el batallón vuelve con to-

das las picas sobre un flanco con los decuriones al frente, la retaguardia con los centuriones a la cabeza, y el condestable en medio. Mantiene esa forma de marchar, pero cuando llega el enemigo, y por consiguiente el momento en que se ha de convertir su costado en frente, hay que hacer volver a todos los soldados hacia el costado donde están las picas, y el batallón se encuentra entonces en el orden de batalla antes explicado; salvo los centuriones, todos están en su puesto y esos ocuparán el suyo rápidamente y sin dificultad.

Pero si, marchando de frente hay que combatir por la retaguardia, se deben organizar las filas de manera que formándolas en compañía las picas vengan detrás; lo cual se consigue colocando a la espalda las cinco filas de piqueros que ordinariamente van al frente de cada centuria, y el resto respetar la disposición que he descrito.

Cosme: Si no recuerdo mal, tú dijiste que esta modalidad de ejercicio es para poder después reunir las compañías. Y que esta práctica sirve para organizarse en el ejército. Sin embargo, si uno de ellos ha de combatir aisladamente, ¿cómo ordenaría sus 450 hombres?

Fabrizio: En este caso, quien los conduce debe situar las picas donde lo considere conveniente, lo cual no contradice en absoluto la organización ya expuesta; pues aunque se refiera al estilo de combatir en las batallas en unión con otros batallones, las reglas lo mismo se aplican cuando se lucha aisladamente. Pero al mostrarles los otros dos estilos de organizar las compañías, que son los que prefiero, daré más cumplida respuesta a esa pregunta; porque, o no se usan nada, o se utilizan cuando un batallón está aislado y lejos de los otros.

Para lograr formar el batallón con dos cuernos, debes disponer las ochenta filas con cinco hombres cada una, de esta manera se sitúa en el centro a un centurión, y después de él veinticinco filas, dos de picas a la izquierda y tres de escudados a la derecha. Detrás de las primeras cinco filas, en las otras veinte habrá veinte decuriones entre las picas y los escudos, salvo los que llevan picas, que podrán estar con los piqueros.

Después de estas veinticinco filas así organizadas hay que colocar otro centurión, que tenga tras de sí quince filas de escudos. Tras estos, el condestable en medio del corneta y el abanderado, con otras quince filas de escudos detrás. Después de ellas debe colocarse el tercer centurión, al frente de veinticinco filas, y en cada una de ellas tres escudados a la izquierda y dos picas a la derecha; tras las cinco primeras filas habrá veinte decuriones situados entre las picas y los escudos. Después de estas veinte filas viene el cuarto centurión.

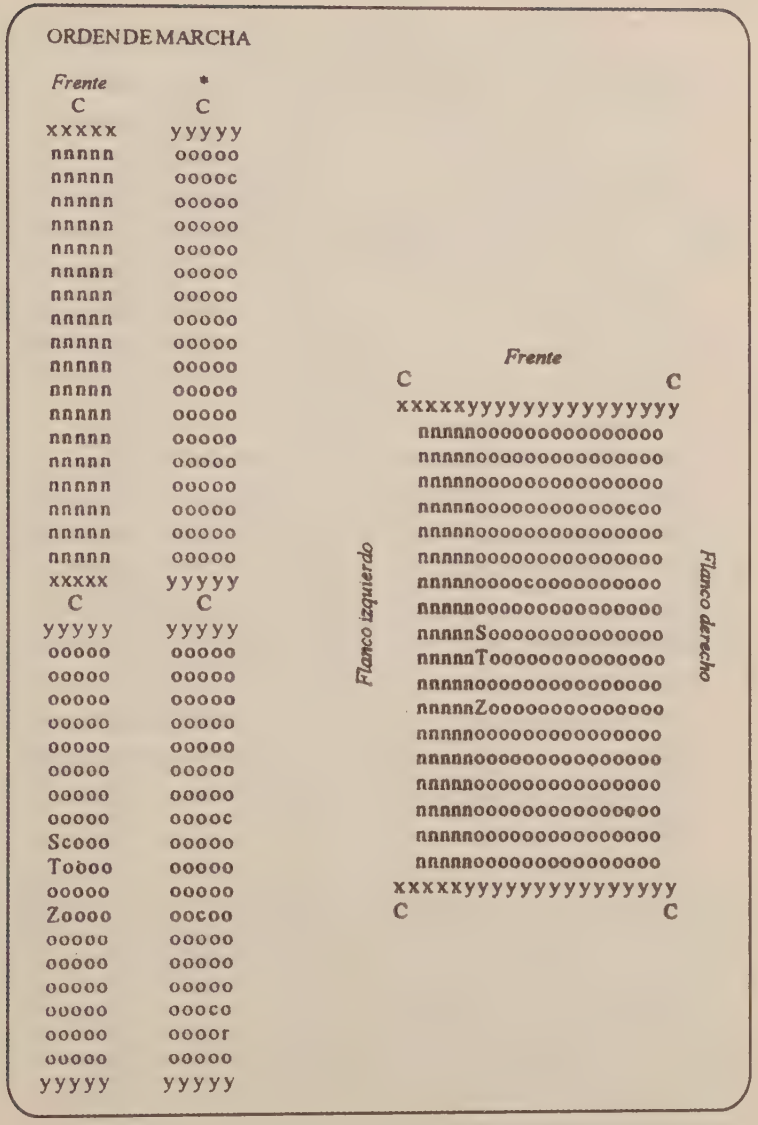
Si se quiere transformar esas filas en un batallón en doble cuerno, debe detenerse el primer centurión con las veinticinco filas que los siguen, y adelantarse al segundo centurión con sus quince filas de escudados que están a la espalda de aquellas, inclinándose a la derecha y marchando por el flanco derecho de las veinticinco filas hasta llegar a la altura de la quince, y allí se para. Marchará luego el condestable con las quince filas de escudados y, girando también a la derecha, avanzará a lo largo del flanco derecho de las quince filas anteriores, deteniéndose al llegar a la altura de la cabeza de las mismas. Después debe moverse el tercer centurión con las veinticinco filas y con el cuarto centurión que estaba detrás, y girando también sobre la derecha debe caminar por el costado derecho de las últi-

mas quince filas de los escudados, y no detenerse cuando llegue a su cabeza, sino seguir caminando hasta que las últimas filas de los veinticinco estén a la par de las filas de atrás. Hecho esto, el centurión que estaba al frente de las primeras quince filas de escudados saldrá de donde estaba y se colocará detrás de la esquina izquierda. De tal modo queda formado un batallón de veinticinco filas de altura a veinte soldados por fila, con dos cuernos, uno a cada lado del frente, cada uno de los cuales tendrá diez filas de a cinco hombres, quedando entre los dos cuernos un espacio suficiente para que quepan diez hombres que pasen de un flanco al otro. Entre los dos cuernos estará el jefe, y en el extremo de cada cuerno un centurión. En cada esquina posterior se situará otro centurión. De cada lado habrá dos filas de picas y veinte decuriones. Estos dos cuernos sirven para que entre ellos se instale la artillería, si la compañía la posee, y los carros. Los vélites se distribuirán por los flancos al lado de los piqueros.

Para transformar el batallón con cuernos en otro con plaza interior, basta con tomar ocho de las quince filas de veinte hombres cada una y colocarlas en las puntas de los cuernos, los cuales entonces de cuernos pasan a ser espaldas de la plaza. En ella se sitúan los carruajes y el jefe con su abanderado, pero no la artillería, la cual se coloca al frente o a lo largo de los flancos.

Estos son los tipos de formación que puede adoptar un batallón cuando se ve obligado a avanzar aislado por lugares sospechosos. No obstante, la compañía sola, sin cuernos y sin plaza, es mejor. Pero si se quiere proteger a los no combatientes hay que adoptar la de cuernos.

Los suizos organizan sus compañías de muchas formas; cuentan con una en forma de cruz con la que, en los



Representa cómo se ordena un batallón que marcha de frente cuando tiene que combatir de flanco, según la explicación del texto.

espacios que hay entre brazos, resguardan de ataques enemigos a sus arcabuceros. Pero como dicha organización solo es adecuada cuando ha de batirse un batallón aisladamente, y mi intención es explicar cómo deben luchar varios batallones reunidos, no quiero esforzarme en describirlas.

Cosme: Creo haber comprendido bien cómo deben ejercitarse los soldados en esas compañías; pero, si no recuerdo mal, tú dijiste que además de las diez compañías añadirías al batallón mil picas extraordinarias y quinientos vélites extraordinarios. ¿No quieres describir cómo ejercitarías esa fuerza?

Fabrizio: Claro, y con el mayor cuidado. A los piqueros los entrenaría al menos compañía por compañía, igual que los batallones y como los que hay en estos; y eso es así porque luego los utilizaría con preferencia sobre los batallones regulares para acciones especiales, como hacer guardias, saquear y otras operaciones similares. A los vélites los ejercitaría sin reunirlos ni sacarlos de sus casas, porque como su tarea es combatir sin integrarse en una formación, no es indispensable unirlos a las demás tropas para ejercicios comunes; es suficiente con que se adiestren en el combate individual.

Como antes lo indiqué, y no me parece inoportuno reiterarlo, hay que ejercitar a los soldados en los batallones de modo que sepan mantener la formación, conocer su puesto y volver a él inmediatamente después de haber sido desordenados por el terreno o el enemigo.

Una vez que se sabe hacer esto, después se aprende fácilmente el lugar que hay que ocupar en la compañía, y la función de cada uno de los ejércitos. Si un príncipe o una república dedica esfuerzos y diligencia a este tipo de instrucción, siempre tendrá en sus Estados buenos soldados,

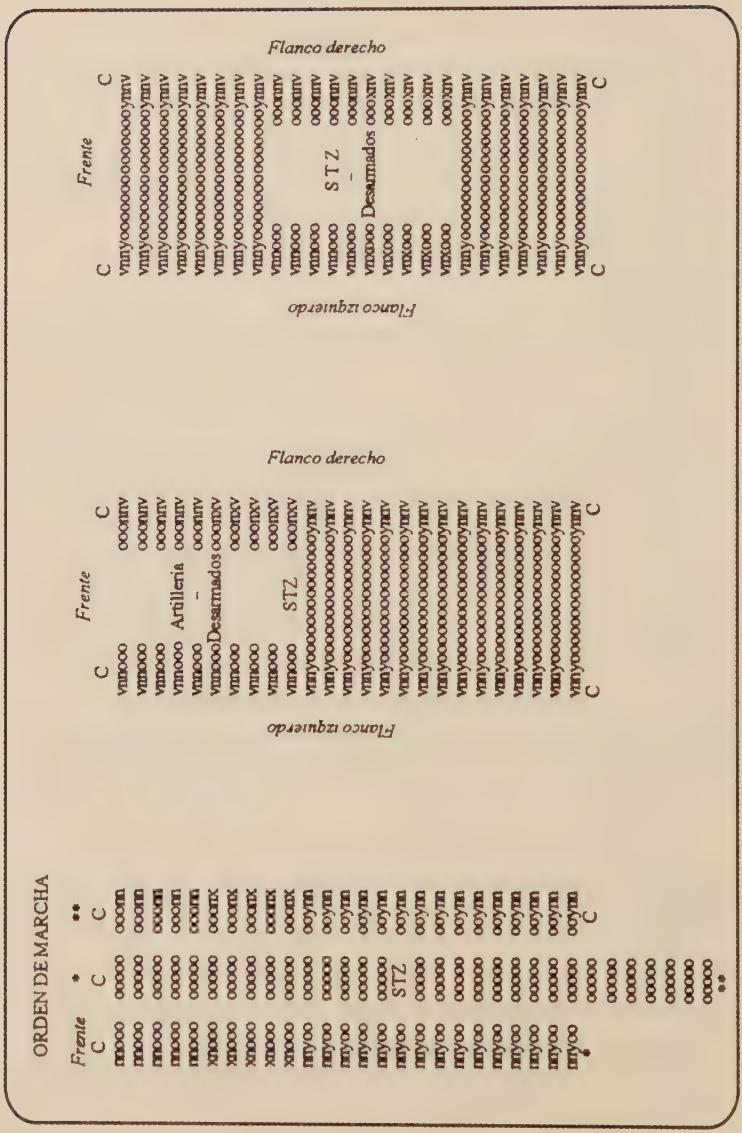
superiores a sus vecinos, e impondrán, en lugar de sufrirlas, sus leyes a los demás hombres. Pero como ya les dije, el desorden en que vivimos hace que se descuiden o se subestimen esas cosas; de ahí que nuestros ejércitos no sean tan buenos y que, aunque hubiera algunos jefes o soldados naturalmente valerosos, no lo pueden demostrar.

Cosme: ¿Qué medio de transporte debería disponer cada batallón?

Fabrizio: En mi opinión, los centuriones y decuriones no deberían ir a caballo; si el condestable quiere cabalgar, ha de hacerlo en una mula. Yo permitiría al batallón tener dos furgones, más uno a cada centurión y dos a cada tres decuriones, porque, como diré oportunamente, todos ellos caben en los campamentos. Así, cada batallón vendrá a tener treinta y seis furgones. Los cuales quisiera que transportaran necesariamente las tiendas, los utensilios de cocina, las hachas y suficientes estacas con punta de hierro para levantar el campamento, además de otros objetos a los que aún pudiera darse cabida, a discreción personal.

Cosme: Considero que todos los mandos que has dispuesto en cada una de las compañías son necesarios. No obstante, sospecho que tantos hombres con mando terminarían causando confusión.

Fabrizio: Eso sucedería si no estuvieran todos subordinados a un solo jefe, pero esa subordinación establece el orden de tal manera que, sin los mandos referidos, sería imposible gobernar el batallón. Así como una pared que se ladea de todas partes necesita muchos y pequeños puntales, aunque no sean muy fuertes, más que pocos y sólidos, porque el empuje de cualquiera de estos no impide que, a corta distancia de él, se quiebre la pared, de igual modo es conveniente que en los ejércitos haya, para cada diez hombres,



Modo de formar un batallón con dos cuernos, y con plaza en medio.

uno con más vida, con más corazón, o al menos con más autoridad, a fin de que con su moral y su palabra mantenga a los otros seguros y dispuestos al combate. El hecho de que en todos nuestros ejércitos existen esos elementos a los que me he referido —jefes, banderas, cornetas— demuestra la necesidad de los mismos; solo que, en nuestro caso, ninguno cumple su misión. En primer lugar los decuriones, si se quiere que cumplan con su función, es necesario que cada uno conozca a sus hombres, acampe con ellos, haga sus guardias y esté en sus filas con ellos; porque ubicados en sus puestos son como una línea y un moderador que mantiene las líneas firmes y derechas, y hace imposible que ellas se desordenen, o que de hacerlo no vuelvan enseguida a sus lugares. Pero hoy solo sirven para cobrar más sueldo que los demás, o para conseguir que cumplan alguna tarea particular. Lo mismo ocurre con las banderas, que se tienen más bien como lujosa ostentación en las revistas que para uso militar, los antiguos, por el contrario, las utilizaban como guía y punto de referencia, porque cada cual, al ver dónde estaba la suya, sabiendo el sitio que con respecto a ella debía ocupar, acudía de inmediato a su puesto. También sabía que si la bandera se movía o se detenía, tenía que moverse o detenerse. Es necesario que en un ejército haya muchas unidades, y que cada unidad tenga su bandera y sus guías, porque teniéndolas contará con bastantes almas, y por consiguiente bastante vida.

Los infantes deben marchar siguiendo a la bandera, y esta debe guiarse por los toques de la corneta. Estos toques bien estudiados, sirven para ordenar todo el ejército, que marchando con el ritmo correspondiente conserva fácilmente su formación. Por esto los antiguos tenían silbatos, pífanos y otros instrumentos musicales, porque así como

quien baila procede con el ritmo de la música y mientras se mueve a su compás no se equivoca, así también un ejército, obedeciendo a sus movimientos al compás de los toques, no se desordena. Por esta razón, cambian el sonido, según quisieran cambiar el movimiento, encender o aquietar el ánimo de los hombres. Y como los sonidos eran varios, también variaban de nombre. El sonido dórico inspiraba la constancia; el frigio, el furor. Se cuenta que, estando sentado a la mesa, Alejandro, al oír un sonido frigio se enardeció tanto que echó manos a las armas. Sería conveniente resucitar estos métodos o, en caso de que ello resultara difícil, no descuidar aquellos toques que enseñan a obedecer al soldado, que pueden ser variados y establecidos a discreción, con tal de que los hombres, con la práctica, se acostumbren a reconocerlos. Pero hoy de ese sonido no se extrae otro fruto mayor que el hacer ruido.

Cosme: Quisiera saber, si es que alguna vez has tenido ocasión de reflexionar sobre ello, cuál es la causa de que en nuestros tiempos haya tanta desidia, tanto desorden y negligencia en los ejercicios militares.

Fabrizio: Te daré con mucho gusto mi opinión. Ustedes saben que en Europa han destacado muchos militares, pocos en África y menos aún en Asia. La causa de ello consiste en que en estas dos últimas partes del mundo solo han tenido una o dos grandes monarquías y pocas repúblicas, mientras que Europa únicamente tuvo algún reino e infinitas repúblicas. La capacidad y el valor de los hombres se manifiestan en la medida en que son empleados y formados por el mando supremo, personificado por una república o por un rey. Sucede entonces que donde hay muchas autoridades, hay muchos grandes hombres, y donde aquellos son pocos, estos también. En Asia encontramos a Nini,

Ciro, Artajerjes, Mitríades, y muy pocos que se les puedan comparar. En África, prescindiendo de la antigüedad egipcia, Masinia, Yugurta, y los capitanes generados por la república cartaginesa, que son poquísimos comparados con los de Europa, porque en ese continente son incontables los hombres excelentes, y habría muchos más si junto a ellos contáramos a quienes la incuria del tiempo sumió en el olvido.

La gente ha sido más virtuosa donde ha habido más Estados que favorecieron, por necesidad o por intereses concretos, la manifestación de su valor. Así en Asia surgieron pocos hombres excepcionales, porque esta región constituía un solo imperio por sus grandes dimensiones y su carencia de conflictos bélicos no podía producir hombres capaces de encabezar grandes empresas militares. Lo mismo ocurrió en África, aunque allí se encuentran algunos más, debido a la república de Cartago.

De las repúblicas surgen más hombres excelentes que de los reinos, porque en aquellas la mayor parte de las veces se honra el coraje, mientras que en los reinos se le teme. De ahí que en las primeras los hombres valerosos se crezcan y en las segundas se apaguen.

Europa, como es fácil de comprobar, estuvo colmada de repúblicas y principados, que por el temor que se tenían recíprocamente, se veían obligados a mantener vivas las organizaciones militares y a honrar a los que en ella adquirían fama. En Grecia, además del reino de Macedonia, había bastantes repúblicas y todas produjeron muchos grandes hombres. En Italia tuvimos a los romanos, los samnitas, los etruscos y los galos cisalpinos. Francia y Alemania estaban llenas de repúblicas y principados; España lo mismo. Y si, en comparación con los romanos, son pocos los hombres

ilustres de estas comarcas, se debe a la malignidad de los escritores, que secundan la fortuna, y la mayor parte de las veces se conforman con honrar a los vencedores. Pero no es razonable suponer que entre los samnitas y los etruscos, que combatieron durante siglo y medio contra los romanos antes de ser derrotados no surgieron muchísimos hombres excelentes. Y lo mismo puede decirse de Galia y España. Sin embargo, el mérito que normalmente los historiadores no celebran en los individuos, lo reconocen por lo general en los pueblos, cuya obstinación en la defensa de su libertad ensalzan hasta las estrellas. Si es verdad que donde hay más imperios surgen más hombres valientes, forzosamente es que si estos desaparecen irán disminuyendo aquellos, al faltar la causa que los produce. El crecimiento del imperio romano, que borró del mapa a todas las repúblicas y reinos de Europa y África y la mayor parte de los de Asia, no dejó medio de probar el mérito más que en Roma, con lo que en Europa los grandes hombres empezaron a escasear como en Asia. Finalmente, el valor llegó a su total decadencia, porque estando toda virtud concentrada en Roma, cuando Roma se corrompió se corrompió también casi todo el mundo. Por eso los escitas pudieron arrasar aquel imperio que había extinguido el mérito de los demás sin ser capaz de mantener el suyo.

La invasión de los bárbaros destrozó el imperio, dividiéndolo en muchas nacionalidades; pero la virtud militar no renació, primero porque no se restablecen fácilmente instituciones caídas en desuso, y, además, porque las nuevas costumbres, basadas en la religión cristiana, no imponen la necesidad de defenderse que antiguamente existía, cuando los vencidos en la guerra eran muertos o quedaban en perpetua esclavitud, arrasando miserable vida. Las ciu-

dades vencidas o eran arrasadas o expulsados sus habitantes, dispersándoseles por todo el mundo y apoderándose el conquistador de sus bienes, de suerte que los vencidos quedaban en la última miseria. Amedrentados los hombres por este temor, no olvidaban los ejercicios militares y honraban a los que en ellos sobresalían. Pero hoy el miedo casi ha desaparecido, porque, ni a los vencidos se les mata ni siquiera se les tiene largo tiempo prisioneros, pues con facilidad recobran su libertad. Las ciudades, aunque se hayan rebelado mil veces, no son arrasadas; los habitantes siguen gozando de sus bienes, de modo que el mayor mal que se teme es el pago de alguna contribución. Por eso nadie quiere someterse al rigor de la vida militar y a los constantes ejercicios que exige por evitar peligros que apenas temen. Además, Europa está sometida a pocos soberanos en comparación con los que había antes, porque toda Francia obedece a un rey, toda España a otro, y la misma Italia no está muy dividida, de modo que los Estados débiles se defienden uniéndose al vencedor, y los poderosos, por las razones expuestas, no temen una ruina completa.

Cosme: Sin embargo, se han visto muchas ciudades saqueadas en los últimos veinticinco años, y muchos reinos perdidos; ejèmplo que debiera enseñar a los otros a vivificar y recuperar algo de las instituciones antiguas.

Fabrizio: Es tal como tú dices; pero si ustedes tienen en cuenta cuáles fueron las ciudades saqueadas, verán que no son capitales de los Estados, sino ciudades secundarias; vean que fue saqueada Tortona y no Milán, Capua y no Nápoles. Brescia y no Venecia, Ravena y no Roma. Son ejemplos que no hacen cambiar de objetivo a quienes gobiernan, por el contrario, los corroboran en sus opiniones de poderlas rescatar mediante tallas; por eso no quieren someterse a los

afanes de los ejercicios guerreros, por parecerles en parte no necesarios y en parte un enredo que no entienden. Los que son siervos, y a quienes por consiguiente estos ejemplos debieran darles miedo, no tienen poder para remediarlo; y los príncipes, por haber perdido el Estado, ya no están a tiempo, y los que no tienen, no saben o no pueden, porque quieren sin ningún esfuerzo quedarse con la fortuna, pero no con la virtud, porque ven que al escasear la virtud la fortuna lo gobierna todo, y quieren que ella los domine, en lugar de dominarla ellos. Y para confirmar que lo que digo es cierto, tengan en cuenta a Alemania; en ella hay bastante virtud, pues incluye muchos principados y repúblicas, y todo lo que hay de bueno en la milicia actual depende del ejemplo de esos pueblos; que siendo celosos de sus Estados, temiendo la servidumbre (cosa que en otros lados no suscita temor), conservan su autoridad y su honor. Quisiera que esto que dije baste para mostrar las razones de la actual negligencia, según mi opinión. No sé si ustedes opinan lo mismo, o si de esta argumentación surge para ustedes alguna duda.

Cosme: Ninguna, por el contrario. Estoy muy convencido. Solo quisiera, volviendo a nuestro tema principal, escuchar de ti cómo organizarías la caballería en las compañías, cuantos caballos pondrías, y cómo distribuirías sus capitanes y los armarías.

Fabrizio: Seguramente, les parecerá que le he dedicado poca atención, cosa que no debe sorprenderles, porque tengo dos motivos para no extenderme en ello; el primero es que el eje central y el núcleo más importante del ejército está constituido por la infantería. Si no es tan poderosa como la antigua, al menos es igual que ella. De todas maneras, ya comenté hace poco cómo había que instruirla. Por lo que se

refiere al armamento tanto de la caballería pesada como de la ligera yo las dotaría como se hace hoy, prefiriendo que la primera estuviera constituida por ballesteros con alguno que otro arcabucero. Aunque estos son poco útiles para otras actividades militares, resultan muy adecuados para atemorizar a los paisanos y expulsarlos de cualquier paso que custodien, porque les dará más miedo ver a un arcabucero que a veinte soldados con otro armamento.

Por lo que se refiere a su número, como he optado por basarme en el ejército romano, me contentaría con trescientos a caballo por brigada, de los cuales ciento cincuenta llevarían armamento pesado y ciento cincuenta ligero. Cada una de estas mitades contaría con un jefe y diez decuriones, más la corneta y la bandera. Cada diez miembros de la caballería pesada dispondrían de cinco furgones, y cada diez de la ligera de dos, que, como en el caso de la infantería, transportarían las tiendas, el menaje de cocina, las hachas, los mástiles y, en el caso de disponer aún de espacio, el resto del equipaje. No supongan que esto es insuficiente por el hecho de comprobar que ahora los caballeros tienen a su servicio cuatro caballos, porque esto es una corruptela. En Alemania, esos mismos hombres disponen de un solo caballo y cuentan, por cada veinte, con un furgón que les lleva lo que necesitan. También los romanos disponían solo de un caballo para cada uno, si bien al lado de la caballería iban los triarios, obligados a ayudarlos en el cuidado de las monturas, cosa que nosotros podríamos imitar fácilmente, como demostraré al hablar de los campamentos. Así que lo que hacían los romanos y hacen hoy los alemanes también lo podríamos hacer nosotros; es más, prescindiendo de ello cometemos un error.

Estos cuerpos de caballería pertenecientes a la brigada podrían reunirse algunas veces con batallones, y practicar juntos algunas maniobras de ataque, más bien para familiarizarse que por cualquier otro motivo.

Pero sobre esto ya hemos hablado mucho. Pasemos ahora a ver cómo se forma un ejército para poder presentar batalla al enemigo con esperanza de ganarla, que es el fin último para el que se organiza un ejército y tanta atención se le dedica.

Libro tercero

Cosme: Ya que cambiamos de tema de conversación, quisiera que cambie también quien hace las preguntas, para que no se me tache de pretencioso, defecto que siempre critiqué en los demás. Cedo entonces mi mando y entrego esta facultad a aquel de mis amigos que la quiera.

Zanobi: Nos sería muy grato que continuases, pero puesto que no quieres, al menos di cuál de nosotros ha de reemplazarte.

Cosme: Dejaré esa responsabilidad en el señor Fabrizio.

Fabrizio: Acepto, y propongo que sigamos la costumbre veneciana: que comience a hablar el de menor edad, porque siendo la guerra una actividad para jóvenes, creo que son ellos los más aptos para hablar de ella, así como los más dispuestos a hacerlo.

Cosme: Entonces te toca a ti, Luis. De la misma manera que a mí me satisfaces como sucesor, a ti también te puede satisfacer el hacer preguntas. Pero volvamos inmediatamente al asunto, y no perdamos tiempo.

Fabrizio: Estoy seguro de que para querer mostrar bien cómo se organiza un ejército para la batalla, es preciso narrar de qué modo disponían en tales casos sus tropas los griegos y

los romanos. Pero como ustedes mismos pueden leer y considerar estas cosas a través de escritores antiguos, prescindiré de muchos detalles, fijándome solo en lo que crea necesario para imitar el perfeccionamiento posible de la milicia de estos tiempos. Explicaré cómo se dispone un ejército en orden de combate, cómo debe luchar y cómo hay que ejercitarlo en las maniobras.

El mayor descuido en que caen los que preparan un ejército para la batalla es formarlo con una sola línea de ataque y hacer que el éxito dependa de una sola embestida. Hacerlo así significa haber olvidado el sistema que seguían los antiguos para permitir que unas líneas se replegasen sobre otras; porque sin este modo no se puede ni auxiliar a los primeros, ni defenderlos, ni reemplazarlos, cosas que los romanos observaban con cuidado.

Para explicarlo mejor, diré que los romanos dividían cada legión en tres partes; *astarios*, *príncipes* y *triarios*; los astarios constituían la primera línea del ejército, formándola en varias filas apiñadas de manera compacta; detrás de ellos iban los príncipes, pero en orden más abierto; por último venían los triarios, cuyas filas eran tan ralas que en caso necesario podían recibir entre ellos a los príncipes y a los astarios. Además de estos, tenían a los honderos, a los ballesteros y a los soldados que portaban armas ligeras, quienes no se integraban en estas líneas, sino que se colocaban a la cabeza del ejército, entre la caballería y la infantería.

Esta infantería armada a la ligera iniciaba el combate; si ganaba, cosa que ocurría rara vez, explotaba la victoria, persiguiendo al enemigo; si era rechazada se retiraba a lo largo de los flancos del ejército o por los intervalos dispuestos para este propósito, y se reunían con la retaguar-

dia. Al dejar esta el campo libre, entraban en combate los astarios, quienes, si se veían superados, se retiraban paulatinamente gracias a lo ralo de las filas entre los príncipes, y, unidos con estos, reiniciaban el combate. Si también estos eran superados, se retiraban a los huecos de las líneas de los triarios y, todos juntos, formando una masa, renovaban la lucha. Si también eran vencidos, ya no había remedio, porque no existían más posibilidades de reorganizarse.

La caballería se instalaba sobre los ángulos del ejército, como si se tratara de las alas de un cuerpo, y combatía a caballo o a pie, según las circunstancias lo exigieran.

Esta manera de rehacerse tres veces es casi imposible de superar, porque es necesario que por tres veces los abandone la fortuna y que el enemigo sea tan poderoso hasta el punto de vencerlos en tres ocasiones.

Los griegos no empleaban en sus falanges este tipo de reagrupamiento, y aunque en ellas hubiera muchos jefes y filas, formaban un solo cuerpo o cabeza. El modo que tenían de ir en ayuda unos de otros era no retirarse a la fila de otro, de la siguiente manera: cuando la falange formada en filas, supongamos de cincuenta hombres de frente, atacaba al enemigo, las seis primeras filas podían combatir desde el primer momento, porque sus lanzas, llamadas *sarisses*, eran tan largas que las de la sexta fila pasaban la punta sobre la primera. Al combatir, pues, si alguno de la primera fila caía muerto o herido, de inmediato entraba en su lugar el que estaba detrás de él en la segunda, este podía ser sustituido por el de la tercera y, operando así, las filas posteriores completaban rápidamente los huecos que se producían en las delanteras. De esa manera, las filas estaban siempre completas y todos los puestos de combate cubiertos, salvo en la última fila, que iba reduciéndose por

no tener detrás quien cubriese los huecos. En resumen, las últimas, y aquellas estaban siempre completas. Así, las falanges, por su organización, podían acabarse antes de dispersarse, porque el grosor del cuerpo las hacía más inamovibles.

Los romanos comenzaron por imitar a las falanges, e instruyeron a sus legiones a semejanza de ellas. Después les disgustó esta organización y dividieron a las legiones en varias unidades, es decir, en cohortes y manípulos, porque como les dije hace poco evaluaron que era más efectivo que ese cuerpo tuviera más vida, más almas, y que se compusiera de varias partes, para que cada una de ellas se gobernara por sí misma.

En la actualidad, las brigadas suizas siguen el modelo de las falanges, tanto en la formación de los cuerpos gruesos y macizos como en la sustitución individual de los soldados, y, al dar las batallas, ponen un batallón al lado del otro, porque si los colocasen unos delante de otros, al retirarse el primero no podría darle cabida al segundo, de manera que para apoyarse mutuamente, ponen un batallón delante y el siguiente detrás, pero desplazado a la izquierda, de forma que, si el primero necesita refuerzos, el segundo se adelante a socorrerlo. El tercer batallón se sitúa detrás de ellos, pero a la distancia de un disparo de arcabuz. Hacen esto para que, si son rechazados los primeros, este pueda adelantarse disponiendo de espacio suficiente y sin tropezar con los otros.

A una enorme masa de hombres no se le puede sitiar como a una unidad pequeña, pero los cuerpos pequeños y diferentes que componían las legiones romanas se podían colocar de modo tal que podían recibirse uno a otro e ir uno en ayuda del otro. Que este sistema de los suizos no es

tan efectivo como el antiguo romano, lo demuestran muchos ejemplos de las legiones romanas en su lucha contra las falanges griegas, a las que siempre derrotaron, porque su armamento y su sistema de repliegue, como antes lo indiqué, pudieron más que la solidez de estas.

De modo que si debiéramos organizar un ejército según estos ejemplos, tomaría el sistema y el tipo de armamento en parte de las falanges griegas y en parte de las legiones romanas. La brigada constaría de dos mil picas, que son las armas de las falanges macedonias, y tres mil escudados con espada, que son las armas de los romanos, la legión en diez cohortes. Se contaría también con vélites, es decir, la infantería ligera, para iniciar el combate. Y, de la misma manera que he mezclado el armamento de los dos ejércitos, mezclaré también su formación, de modo que cada batallón tendrá cinco filas de picas en vanguardia y las restantes de escudados, para poder con el frente resistir a la caballería y penetrar fácilmente en las filas de enemigos a pie, puesto que en el primer choque tengo, como él, a los piqueros para contenerlo, y después a los escudos para vencerlo. Si analizan la capacidad de esta formación, verán que todas estas armas cumplen plenamente su función; porque las picas lo son contra los caballos, y, aun empleadas contra la infantería, realizan bien su misión antes de llegar al cuerpo a cuerpo, situación en la que ya son inútiles. De allí que los suizos, para eludir este inconveniente, colocan detrás de tres filas de picas una de alabardas; lo hacen para dar lugar a las picas, que no tienen espacio suficiente. Poniendo pues nuestras picas adelante y los escudos detrás resisten a los caballos, y al entablarse el combate abren las filas de los soldados de infantería y los acosan; una vez que la lucha es cuerpo a cuerpo, las picas se vuel-

ven inútiles, las sustituyen los escudos y las espadas, que pueden manejarse aun cuando el espacio es mínimo.

Luis: Ahora lo que nos interesa saber es cómo organizará usted un ejército para el combate con tales armas y formaciones.

Fabrizio: Eso es justo lo que intento hacer. En un ejército romano corriente, llamado "ejército consular", no había más que dos legiones de ciudadanos romanos, compuestas de seiscientos caballos y alrededor de once mil soldados de infantería. Tenía además otros tantos caballos y soldados de infantería que les eran enviados por sus amigos y confederados, los cuales dividían en dos porciones, llamadas ala izquierda y ala derecha. Nunca permitieron que esa infantería auxiliar superase en número a los soldados de sus legiones; aunque aceptaban que los caballos fueran más numerosos. Con este ejército de veintidós mil infantes, y aproximadamente mil caballos útiles, cada cónsul emprendía cualquier operación y acometía cualquier empresa. Cuando el enemigo era muy poderoso, los dos cónsules reunían sus ejércitos. Es importante señalar que normalmente, en las tres operaciones principales de un ejército, es decir, la marcha, la acampada y el combate, ponían en medio dos legiones ordinarias, porque querían que la fuerza en la que más confiaban estuviera más concentrada, como lo mostraré al exponer estas tres acciones.

La infantería auxiliar, por la relación que tenía con los soldados de las legiones, era tan útil como ellos, porque eran igualmente disciplinados, y por eso mismo, al preparar la batalla, los organizaba del mismo modo. Y, como ya les he comentado, la manera como formaban cada legión en tres líneas que se iban reagrupando, ya les he explicado el orden de combate.

Queriendo yo preparar el combate a semejanza de los romanos, ya que ellos disponían de dos legiones, yo tomaré dos brigadas, y como disponga estas quedará dispuesto todo el ejército, porque al añadirse más gente no habrá otra cosa que hacer que engrosar las filas. No me parece necesario recordarles el número de soldados con que cuenta una brigada, ni que consta de diez batallones, qué jefes tiene cada batallón, de qué armas disponen y cuáles son las picas, los vélites regulares y los de apoyo, porque detalladamente lo dije hace poco, y les advertí que lo guardasen en la memoria como algo necesario si se quieren entender las demás formaciones. Así que pasaré directo a estas.

Considero conveniente que los diez batallones de una de las brigadas se pongan en el flanco izquierdo, y otros diez en el derecho. Los del izquierdo formarán situándose cinco batallones, uno a cada lado en la vanguardia, de modo que entre ellos quede un espacio de diez brazas, con lo que vendrán a ocupar 140 brazas de ancho y cuarenta de longitud. Detrás de estas cinco compañías colocaría otras tres, a una distancia de cuarenta brazas en línea recta; dos de ellas se colocarían detrás, enfiladas con respecto a las de los extremos de la primera fila, y la otra se ubicaría en el centro. Así estos tres batallones ocuparían en anchura y longitud el mismo espacio que los otros cinco, pero en lugar de las cuatro brazas que separan a estos, ahora tendremos treinta y tres. Después de ellas dispondría las dos últimas compañías también detrás de estas tres, en línea recta y a una distancia de cuarenta brazas, y pondría a cada una de ellas detrás de los extremos de las tres, de manera que el espacio que quede entre una y otra sería de noventa y un brazas de ancho y doscientas de largo. Extendería las picas

extraordinarias a los costados de estas compañías de lado izquierdo, a una distancia de veinte brazas de aquellas, formándolas en 143 filas de siete hombres cada una, de manera que a lo largo abarcaran todo el costado izquierdo de las diez compañías, ordenadas según les dije, y avanzaría cuarenta filas para ver los carros y los desarmados que quedarían a la cola del ejército, distribuyendo a los decuriones y los centuriones en sus lugares, y de los tres condestables pondría uno a la cabeza, el otro en el medio y el tercero en la última fila, donde cumpliría la función de *tergiductor*, como llamaban los antiguos al que designaban a las espaldas del ejército. Pero volviendo a su cabeza, colocaría junto a las picas extraordinarias a los vélites extraordinarios, que son quinientos, y les daría un espacio de cuarenta brazas. Al lado de ellos, pero a la izquierda, colocaría a los hombres de armas, y quisiera que tuvieran un espacio de ciento cincuenta brazas. Después de estos, a los caballos ligeros, a los que les daría el mismo espacio que a los soldados de armas. A los vélites ordinarios los dejaría alrededor de sus compañías, ocupando los espacios que dejo entre una compañía y otra, como si fueran sus auxiliares, siempre que no prefiriera colocarlos bajo las picas extraordinarias, cosa que haría o no según la oportunidad. Al capitán general de todo el batallón lo colocaría en el espacio que media entre la primera y segunda fila de las compañías, o bien a la cabeza y en ese espacio que media entre la última de las cinco primeras y las picas extraordinarias, según qué me pareciera más oportuno, con treinta o cuarenta hombres alrededor, elegidos y que supieran por su prudencia cumplir un mandato, y por su fortaleza resistir una embestida; el capitán general estaría ubicado entre el sonido y la bandera. Este es el orden que daría al batallón en la parte izquierda,

que sería la disposición de la mitad del ejército; tendría quinientas once brazas de ancho y de largo lo que dije antes, sin contar el espacio que ocuparían las picas extraordinarias que sirven como escudo a los desarmados, que sería de alrededor de cien brazas. Dispondría al otro batallón del lado derecho, del mismo modo que dispuse el del lado izquierdo, dejando entre uno y otro batallón un espacio de treinta brazas; a su cabeza pondría una carreta de artillería, tras de la cual se instalaría el capitán general del ejército, y a su alrededor, con el sonido y la bandera capitana, tendría por lo menos doscientos hombres selectos, en su mayoría a pie, y entre ellos diez o más aptos para cumplir cualquier orden; los habría capaces de ir a caballo y armados, y lo mismo a caballo que a pie, según fuese necesario. En cuanto a la artillería del ejército, para la toma de fortalezas por asalto basta con diez cañones que no superen las cincuenta libras de capacidad; en campaña me serviría de ella más para defender los lugares donde los soldados acampan que para el combate; la otra artillería debiera ser más bien de diez a quince libras de capacidad en total. A esta la colocaría al frente del ejército, si el territorio no reuniera condiciones como para poder colocarla a un costado en lugar seguro, donde el enemigo no pudiera atacarla.

Esta disposición de combate permite al ejército, al combatir, mantener el orden de las falanges y el de las legiones romanas, porque en el frente hay picas, todos los soldados de infantería están formados en filas, de modo que al entablar lucha con el enemigo y resistirlo pueden restaurar las primeras filas con las de atrás, al modo de las falanges. Por otra parte, si son atacados de modo que necesiten romper filas y retirarse, pueden entrar en los espacios de las compañías que tienen detrás, unirse a ellas y de nue-

vo, reagrupados, resistir al enemigo o combatirlo. Si esto no es suficiente, pueden replegarse a la tercera línea y combatir desde ella. Con esto, en el combate y en el repliegue se aprovechan a la vez las ventajas de los sistemas griego y romano.

Respecto a la fortaleza del ejército, no hay organización más sólida que esta; ambas alas disponen de muchas armas y jefes, y el único punto débil está constituido por la zona trasera de no combatientes, donde están los bagajes y operarios, y aun estos van flanqueados por un destacamento de picas extraordinarias. El enemigo no puede atacarlo de ningún lado donde no lo encuentre organizado; tampoco le resultará factible lanzarse contra la retaguardia, porque no es posible que disponga de fuerzas suficientes para atacar simultáneamente por todas las bandas. Si pudiera hacerlo, no habría que enfrentarse a él. Pero si fuera un tercio más poderoso que ustedes, y organizado como ustedes, si se debilita para atacarlos en varios flancos, bastará con abrir en él una brecha para que se vea en serias dificultades.

Acerca de la caballería, aunque la del enemigo fuera mucho mayor que la de nosotros, pueden estar seguros de que las picas, dispuestas como he dicho, los defenderán del ímpetu de los caballos, aun en el caso de que nuestra caballería fuese batida.

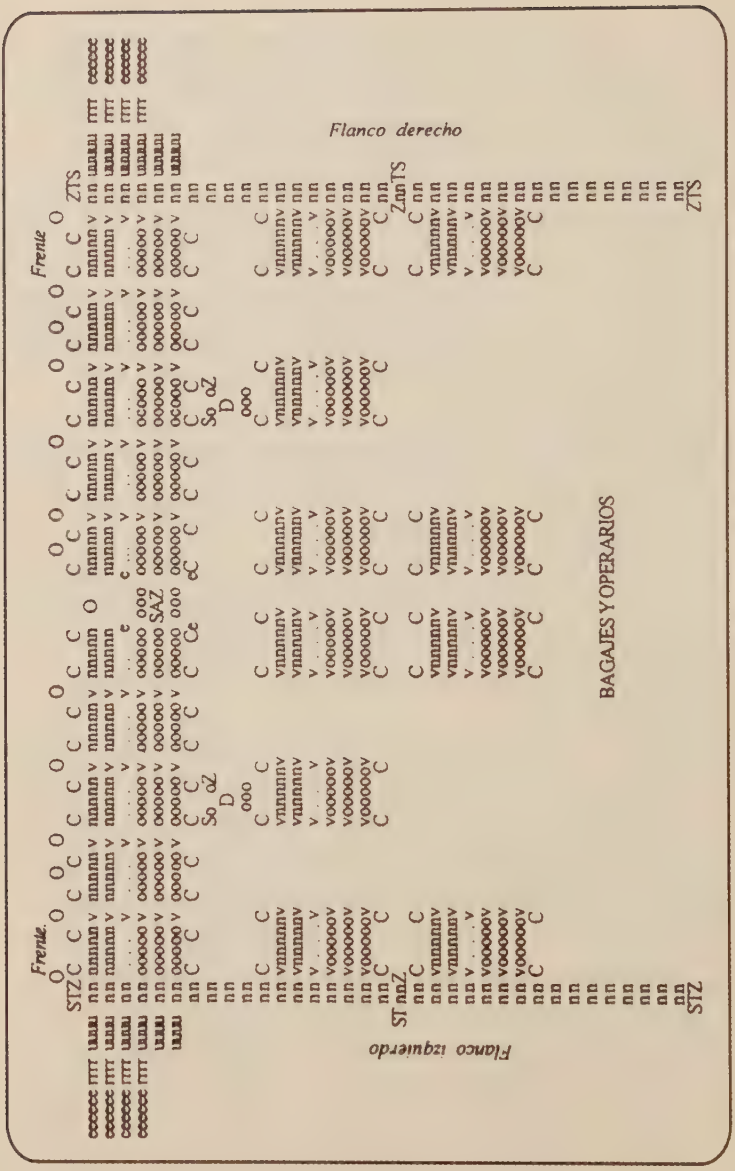
Además de esto, los jefes están dispuestos de modo que fácilmente pueden dar y recibir órdenes. Los espacios que median entre un batallón y otro, y entre línea y línea, sirven no solo para facilitar los repliegues, sino también para dejar paso a los que trasmiten las órdenes del general.

Nuestro ejército contará, como el de los romanos, con unos veinticinco mil hombres. Entre aquellos, todos los soldados auxiliares seguían el modelo de combate y formación de las legiones; del mismo modo, los soldados que se añadan a nuestras brigadas imitarán a estas. Una vez dado un ejemplo de esas cosas, es fácil imitarlo, porque sumando al ejército otros dos batallones, o tantos soldados como los que ya tiene, basta con duplicar las filas, y donde había diez compañías del lado izquierdo, poner veinte, engrosando o extendiendo las filas según el lugar o el enemigo lo determinen.

Luis: De verdad, señor, puedo imaginarme tan bien este ejército que es como si estuviera frente a mí, y experimento ardiente deseo de verlo pelear.

Y por nada del mundo quisiera que usted se convirtiera en Fabio Máximo, y como él pensara en mantenerse a distancia del enemigo y eludir la batalla, porque entonces, peor que hablaba el pueblo romano de Fabio, hablaría yo de usted.

Fabrizio: No lo duden. ¿No escuchan la artillería? La nuestra ya ha disparado, pero sin causar mucho daño al enemigo. Los vélites de apoyo se despliegan al mismo tiempo que la caballería enemiga y, lanzándose al ataque con la mayor furia y griterío de que son capaces, atacan al enemigo, cuya artillería ya hizo una descarga que pasó sobre las cabezas de nuestros soldados de infantería sin dañarlos. Para impedirle disparar por segunda vez, nuestros vélites y caballería, como pueden comprobar, la han ocupado, y el enemigo, al querer defenderla, se ha visto obligado a avanzar. Con ello, ni la nuestra ni la del enemigo pueden cumplir su función. Vean con qué coraje pelean los nuestros y con qué disciplina, gracias a su instrucción y a su elevada moral de



Disposición de un ejército formado en batalla.

victoria. El ejército, como ven, adelanta filas en orden con su paso y con la caballería al lado para enfrentar al enemigo. Vean nuestra artillería, que para darles lugar o dejarles el espacio libre se ha retirado al sitio donde salieron los vélites. Vean al general que los alienta y les muestra la certeza de la victoria. Vean cómo los vélites y la caballería ligera van y vienen por los flancos del ejército para comprobar si pueden atacar al enemigo por allí.

Se llega al choque frontal. Miren con qué valor y cuán silenciosamente han resistido el ataque enemigo, y cómo el general ordena a la caballería pesada que resista sin atacar y que no se aleje de las líneas de infantería. Vean cómo la caballería ligera se ha lanzado contra un grupo de arcabuceros enemigos que se disponían a atacar por un flanco, y cómo la caballería enemiga los ha socorrido; cogidos en medio de dos caballerías, no pueden disparar y se retiran tras sus batallones. Vean con qué furia se baten nuestros piqueros, y cómo las dos infanterías están tan próximas que ya no pueden usarse las picas, por lo que aquellos, de acuerdo con la práctica aprendida, se van retirando entre los escudados. Vean cómo, mientras tanto, una numerosa sección de la caballería pesada enemiga ha desplazado a la de nosotros hacia la izquierda, y cómo esta, según nuestra táctica, se ha replegado sobre las picas de apoyo, y, reagrupándose con ellas, ha rechazado y aniquilado gran número de enemigos.

Mientras tanto, todos los piqueros regulares de los primeros batallones se han refugiado tras las líneas de los escudos, confiando el ataque a sus portadores, quienes con valor, seguridad y tranquilidad exterminan al enemigo. ¿No ven como las líneas al luchar se han estrechado tanto que apenas pueden usar sus espadas? Miren cuán rápida-

mente van cayendo los enemigos; armados con pica y espada, inservible aquella por demasiado larga y esta porque no traspasa las corazas de los nuestros. Unos caen muertos y heridos, y otros huyen. Vean cómo escapan del ala izquierda, y ahora también de la derecha.

La victoria es nuestra. ¿No hemos ganado cómodamente una batalla? Pues con mayor comodidad se ganaría si yo tuviera ocasión de plantearla. Fíjense cómo no ha sido necesario utilizar la segunda ni la tercera líneas; ha sido suficiente, para vencer al enemigo, la línea del frente. Y no tengo más que decir al respecto, como no sea para aclararles alguna duda.

Luis: Con tanta viveza ha descrito esta triunfal lucha que me asombro hasta no saber bien si queda alguna duda. Sin embargo, ateniéndome a su generosidad, me decidiré a contarle lo que pienso. Dígame antes: ¿por qué no hace que nuestra artillería dispare más de una vez? ¿Cómo es que en seguida la hace replegarse al interior del ejército y no la vuelve a mencionar? Me da también la impresión de que maneja la del enemigo a gusto, haciéndole disparar demasiado alto, lo que no niego que pueda ocurrir. Pero si sucede, como imagino que ocurriría a menudo, que bombardee a las tropas, ¿qué remedio propondría?

Y puesto que he comenzado por referirme a la artillería, insistiré sobre ello para no volver a tocar más el tema. He oído a muchos despreciar el armamento y el orden de combate de los ejércitos antiguos, indicando que hoy podían poco, o, mejor dicho, nada, contra la potencia de la artillería; y ello porque esta deshace las líneas y atraviesa las corazas con tanta facilidad que resulta absurdo presentar una formación que no se puede mantener y can-

sarse llevando elementos defensivos que no cumplen su función.

Fabrizio: Tu pregunta toca muchos puntos y exige una larga respuesta. Es verdad que solo hice disparar una vez la artillería, y aún sobre esa tuve mis dudas. El caso es que resulta más importante evitar ser bombardeado que bombardear uno al enemigo. Tal vez sepas que para que la artillería no cauce destrozos tenemos que situarnos donde no nos alcance, ya sea al abrigo de un marco o de una trinchera. Los generales resueltos a plantear batalla no pueden limitarse a parapetarse tras muros o trincheras, ni en lugares donde no pueden ser alcanzados. Así que, como no pueden disponer de esos medios de defensa, tienen que buscar un procedimiento que aminore los daños y que consiste precisamente en ocupar lo antes posible la artillería contraria. Esto se consigue lanzándose contra ella a la carrera y en orden abierto, nunca despacio o agrupados. La velocidad sirve para evitar que se dispare por segunda vez, y el despliegue para limitar el número de bajas. Una operación semejante no puede ejecutarla un grupo en formación cerrada, porque si avanza rápidamente se desordena, con lo que evita al enemigo el trabajo de romperla, ya que se rompe por sí misma. Por eso yo dispuse al ejército de manera que pudiera hacer ambas; colocando en los extremos a mil vélites, mandé que, tras la andanada de nuestra artillería se lanzasen junto con la caballería ligera al asalto de las piezas enemigas. No permití que mi artillería volviese a disparar para que tampoco pudiese hacerlo la contraria, porque no resultaba factible que yo lo consiguiera y al mismo tiempo evitara que otra hiciera lo mismo. Por la misma razón por la que no le permití disparar la segunda vez, estuve a punto de que no lo hiciera la primera, evitando al mismo tiem-

po la inicial andanada enemiga. Para neutralizar a la artillería enemiga no hay más remedio que asaltarla; si la abandonan, se ocupa; si quieren defenderla, se verán obligados a retirarla. En cualquier caso, no podrán disparar.

Imagino que esta explicación te puede ser satisfactoria, sin necesidad de ejemplos. Pero, como puedo traer a colación algunos ejemplos de la antigüedad, lo voy a hacer. Ventidio, al presentar batalla contra los *parthos*, cuya fuerza ofensiva residía principalmente en sus arcos y flechas, los dejó llegar hasta las inmediaciones de su campamento sin movilizar a sus tropas, para de inmediato echarse sobre ellos e impedirles disparar. César refiere que, habiendo entablado un combate en las Galias, fue asaltado con tanta furia por el enemigo que sus soldados no tuvieron tiempo para, de acuerdo con la táctica romana, lanzar sus dardos. De ahí se deduce que para evitar que en campaña te alcance cualquier suerte de proyectiles, es necesario ocupar lo antes posible sus posiciones.

Existe otro motivo por el que yo no quería utilizar la artillería; tal vez les causará risa, pero no lo considero indigno. Nada origina más confusión en un ejército que el impedirle la vista; muchos poderosos ejércitos han caído derrotados porque los soldados no podían ver a causa del sol o del polvo. Y lo que más estorba a la vista es el humo de los disparos; de ahí que me parezca más juicioso dejar que el enemigo se confunda por sí mismo que lanzarse a su encuentro sin verlo. Por eso yo a la artillería, o bien no la dejaría disparar (cosa que me desaprobarían, visto el prestigio de que goza esta arma) o la situaría en los extremos del ejército, para que con sus descargas no cegase a las líneas del frente, que son las más importantes de mi ejército. Una buena prueba de lo útil que resulta cegar al enemigo

la constituye el ejemplo de Epaminondas, quien, para impedir la visión al ejército que se le enfrentaba, mandó correr ante la vanguardia del mismo a su caballería ligera, con objeto de levantar una polvareda y nublarle la vista, lo que lo llevó a la victoria.

Respecto a la impresión de que he manejado la artillería contraria a mi capricho, haciendo que sus proyectiles pasaran altos sobre las cabezas de los infantes, diré que sin comparación son muchas más las veces en que la artillería de grueso calibre no hace blanco sobre la infantería que aquellas en que lo consigue. La infantería va tan pegada al terreno y las piezas son tan poco manejables, que poco a poco que se las levante disparan alto, si se las baja dan en tierra, con lo que tampoco se hace blanco. Contribuye también a ello la desigualdad del terreno: una mancha de vegetación o un pequeño montículo, entre la artillería y las tropas, impiden la puntería. Respecto a la caballería, principalmente la pesada, aunque está más agrupada que la ligera, y su mayor altura facilita el blanco, bastará situarla a retaguardia del ejército hasta que la artillería haya disparado.

Sin duda, más daños causan los arcabuces y las armas de fuego ligeras. La única forma de neutralizarlas consiste en llegar pronto a la lucha cuerpo a cuerpo; si en el asalto caen algunos soldados, hay que resignarse, porque un buen general y un buen ejército no deben temer al daño parcial, sino al total. En esto hay que imitar a los suizos, que jamás evitaron una batalla por miedo a la artillería, e incluso castigan con pena de muerte a los que por temor a ella abandonan las filas o dan muestra evidente de cobardía. En cuanto dispararon las piezas yo los mandé retroceder para que dejasen el paso libre a los batallones, y no las

volví a mencionar, como inútiles que son, una vez iniciado el combate.

Han dicho también que, teniendo en cuenta la potencia de estos artilugios, muchos consideran obsoleto el armamento y la táctica de combate de los antiguos. Y parece, por lo que dicen, que los modernos han encontrado armas y sistemas que resultan efectivos contra la artillería. Pues si ustedes los conocen, les agradecería que me lo dijeran, porque hasta el momento yo no conozco ninguno y no creo que pueda haberlo. Me gustaría que los que así piensan me explicaran por qué actualmente la infantería lleva un peto o una coraza de hierro, y por qué los caballeros van enfundados en sus andaduras. Puesto que consideran inútil el armamento antiguo frente a la artillería, debieran despreciar del mismo modo el actual. Y me gustaría que me explicaran por qué los suizos, al igual que se hacía en las formaciones antiguas, organizan brigadas compactas de seis u ocho mil infantes, y por qué todos los han imitado, siendo así que resultan tan vulnerables ante la artillería como las formaciones imitadas de los antiguos.

Como ven, los soldados, además de la artillería, han de tener muchas otras cosas de las que se defienden con sus corazas y sus formaciones. De ahí se deriva que cuanto mejor esté un ejército y cuanto más resistente y sólida sea su formación, más seguro está. Así que, quien opina como ustedes dicen, o es poco prudente o no ha meditado lo suficiente esta cuestión. Si la pica, única arma antigua sobreviviente, y la brigada suiza, única formación copiada de antaño, se han revelado tan efectivas y suministran tanta potencia a nuestros ejércitos, ¿por qué no podemos suponer que las otras armas y formaciones hoy abandonadas son igualmente aprovechables?

Si nos cuidamos de la artillería en nuestras formaciones compactas de tipo suizo, ¿por qué vamos a temerla en otros modelos de formación, siendo así que la más expuesta es precisamente la más densa? Si no me atemoriza la artillería enemiga cuando asedio una ciudad desde la que me dispara segura, y de cuyas piezas no puedo apoderarme por encontrarse defendidas por las murallas, debiendo conformarme con irlas poniendo en dificultades con mis picas, de manera que pueden descargar a placer sobre mí, ¿por qué voy a tenerle miedo en campaña, donde me es posible ocuparla al instante? En resumen, la artillería, en mi opinión, no es obstáculo para usar los sistemas de los antiguos y mostrar el antiguo valor. Si yo no hubiera tratado ya en otro lugar sobre esta arma, me extendería más sobre ella; pero me remito a lo que entonces dije.

Luis: Hemos comprendido muy bien todo lo que usted explicó acerca de las artillerías; incluso creo que ha demostrado que, cuando se está en campaña y si se tiene al enemigo al frente, la mejor solución es apoderarse de ella rápidamente. Pero tengo una duda: creo que el enemigo podría situarlas en un flanco en su ejército, de modo que nos atacarían, y los soldados de infantería las protegerían de modo que no se podrían ocupar. Usted, si mal no recuerdo, al disponer su ejército para la batalla he dejado un espacio de cuarenta brazas entre un batallón y otro, y de veinte entre los batallones y picas de apoyo. Si el enemigo forma de igual modo su ejército y ubica la artillería en dichos intervalos, creo que desde ellos podrá causar daño a sus tropas con grandísima seguridad, porque no se podría penetrar entre sus filas para ocuparla.

Fabrizio: Ustedes dudan con gran sensatez, y yo me las ingeniaré para aclarárselas. Les he indicado que las compañías

están en constante movimiento, tanto en las marchas como en las batallas, con lo que se ven forzadas a concentrarse, de modo que si hacen estrechos los intervalos donde colocan la artillería, al poco tiempo quedan cerrados y los cañones no pueden disparar. Si para evitar ese peligro los hacen más amplios, incurren en un riesgo mayor: con esos espacios no solamente le facilitan al enemigo ocupar su artillería, sino el romper las filas de ustedes. También deben saber que la artillería no puede ubicarse entre filas, principalmente la que se desplaza en carros, porque, circulando en sentido contrario al que dispara, si se ven forzados a marchar y tirar de manera simultánea, para disparar se necesita girar los cañones, y esta operación exige tan gran espacio, que cincuenta carros de artillería desorganizarían cualquier ejército. Por esta razón es necesario llevarla fuera de la formación, donde puede ser atacada como antes dije.

Pero supongamos que se pudieran mantener entre las escuadras y que se pudiera encontrar un espacio intermedio, de tal magnitud que al estrecharse no impidiese disparar la artillería, ni fuera tan abierto que permitiese la entrada del enemigo. En tal caso, la solución es abrir un espacio similar en tu ejército que deje a las balas libre paso y neutralice su violencia, cosa fácil de practicar, pues si el adversario quiere que su artillería esté segura ha de emplazarla al final del intervalo, y, para no herir a sus soldados, disparar continuamente en línea recta, de modo que, con permitir el paso a los proyectiles, se conjura el peligro. En este sentido existe una regla general: hay que dejar vía libre a todo lo que no se puede resistir, como se hacía en la antigüedad con los elefantes y los carros armados con cuchillas.

Creo, aún más, estoy seguro, de que piensan que yo compuse y gané la batalla a mi modo. Sin embargo, si no basta para convencerlos cuanto ahora les he dicho, añadiré que sería imposible que un ejército organizado y armado de esa manera no sometiera en el primer encuentro a cualquier otro ejército organizado como los modernos, los cuales ordinariamente solo tienen un cuerpo de batalla, no cuentan con escudos y están desarmados, así que no pueden defenderse de un enemigo cercano. Su orden de combate es tan defectuoso que, si se colocan los batallones en línea, el ejército carecerá de profundidad, y si no los disponen en línea no pueden irse reagrupando por columnas, lo que confunde a los destacamentos y los desordena. Y, aunque estos ejércitos estén divididos en tres cuerpos denominados vanguardia, batalla y retaguardia, no sirven más que para marchar y organizar los campamentos; mientras que en las batallas están destinados a depender de lo que la fortuna decida en una primera embestida.

Luis: Cuando usted describía su batalla, advertí que su caballería fue rechazada por la enemiga, por lo que ella se retiró a las picas extraordinarias, con lo cual contuvo y rechazó al enemigo. Creo que las picas pueden resistir a los caballos, como usted dice, pero solo cuando se integran en brigadas grandes y compactas, como las suizas; sin embargo, en su ejército únicamente coloca al frente cinco filas de picas y a los flancos siete, de modo que no sé cómo pueden resistir el choque de la caballería.

Fabrizio: Aunque yo les haya explicado cómo en las falanges de Macedonia se empleaban seis filas simultáneamente, han de saber también que en un batallón suizo, aunque contase con mil filas de fondo, solo pueden obrar contra el enemigo cuatro o a lo más cinco. Porque las picas miden

nueve brazas de largo, de las cuales braza y media las ocupan las manos para manejarlas, con lo que la primera fila dispone de siete brazas y media de pica. En la fila segunda, además del espacio ocupado por las manos, se pierde braza y media en la distancia entre las dos filas, y solo quedan útiles seis brazas de pica. En la tercera, por las mismas razones, le quedan cuatro y medio, tres la cuarta, y braza y media la quinta. Las demás filas son inútiles para herir, pero sirven para restaurar esas primeras filas, como habíamos dicho, y para cumplir la función de una muralla para esas cinco.

Así, pues, si cinco de esas filas pueden resistir a los caballos, ¿por qué no pueden dominarlos cinco de las nuestras, a las que no les faltan detrás filas que las sostengan y cumplan la misma función de apoyo, aunque no tengan picas como los suizos? Y si las filas de picas extraordinarias colocadas a los costados les parecen débiles, es suficiente formarlas en cuadro y colocarlas al flanco de los dos batallones que yo sitúo en la última línea del ejército, desde donde pueden acudir igualmente en apoyo del frente y de la retaguardia del ejército, y prestar ayuda a los caballos, según fuera necesario.

Luis: ¿Siempre se usaría esta organización cuando quisiera combatir?

Fabrizio: De ninguna manera, porque hay que variar la forma del ejército según la calidad del sitio, y la cantidad y calidad del enemigo, como quedará demostrado con algunos ejemplos antes de terminar nuestra conversación. He presentado este orden de batalla, no tanto porque sea más sólida que los otros, cosa que en la práctica no lo es, sino para que de él tome una regla al hacer variaciones. En efecto, toda ciencia tiene sus generalidades, sobre las cuales se

funda una buena parte. Les recuerdo solo una cosa: ustedes no pueden nunca organizar un ejército de modo tal que quienes combaten delante no puedan ser auxiliados por quienes están emplazados detrás: quien comete ese error vuelve inoperante a la mayor parte del ejército, y en cuanto encuentre resistencia, no puede vencer.

Luis: Respecto a esto, tengo una duda. He advertido que en la disposición de las compañías usted forma un frente de cinco por costado, el medio de tres y el resto de dos; me parece que sería más eficaz la organización contraria, porque creo que sería más difícil someter a un ejército cuando quien lo ataca, cuanto más penetre en él, más resistencia encuentra, y me parece que en la organización que usted propone cuanto más se penetra en él se lo encuentra más débil.

Fabrizio: Dudarías menos si recordaras que los triarios, el tercer sector de las legiones romanas, el que constituía la última escuadra, estaban formados únicamente por seiscientos hombres; porque verías cómo, movido por este ejemplo, coloqué en la última escuadra dos compañías, que son novecientos soldados de infantería; de manera que comparado con la organización romana más bien me equivoqué por haber incorporado demasiados y no pocos. Aunque este ejemplo debiera ser suficiente, quiero darles el fundamento. Y es este: el primer frente del ejército debe ser sólido y apretado, porque ha de resistir la embestida del enemigo y no ha de recibir a ninguno de los amigos; por eso corresponde que abunde en hombres, porque pocos hombres, por cantidad o por estar distantes unos de otros, lo harán débil. En cambio, la segunda escuadra, destinada a recibir amigos antes que a resistir al enemigo, debiera tener espacios grandes; por eso conviene que sea de mayor número que la primera, porque si tuviera igual o mayor cantidad

de hombres, o no dejarían espacios, lo cual causaría desorden, o dejándolos pasarían el límite de la escuadra de adelante, lo cual daría lugar a un ejército de forma imperfecta. Y no es verdad lo que tú dices: que cuanto más penetra el enemigo en el batallón más débil lo encuentra, porque el enemigo nunca puede combatir con la segunda fila si no se le ha unido la primera; así que encuentra el medio del batallón más sólido y no más débil, porque debe combatir juntamente con la primera y la segunda fila. Lo mismo sucede si el enemigo llega a la tercera escuadra, porque allí no es con dos compañías fuertes que se encuentra, sino que tiene que combatir con todo el batallón. Y como la última parte tiene que recibir más hombres, conviene que los espacios sean mayores, y quienes reciben, menos cantidad.

Luis: Me satisface lo que acaba de decir; sin embargo, respóndame también a esto: si las cinco primeras compañías se repliegan sobre las tres segundas, y después las ocho sobre las dos terceras, no parece posible que reunidas las ocho y después las diez quepan, ni cuando son ocho ni cuando son diez, en el mismo espacio donde cabían las cinco.

Fabrizio: Lo primero que te respondo es que no es el mismo espacio, porque las cinco tienen cuatro espacios en el medio, que ocupan al replegarse sobre las tres o las dos: queda el espacio que media entre un batallón y otro, y el que media entre las compañías y las picas extraordinarias; todos los cuales son anchos. A esto se añade que una cosa es el que ocupan las compañías cuando forman filas sin alteraciones y otro el que ocupan cuando sus filas están alteradas por el combate; porque en la alteración o estrechan o ensanchan las filas. Se ensanchan cuando el miedo las pone en fuga; se estrechan cuando buscan conjurar el miedo, no con la fuga, sino con la defensa, de modo tal que en ese

caso se aprietan en lugar de dispersarse. Se añade a esto que las cinco filas delanteras de picas, en cuanto han iniciado las hostilidades, se retiran a través de los intervalos de los batallones hasta la retaguardia del ejército, para permitir que luchen los escudados. En esa posición el general puede servirse de ellas para lo que estime necesario en tanto que si continuaran delante durante el tumulto de la lucha resultarían inoperantes. Resulta, pues, que los espacios dispuestos en las tres líneas de batalla son suficientes para contener al remanente de los soldados de las dos primeras. En último caso, si no fueran suficientes los flancos del ejército, no los forman muros, sino hombres, y a ambos lados pueden extenderse y ocupar el terreno necesario para todos los combatientes.

Luis: La filas de picas de apoyo que usted coloca al costado del ejército, ¿qué quiere que hagan cuando los primeros batallones se repliegan sobre los segundos? ¿Deben seguir en su posición ocupando los bordes del ejército, o que se replieguen junto con las compañías? Si tuvieran que hacer esto último, no veo cómo pueden pasar, porque no tienen a sus espaldas batallones con espacios que les permitan el repliegue.

Fabrizio: Si el enemigo no las combate mientras empuja hacia atrás a los batallones, puede permanecer en su puesto y combatir al contrario por los flancos después de la retirada de la primera línea; pero si las combatiera también a ellas, cosa que parecería razonable, si es tan poderoso que obliga a las compañías a replegarse, deben a su vez retirarse. Eso es lo que pueden hacer sin dificultad, aun cuando no tengan detrás quien las reciba, porque de la mitad hacia adelante pueden duplicarse por la derecha, ingresando una fila en otra, del modo que describimos cuando hablamos

del procedimiento de duplicación. Claro que, si pretende retirarse doblándose, deberá hacerlo de manera distinta a como yo lo expuse, porque yo les dije que la segunda fila tenía que entrar en la primera, la cuarta en la tercera, y así sucesivamente; y en este caso no se ha de comenzar por las primeras filas, sino por las últimas, de manera que al doblarse las filas, en vez de avanzar, se retiren.

Pero para responder de una vez a cuantas objeciones pudieran aducirme sobre la batalla que les he descrito, les digo nuevamente que organicé el ejército y mostré la batalla por dos razones: demostrar cómo se ordena una batalla, y cómo se ejercita. La organización creo que ha quedado clara; en cuanto a los ejércitos, sostengo que deben hacerse cuantas más veces sea posible reuniendo los batallones, para que los jefes aprendan a mantener sus compañías en ese orden. Si a los soldados les corresponde ocupar correctamente su puesto dentro del batallón, a los jefes del mismo les compete ubicar adecuadamente su unidad dentro del ejército, y saber obedecer las órdenes del general.

Es conveniente, por lo tanto, que aprendan a reunir los batallones y ocupar rápidamente su puesto. Para lograr este propósito, la bandera de cada compañía debe llevar grabado su número en un lugar visible, pues esto facilita la transmisión de las órdenes del general y el reconocimiento mutuo del general y los soldados. También cada batallón debe contar con su número, y llevarlo impreso en su bandera principal. Es preciso saber perfectamente los números de las brigadas que forman los extremos izquierdo y derecho de la línea de batalla, y también el de cada uno de los batallones ubicados en el frente y en el centro, y así en lo sucesivo. También es necesario que estos números sigan la escala de los grados de honor del ejército; por ejemplo, el

primero será el de los decuriones, el segundo corresponderá al jefe de los cincuenta vélites regulares, el tercero al centurión, el cuarto, al jefe del primer batallón, el quinto al del segundo, el sexto al del tercero, y así sucesivamente hasta el décimo batallón, cuyo jefe será inmediatamente inferior al que mande la brigada. A este grado no se podrá llegar sin haber pasado por toda la escala anterior. Como fuera de estos jefes están solo los tres condestables de las picas extraordinarias y los dos de los vélites extraordinarios, quisiera que estuvieran en el rango del condestable de la primera compañía, y no me importaría que hubiera seis hombres con el mismo grado, al contrario, así todos ellos competirían entre sí por ser promovidos a la segunda compañía. Si cada uno de estos jefes sabe el lugar que le corresponde a su unidad, resultará que a un simple toque de corneta, en cuanto se ice la bandera capitana, todo el ejército quedará formado con cada uno en su puesto. Este es el primer ejercicio en que debe adiestrarse un ejército: formar en seguida; para lo cual hay que organizarlo y desorganizarlo varias veces todos los días.

Luis: ¿Y qué signos deberían llevar las banderas del ejército, además del número?

Fabrizio: El de capitán general llevará las armas de su señor. Los demás podrán llevar las mismas armas sobre sitios diferentes, o bien variar las armas, según ordenase aquel, porque esto importa poco con tal de que se distingan unos de otros.

La segunda modalidad de instrucción que ha de practicar un ejército consiste en marchar marcando el paso mientras guarda la formación. El tercero consiste en practicar las maniobras que luego deberá ejecutar en combate: practicar el tiro con artillería y retirar las piezas; hacer des-

plegarse a los vélites de apoyo y, tras un simulacro de asalto, retirarlos; hacer que los primeros batallones se replieguen sobre los intervalos de los segundos como si fueran rechazados, y luego todos ellos sobre los de la tercera línea, volviendo después cada uno a su sitio. Hay que acostumbrarlos a estos ejercicios para que todo les resulte conocido y familiar, cosa que con la práctica y la costumbre se consigue rápidamente.

El cuarto ejercicio consistirá en aprender a identificar por los toques y banderas, las órdenes de su jefe, porque lo que se les diga en directo de viva voz lo entenderían sin pretexto. Dada la importancia de los toques de corneta para transmitir las órdenes, describiré los que usaban en la antigüedad. Según Tucídides, los lacedemonios en su ejército usaban flautas porque creían que su melodía era la más adecuada para que su ejército maniobrara con calma y sin precipitación. Por la misma razón, los cartagineses, al iniciar el ataque, tocaban el sistro. Aliatos, rey de los indios, se valía en la guerra de sistros y flautas. Sin embargo, Alejandro Magno y los romanos usaban cuernos y trompetas, suponían que tales instrumentos enardecían más los ánimos de los soldados y los hacían combatir más valientemente.

Así que para armar a nuestro ejército nos hemos basado tanto en el sistema griego como en el romano, así también para la selección de tales instrumentos los tomaremos a ambos de ejemplo. Junto al capitán general estarán las trompetas, que producen un sonido apto no solo para enardecer al ejército, sino también para hacerse oír por encima de cualquier otro ruido. Al lado de los condestables y jefes de batallón habrá otros instrumentos como tambores y flautas, para que toquen no como se usa ahora, sino

como se acostumbra hacerlos sonar en los festines. En general, pues, ordenaría cuándo hay que detenerse, avanzar o retroceder, cuándo tiene que disparar la artillería, cuándo movilizar a los vélites de apoyo y, mediante diversos toques, indicaría al ejército los distintos movimientos, haciendo que las trompetas fueran seguidas por los tambores. Sería importante que este ejercicio se ejecutase repetidamente. Para la caballería habría que usar también trompetas, pero menos fuertes y con sonido distinto de las del general. Esto es cuanto tengo que decir del orden de combate y la instrucción de las tropas.

Luis: Le suplico explicarme otra cosa, si no le es inoportuno: ¿por qué ha hecho avanzar con gran bullicio y furia a la caballería ligera y a los vélites de apoyo, y el resto del ejército debe acometer en silencio?, pues no comprendo el motivo de la diferencia.

Fabrizio: Los generales de la antigüedad no estaban de acuerdo sobre si al empezar el combate había que correr ruidosamente o avanzar despacio y en silencio. Esto último es útil para mantener correctamente la formación y escuchar mejor las órdenes del general. Lo primero es más apropiado para excitar los ánimos de los hombres. Como creo que las dos cosas son importantes, hice avanzar a aquellos escandalosamente y a estos en silencio. No creo que el excesivo ruido sea útil, porque impide escuchar las órdenes, lo que resulta muy peligroso. Y tampoco es probable que los romanos, después del primer asalto, siguieran gritando, porque en su historia se lee que, gracias a las exhortaciones y frases de ánimo de su general, muchas veces los soldados que huían se detuvieron, y mediante sus órdenes variaba el orden de combate, cosas estas imposibles si el bullicio hubiera ahogado su voz.

Libro cuarto

Luis: Puesto que bajo mi dirección se ha alcanzado una victoria tan gloriosa, creo que me conviene no retar más a la fortuna, sabiendo cuán vacilante y caprichosa es, por esto prefiero ceder el mando y que sea Zanobi quien cumpla ahora esta función de preguntar. Tengo la certeza de que no rechazará ese honor, o, mejor dicho, este trabajo, en parte por complacerme y en parte por ser más animoso que yo; y no le dará miedo comprometerse en esta empresa, donde puede ser vencido o vencer.

Zanobi: Haré lo que me digas, aunque preferiría seguir escuchando, porque hasta el momento me han resultado más satisfactorias las preguntas de ustedes de lo que me gustaban las que se me ocurrían a mí al escuchar las argumentaciones. Perdone, señor Fabrizio, si con nuestros cumplimientos le hacemos perder el tiempo y agotar la paciencia.

Fabrizio: Por el contrario, me causa gran placer, porque esta variedad de interlocutores me permite conocer los diferentes talentos y deseos de ustedes. Pero, ¿desean saber algo más del tema que hemos venido tratando?

Zanobi: Antes de pasar a otra cosa, deseo hacerle dos preguntas: ¿hay alguna otra forma de organizar un ejército?, y

¿qué aspectos debe tener en cuenta un general antes de conducir el combate y cómo se remediarán los accidentes ocurridos durante la lucha?

Fabrizio: Trataré de complacerte. No responderé separadamente a ambas preguntas, porque al contestar a una, muchas veces resultará que lo estoy haciendo también a la otra.

Ya les he dicho que al sugerirles determinado orden de batalla se podrían hacer en él las modificaciones que la clase de enemigos y la naturaleza del terreno aconsejaran, porque en cada caso se procede según el enemigo y según el sitio. Pero tengan en cuenta que no hay nada más peligroso que alargar demasiado el frente del ejército, a no ser que se trate de uno muy fuerte y poderoso. En caso contrario, conviene preferir la línea de batalla profunda y poco extensa a la larga y débil. Si en comparación con el enemigo se dispone de pocos efectivos, hay que usar otras tácticas, como por ejemplo: organizar tu ejército en un lugar rodeado por un río o un pantano, de manera que no se te pueda circundar; o rodearte a los costados de fosas, como hizo César en las Galias.

Hay que tener en cuenta las siguientes reglas generales; alargar o estrechar el frente de batalla, según el número de fuerzas y de las del enemigo; si el enemigo tiene menos cantidad, hay que buscar espacios amplios, habiendo disciplinado en grado sumo a las tropas, para poder no solamente rodear al adversario, sino extender las filas, ya que en terrenos escabrosos y difíciles se pierde la ventaja al no poder maniobrar a satisfacción de uno. De aquí que los romanos casi siempre buscaban terreno llano para pelear y se alejaban de lo montañoso. Pero si se dispone de pocos hombres o de soldados deficientemente instruidos hay que

actuar al contrario, buscando lugares donde la inferioridad numérica o la poca experiencia no resulten decisivas. Es conveniente, asimismo, elegir la posición más elevada, para poder atacar con más facilidad, pero con la precaución de no apostarse en una ladera o en la falda de un monte a la que pueda tener acceso el enemigo, porque en este caso, en lo que respecta a la artillería, el lugar elevado significaría una desventaja, porque la artillería enemiga podía siempre y cómodamente atacar sin que puedas evitarlo, pues tu propio ejército estorbaría el ataque de la artillería.

También quien va a dirigir una batalla ha de provocar que ni el sol ni el viento hieran de frente a los soldados, porque uno y otro perturban la vista, aquel con los rayos y este con el polvo. El viento contrario, por otra parte, frena los proyectiles que se lanzan contra el enemigo y debilita su efecto. En cuanto al sol, no basta con cuidar que él no te dé en el rostro, sino además calcular que no te agreda conforme avanza el día. Conviene, a este efecto tenerlo a la espalda, para que tarde mucho en presentarse de frente. Este criterio observó Aníbal en Canas, y Mario en la batalla contra los cimbrios. Si tuvieras muchos menos caballos, organiza tu ejército entre viñedos, árboles y obstáculos semejantes, como hicieron en nuestra época los españoles, cuando derrotaron a los franceses en la Cerriñola, en el reino de Nápoles. Y muchas veces se ha visto que con los mismos soldados, variando el orden de combate y el sitio, un perdedor se convierte en un triunfador; como les sucedió a los cartagineses, que, vencidos varias veces por Marco Régulo, después fueron triunfadores siguiendo el consejo del lacedemonio Xantippo, quien los hizo bajar al llano donde gracias a los caballos y a los elefantes pudieron someter a los romanos. Según los ejemplos antiguos, me parece que

casi todos los capitanes destacados, cuando advierten que el enemigo ha hecho fuerte un sector de la compañía no le oponen la parte más fuerte, sino la más débil; y oponen a la más débil la suya más fuerte; al entablar combate, le han ordenado a su parte más sólida que solamente resista al enemigo, sin rechazarlo, y a la más débil que se deje vencer y se repliegue a la última escuadra del ejército. Esto le genera al enemigo dos enormes trastornos: encontrarse con su parte más fuerte rodeada, y creyendo tener asegurada la victoria rápida, es raro que no se desorganice; de donde surge su rápida derrota. Cuando en España, Cornelio Escipión enfrentó a Asdrúbal el cartaginés, sabía que este último preveía que al organizar el ejército pondría a las legiones, que eran la parte más fuerte de su ejército, en el centro, y por consiguiente sabía también que Asdrúbal procedería a asegurarse una organización semejante; cuando se presentó la batalla, cambió la organización, colocó a sus legiones en los cuernos del ejército, y en el centro apostó a su gente más débil. Luego, al desarrollarse el combate, súbitamente hizo avanzar lentamente a los hombres ubicados en el centro, y adelantarse rápidamente a los cuernos del ejército; de manera que únicamente combatían los cuernos de uno y otro ejército, y las escuadras del centro, por estar alejadas una de otra, no se incorporaban al combate; así la parte más fuerte de Escipión combatía con la más débil de Asdrúbal, y lo venció. Esa formación fue útil entonces. Pero hoy no se podría usar en atención a las artillerías; porque el espacio que quedaría en el centro, entre uno y otro ejército les daría tiempo a tirar, lo cual es muy perjudicial, como ya dijimos. Por lo que conviene dejar a un lado esta formación, y usarla, como ya dije hace poco, haciendo combatir a todo el ejército y a la parte más débil

ceder. Cuando un general supera en fuerzas a su enemigo, si quiere rodearlo sin que se dé cuenta, tiene que organizar un ejército con el mismo frente que el adversario; entablado el combate, debe hacer que gradualmente el frente se repliegue y los costados se extiendan; entonces el enemigo se verá, sin darse cuenta, rodeado. Cuando un general quiera combatir de modo tal que no se le pueda vencer, tiene que preparar su ejército en un lugar donde tenga un refugio próximo y seguro, entre pantanos o montes, o en una ciudad fortificada. Porque en este caso el enemigo no puede seguirlo, y en cambio él puede seguir al enemigo. Este objetivo se propuso Aníbal, cuando la fortuna comenzó a mostrársele adversa, y dudaba del valor de Marco Marcelo. Algunos, para trastornar la organización del enemigo, han ordenado a los de armas ligeras que entablen combate, y una vez iniciado que se replieguen tras de las filas; cuando los ejércitos se hubieron confrontado en el frente de uno y otro estuvieron ocupados combatiendo los hicieron salir de los costados de las compañías, y el enemigo resultó desorganizado y derrotado. El ejército inferior en caballería puede, además de las formas ya mencionadas, colocar tras de sus caballos una compañía de picas, y eso lo hará superior. Muchos solían adiestrar a algunos soldados de infantería con armas ligeras a combatir entre los caballos; lo cual ha sido de enorme ayuda a la caballería. De todos modos, lo que han organizado ejércitos para la batalla, los más elogiados son Aníbal y Escipión cuando combatieron en África; como Aníbal tenía su ejército compuesto de cartagineses y de auxiliares de diversas naciones, colocó en el frente ochenta elefantes; detrás, a los auxiliares, y después a sus cartagineses; en el último lugar puso a los italianos, en los que confiaba poco. Organizó así las cosas para que los au-

xiliares, teniendo delante al enemigo y detrás a los suyos, no pudieran huir, de manera que urgidos a combatir derrotaran o al menos cansaran a los romanos, pensando que luego sus hombres frescos y valerosos fácilmente vencerían a los romanos fatigados. Frente a esta organización, Escipión colocó a los príncipes, a los asteros y a los triarios según la organización acostumbrada, como para que uno recibiera al otro y uno ayudara al otro. Abrió muchos espacios en el frente del ejército; y para que eso no se notara, sino que el frente pareciera unido, lo llenó de vélites, a quienes ordenó que en cuanto llegaran los elefantes cedieran, y entraran a las legiones por los espacios ordinarios, dejando el camino abierto a los elefantes; así fue como convirtió en inútil la acometida de los animales, hasta el punto de que trabado el combate fue el triunfador.

Zanobi: Al evocar esa batalla usted me hizo recordar que Escipión al combatir no hizo retroceder a los asteros hacia las filas de los príncipes, sino que los dividió y los obligó a retirarse hacia los cuerpos del ejército, para que dieran lugar a los príncipes, cuando los quisieran hacer avanzar. Por eso quisiera que me explicara qué razón lo animó a no observar el orden habitual.

Fabrizio: Aníbal había emplazado toda la fuerza de su ejército en la segunda escuadra; de ahí que Escipión, para oponerle una fuerza similar, reunió a los príncipes con los triarios, de manera que como los espacios de los príncipes estaban ocupados por los triarios, no había lugar dónde recibir a los asteros; entonces ordenó que los asteros se dividieran y marcharan hacia los cuernos del ejército, y no los hizo retroceder sobre los príncipes. Sin embargo, adviertan que esta manera de abrir la primera escuadra para dar lugar a la segunda solo se puede usar cuando se está en condicio-

nes de superioridad; porque es cuando se tiene comodidad para poder hacerlo, como pudo Escipión. Sin embargo, estando en inferioridad de condiciones y habiendo sido rechazado, no puedes hacerlo sino para tu evidente ruina; por eso conviene tener detrás filas que te reciban. Los antiguos asiáticos, entre otras estrategias usadas para acometer al enemigo, usaban carros cuyos costados eran hoces; así que no solo eran útiles para abrir con su embestida las escuadras, sino también para descuartizar con las hoces al adversario. Para contrarrestar estas embestidas, contaban con tres diferentes métodos: resistirlas con la densidad de las filas, abrirles el paso como a los elefantes, u oponer una resistencia sólida con ingenio, como hizo el romano Sila en su enfrentamiento contra Arquelao, quien disponía de muchos carros de este tipo, y a los que aquel hizo frente clavando en el suelo, tras las primeras líneas, numerosas estacas que detuvieron su impetuosa carrera. Igualmente, se debe ponderar al nuevo método con que Sila organizó el ejército contra ellos: puso a la retaguardia los vélites y la caballería y al frente a todos los dotados con armas pesadas, dejando entre ellos intervalos para que, si era necesario, avanzaran los de atrás. Iniciada la lucha, alcanzó la victoria gracias a la ayuda de la caballería, a la que había ordenado adelantarse.

Para desconcertar en la pelea al ejército enemigo, conviene hacer algo que lo asuste, como anunciar la llegada de refuerzos o hacer creer que se cuenta con ellos. Esta artimaña desorienta al enemigo, y en esa circunstancia se le puede vencer fácilmente. Estos criterios los usaron Minucio Rufo y Acilio Glabrión, cónsules romanos. También Cayo Sulpicio hizo montar en mulos y otros animales no aptos para el combate a los mercaderes y usureros que seguían al

ejército, pero formados de modo que semejaran un cuerpo de caballería, y les mandó que se dejaran ver sobre lo alto de una colina, mientras combatía contra los galos, de donde surgió su victoria. De la misma manera procedió Mario cuando luchaba contra los teutones.

De modo que si los simulacros de ataque sirven durante la pelea, mucho más eficaces son los verdaderos, principalmente cuando se cae de improviso en medio de la lucha sobre la retaguardia o los flancos del enemigo. Eso difícilmente se puede hacer si no te ayuda el terreno, porque cuando es abierto no se puede ocultar parte de tu gente como corresponde hacer en misiones semejantes. En zonas boscosas y de montaña, idóneas para las emboscadas, sí que se puede camuflar a la perfección a una parte de los efectivos para que desencadenen un asalto sorpresivo y tomen desprevenido al enemigo, con lo que se alcanzará el triunfo. En algunas ocasiones ha resultado muy oportuno comenzar a gritar en pleno combate que el general enemigo ha muerto, o que otro sector del ejército ha logrado la victoria.

Se puede perturbar a la caballería enemiga oponiéndole animales que desconozca o con cualquier otro ruido extraño, como lo hizo Creso, quien enfrentó los camellos a los caballos del adversario; y Pirro opuso a la caballería romana los elefantes, cuya apariencia los intranquilizó y desorganizó. Recientemente, los turcos derrotaron al sofi de Persia y al sultán de Siria con solo disparar sus arcabuces, cuyo estruendo, nuevo para ellos, asustó a los caballos y facilitó su derrota. Para vencer al ejército de Amílcar, los iberos pusieron al frente del suyo carros colmados de hierbas secas y tirados por bueyes. Al comenzar la batalla encendieron las hierbas, y escapando los bueyes de las lla-

mas, irrumpieron en el ejército de Amílcar y lo desorganizaron.

Ya comentamos que al combatir, se suele engañar al enemigo, atrayéndolo a emboscadas en donde el terreno sea propicio para alcanzar nuestros propósitos. En campo abierto algunos han usado la estrategia de cavar zanjas y cubrirlas ligeramente con ramas y tierra, dejando entre ellas espacios firmes para permitir la retirada. Luego se retrocede durante el combate, y el enemigo, al iniciar la persecución, se precipita en ellas.

Si en pleno combate ocurre algo inesperado capaz de desanimar a los soldados, es conveniente saberlo disimular e incluso convertirlo en algo provechoso, como hicieron Tulio Ostilio y Lucio Sila. Aquel advirtiendo que mientras se combatía una parte de sus soldados se había pasado al enemigo, y eso desmoralizaba a los suyos, de inmediato ordenó informar a todo el ejército que lo hacían obedeciendo sus órdenes, lo que no solo no perturbó al ejército, sino que incrementó su ánimo y lo hizo triunfador. Sila había mandado a una patrulla de soldados a cumplir una misión en la que murieron, y para no desanimar a su ejército dijo que los había arrojado a propósito en manos del enemigo porque había descubierto que le eran desleales. Sertorio, combatiendo en España, mató a un hombre que le transmitió el mensaje de la muerte de uno de sus jefes, por temor a que si los demás se enteraban se desanimarían.

Es muy difícil contener y volver a hacer entrar en combate a un ejército que comienza a huir. La cuestión es irreversible si la huida es general. Si solo huye una parte, se cuenta con ciertas posibilidades de retenerla. Muchos generales romanos evitaron la fuga enfrentándose a los desertores deteniéndolos y haciéndoles avergonzarse de su

conducta. Así lo hizo Lucio Sila al advertir que algunas de sus tropas, rechazadas por las legiones de Mitríades, volvían la espalda al enemigo. Con espada en mano se adelantó y les dijo: "Si alguien les pregunta dónde dejaron a su general, digan; lo dejamos combatiendo en Beocia". El cónsul Atilio enfrentó contra los desertores a los que permanecían en sus puestos, y les dijo que, si no volvían a sus posiciones, caerían en manos tanto de sus enemigos como de sus amigos. Al enterarse Filipo de Macedonia el pavor que a sus hombres infundían los escitas, puso a retaguardia del ejército un cuerpo de caballería de su completa confianza con orden de matar a los desertores; de allí que sus soldados, prefiriendo morir en combate que en fuga, ganaron. Muchos romanos, más para esforzar a sus hombres que para impedirles huir, cogían en pleno combate una bandera propia y la arrojaban contra las filas enemigas, ofreciendo un premio a quien la recobrara.

No me parece improcedente tratar también aquí de lo que sucede después de una batalla, porque es cosa que se puede resumir en pocas palabras, tiene su importancia y entra en lo que estamos razonando. Una batalla o se gana o se pierde. Si se gana, hay que explotar al instante la victoria, imitando a César y no a Aníbal, quien por quedarse en Canas luego de vencer a los romanos perdió la oportunidad de apoderarse de Roma. César, al contrario, nunca se daba por satisfecho con el triunfo y aún con mayor arrebato y rabia perseguía al enemigo rendido hasta exterminarlo. En caso de perder la batalla, el general debe ver si de la derrota puede obtener algún provecho, principalmente si aún dispone de parte de su ejército. La apatía del enemigo puede dar facilidades, porque por lo general luego de la victoria se descuida y permite que se le ataque con éxito.

De esta manera venció el romano Marcio al ejército cartaginés, al que atacó después de que este hubiera causado la muerte de los escipiones y vencido a sus ejércitos, desdeñando a los sobrevivientes que Marcio comandaba. La maniobra con más posibilidades de éxito es justo aquella que el enemigo considera más improbable. Y generalmente el perjuicio es mayor cuando más ajeno se está a él.

Sin embargo, si esto no resulta posible, al menos el general se las ingeniará para mitigar los daños al mínimo. Para ello buscará la manera de que el enemigo no lo pueda perseguir fácilmente, o se las arreglará para que se demore en hacerlo. Respecto a lo primero, algunos generales, al comprobar su derrota, ordenaron a sus mandos subordinados que se dividieran y retiraran por separado, indicándoles dónde habían de coincidir para reunirse; con ello el enemigo, temiendo dividir su ejército, permitía escapar sanos y salvos a todos o a la mayor parte. En cuanto a lo segundo, muchos han lanzado ante el enemigo sus pertenencias más valiosas para que este, distraído en apoderarse del botín les diera tiempo de huir. Tito Dimio usó un inteligente truco para ocultar las pérdidas sufridas en el combate: luego de pelear hasta el anochecer, sufriendo una gran cantidad de bajas, ordenó sepultar por la noche a la mayor parte de sus muertos, así que a la mañana siguiente, al ver el enemigo tantos muertos de los suyos y tan pocos de los romanos, decidió huir.

Creo que aunque algo ambiguo, como dije antes, he contestado a tu pregunta. Sin embargo, acerca de las formaciones de combate, todavía me queda por decir que en ciertas ocasiones algunos generales han montado una línea de frente en forma de cuña, pensando de esa manera romper más fácilmente las líneas enemigas. Se les ha respondi-

do con una línea de frente en forma de tenaza, para capturar en su interior a la cuña, rodeándola y atacándola. Al respecto les recomendaré un principio general: la mejor respuesta que se puede dar a una artimaña del enemigo consiste en hacer voluntariamente lo que él pretende que se realice a la fuerza; de esta manera la acción se ejecuta de forma ordenada, favorable a nosotros y en perjuicio suyo, mientras que, de hacerlo forzado, supondría la catástrofe. Para confirmar eso no me importa insistir sobre lo dicho. ¿Forma el enemigo una cuña para romper nuestras líneas? Pues si las abres al atacarlo no conseguirá su objetivo y desordenas las suyas. Aníbal puso los elefantes al frente de su ejército para romper con ellos las filas del ejército de Escipión; este se las presentó abiertas, con lo que se dio a él la victoria y al otro la derrota. Colocó Asdrúbal a sus tropas más selectas en el centro de su formación para presionar sobre las líneas de Escipión; este ordenó ceder a las del centro de su ejército, derrotando así al enemigo. De modo que planes semejantes, cuando se presentan, son razón de que triunfe aquel contra quien fueron concebidos. Todavía me falta, si mal no recuerdo, decirles las cosas que ha de tener en cuenta un general antes de la pelea: en primer lugar, un general no debe romper las hostilidades si no está en posición ventajosa o no se ve obligado a ello. La ventaja la produce el sitio, la organización o el tener las mejores tropas. La necesidad se produce cuando se comprueba que, de rehuir el combate, no hay más perspectiva que el desastre, como si ocurriría si, por falta de dinero, el ejército corriera el peligro de disolverse, si empezara a dejarse sentir la amenaza del hambre o si el enemigo esperase refuerzos. En tales casos siempre se debe combatir, aunque con desventaja, por ser mejor acudir a la suerte de las armas, la

cual puede ser favorable, que esperar inactivo la segura ruina. Y en este caso es un error tan grave por parte de un general no combatir, como lo es haber tenido una oportunidad para vencer y no haberla percibido por ignorancia, o haberla eludido por cobardía.

En ocasiones, las ventajas nos las da el enemigo, y en otras muestra cordura. Muchos, al cruzar los ríos, han sido sometidos por un enemigo alerta, que aguardó que estuvieran lejos de ambas orillas para atacarlos, como lo hizo César con los suizos, matando a la cuarta parte de ellos, apartados por un río. Se encuentra a veces el enemigo agotado por haberte perseguido de prisa y durante mucho tiempo, y estando tus tropas frescas y descansadas, no debes desperdiciar la ocasión de atacarlo. Por otra parte, si el enemigo ataca al amanecer, se puede permanecer aún durante muchas horas en el campamento para presentarle batalla cuando ya se lleve bastante tiempo sobre las armas y haya perdido su energía inicial. A este recurso apelaron Escipión y Metelo en España, el uno contra Asdrúbal y el otro contra Sertorio. Si el enemigo tiene disminuidas sus fuerzas porque dividió los ejércitos, como los Escipiones en España, o por cualquier otro motivo, tienes que tentar la suerte. La mayoría de los generales sensatos prefieren resistir el ataque en vez de tomar ellos la iniciativa del asalto, porque unas tropas fuertes y bien asentadas soportan el ímpetu inicial que, al ser contenido, fácilmente degenera en cobardía; así lo hizo Fabio contra los samnitas y los galos, y resultó triunfador, mientras que su colega Decio murió. Algunos generales, por temer el valor del enemigo, han comenzado la batalla a la caída de la tarde para, si eran derrotados, salvarse gracias a la oscuridad de la noche. Algunos, habiéndose enterado de que el ejército del enemigo

era presa de una superstición en el sentido de no combatir en determinada circunstancia, eligieron esa circunstancia para el combate, y ganaron. Es lo que hizo César en Galias contra Ariovisto, y Vespaciano en Siria contra los hebreos.

La mayor y más importante advertencia que debe observar un general es haber elegido hombres leales, especialistas en la guerra y sensatos, con quienes circunstancialmente se asesore, y con quienes converse de sus soldados y de los del enemigo: cuál ejército es más numeroso, cuál mejor armado, o mejor a caballo, o mejor instruido; cuáles son más aptos para padecer necesidades; quién es más confiable, la infantería o la caballería. Después analizará el sitio donde se encuentra; si es más favorable al enemigo que a él; quién tiene más facilidades para aprovisionarse; si conviene retrasar el combate o comenzarlo; en qué medida le favorece o perjudica la prolongación de la guerra, porque muchas veces los soldados se fastidian al ver que se alarga y, debilitados por el cansancio o el hastío, desertan. Es muy importante sobre todo conocer al general de los enemigos y a quienes lo rodean; si es temerario o prudente, tímido o intrépido. Conviene ver hasta dónde puedes fiarte de las tropas auxiliares, y es esencial no dar batalla con un ejército temeroso del enemigo o que por cualquier concepto desconfíe de la victoria, porque los que creen no poder vencer, antes de pelear están vencidos. En tales circunstancias hay que evitar el combate o hacer como Fabio Máximo, que, situándose en posiciones muy fuertes, lograba que Aníbal renunciara a atacarlo. Y si se cree que el enemigo va a ir a buscarlo aún a lugares atrincherados, alejarse de la compañía y distribuir a los soldados en las plazas fuertes, para que los rinda el cansancio de los asedios.

Zanobi: ¿No hay otra manera de evitar la batalla que dividirse en varios sectores y penetrar sus fortalezas?

Fabrizio: Creo que anteriormente le dije a alguno de ustedes que quien está en campo abierto no puede eludir la batalla si el enemigo está dispuesto a no permitírselo. La única opción es estar constantemente alejado de él lo menos cincuenta millas, para tener tiempo de replegarse cuando el contrario vaya en su busca. Fabio Máximo no rehusó nunca la batalla con Aníbal, sino que quería librarla en situaciones que le fueran ventajosas; y Aníbal sabía que no podía someterlo en los sitios donde aquel se emplazaba, porque en caso contrario Fabio se hubiera visto obligado a pelear o huir. Filipo, rey de Macedonia, el padre de Perseo, estando en guerra con los romanos, se instaló en una elevadísima montaña para evadir el combate, sin embargo, los romanos fueron a buscarlo a la cima de ese monte y lo sometieron. El general galo Vercingétorix se alejó muchas millas con su ejército para no tener que luchar con César, quien, contra lo que se esperaba, había cruzado un río. Si los venecianos en nuestros tiempos no querían pelear con el rey de Francia, tampoco debieron esperar a que el ejército francés pasara el río Adda, sino alejarse de ellos, como se alejó Vercingétorix. De allí que ellos, habiendo esperado, no supieron aprovechar el paso de las tropas para librar la batalla ni para huir de ella, porque los franceses, habiéndose acercado a ellos, como los venecianos salieron de sus campamentos, los atacaron y los sometieron.

Así que no se puede eludir el combate cuando el enemigo está decidido a sostenerlo; no se cite el ejemplo de Fabio Máximo, porque en este caso tanto él como Aníbal rehusaban combatir. Muchas veces ocurre que los soldados tienen deseos de combatir, y el general, por la canti-

dad, o por el sitio o por alguna otra razón sabe que está en desventaja y quiere cambiar sus pretensiones. También sucede que la necesidad o la ocasión le exigen luchar en un momento en que las tropas están bajas de moral o poco inclinadas a la lucha. En el primer caso es necesario asustarlos y en el segundo entusiasmarlos. Si para lo primero no son suficientes las persuasiones, el medio más efectivo consiste en sacrificar algunos soldados haciéndolos atacar al enemigo, porque de este modo entran en acción y los que no han combatido te creerán.

Y muy bien puede hacer premeditadamente lo que a Fabio Máximo le sucedió por casualidad. Como ustedes saben, el ejército de Fabio ansiaba combatir con el ejército de Aníbal; la misma pretensión tenía su jefe de caballería; Fabio opinaba que no había que intentar la lucha; a tal punto que debido a esta inconformidad tuvieron que dividir el ejército. Fabio mantuvo a sus soldados en el campamento; el otro combatió, y expuesto a un gran peligro habría sido sometido si no hubiera acudido Fabio en su ayuda. Ejemplo por el cual, el jefe de caballería, junto con todo el ejército, supo qué prudente hubiera sido obedecer a Fabio. Respecto a incitarlos al combate, conviene hacerlos enfurecer contra el enemigo, señalando que dicen cosas deshonrosas de ellos; decir que hay entendimientos con ellos y que algunos han sido sobornados; acampar en un sitio desde el cual se aceche al enemigo y donde haya reyertas ligeras, porque las cosas que se ven a diario se desdeñan más fácilmente; mostrarse furioso, y con un discurso oportuno reprocharles su haraganería, y para avergonzarlos decir que quiere combatir solo, si no quieren hacerle compañía. Y principalmente el general debe tomar en cuenta esto, si quiere que el soldado se obsesione en la pelea, no permitir que envíe a su casa alguno de sus bienes, o los deje en al-

gún lugar, hasta que no haya terminado la guerra, con el propósito de que comprenda que si al huir salva su vida, no salva sus bienes, el amor a los bienes suele empeñar a los hombres en su defensa no menos que el apego a la vida.

Zanobi: Usted dijo que habiéndolos arengado se puede incitar al combate a los soldados. ¿Con eso quiere decir que hay que hablar con todo el ejército o solo con sus jefes?

Fabrizio: Es muy fácil convencer o disuadir de hacer una cosa a pocos, porque si las palabras no son suficientes puedes usar con ellos la autoridad y la fuerza; sin embargo, la dificultad está en alejar a una multitud de una opinión funesta, contraria al bien común o a tu opinión; de donde no cabe usar sino las palabras que conviene que todos escuchen, queriendo convencer a todos. Por eso convendría que los capitanes destacados fueran oradores, porque si no saben hablarle al ejército difícilmente pueden conseguir algo bueno; esto en nuestro tiempo cayó en desuso. Lean la vida de Alejandro Magno, y vean cuántas veces se vio en la necesidad de arengar en público al ejército; de no ser así nunca hubiera logrado conducir a sus soldados, que se habían hecho ricos y llenados de trofeos, por los desiertos de Arabia y de la India, con tanta penuria y fatiga; porque infinidad de veces surgen cosas que destruyen a un ejército, cuando el general no sabe o no acostumbra hablarle; porque ese hablar aniquila el temor, enciende los ánimos, incrementa el empeño, descubre las mentiras, promete premios, previene de los peligros y aconseja cómo evitarlos; censura, suplica, amenaza, llena de ilusión, ensalza, difama, y hace todas aquellas cosas que apagan o encienden las pasiones humanas. De allí que el príncipe o la república que planeara formar una nueva milicia y devolver el prestigio a esta práctica, debe acostumbrar a sus soldados a que escuchen hablar a su general, y al general a que sepa hablar

a los soldados. En la disposición de los soldados antiguos influía la religión y el juramento que hacían cuando ingresaban al ejército, porque cada uno de sus errores se veía amenazado no solo por los males que pueden temerse de los hombres, sino con los que pueden esperarse de Dios. Lo cual, combinado con otros hábitos religiosos, muchas veces facilitó sus empresas a los capitanes antiguos, y las facilitará siempre que se tema y observe la religión. Sertorio se valió de ella mostrando que hablaba con una cierva que le prometía victoria por la parte de Dios. Sila decía que hablaba con una imagen que había sacado del templo de Apolo. Muchos han dicho que Dios se les aparece en sueños, animándolos a combatir. En tiempos de nuestros padres, Carlos VII, rey de Francia, en la guerra que libró contra los ingleses, decía que era aconsejado por una niña enviada por Dios, la cual fue llamada la Doncella de Francia, y que ella le había asegurado la victoria. También puedes hacer de manera que los tuyos aprecien poco al enemigo, como hizo Agesilao el espartano, quien mostró a sus soldados algunos persas desnudos, para que al ver sus miembros delicados no los temieran. Algunos capitanes obligaron a sus soldados a combatir por necesidad, quitándoles toda esperanza de salvarse si no era vencedores; esta medida es la más sólida que pueda tomarse si se quiere hacer empecinado a un soldado. Terquedad que resulta fortalecida por la confianza y el amor general o a la patria. La confianza la generan las armas; la organización, las victorias recientes y el prestigio del general. El amor a la patria tiene su origen en la naturaleza; en amor al general, en su virtud antes que ningún otro beneficio. Las necesidades pueden ser muchas, pero la más fuerte es aquella que te obliga a vencer o morir.

Libro quinto

Fabrizio: Ya les indiqué cómo ha de organizarse un ejército para que enfrente a otro ejército; les he dicho cómo se gana un combate, y además muchas circunstancias debidas a los variados contratiempos que pueden ocurrir a su alrededor; hasta el punto de que creo que ha llegado el momento de decirles cómo se organiza un ejército contra un enemigo que no se ve, pero que constantemente se teme que ataque. Esto ocurre cuando se marcha a través del territorio enemigo o sospechoso. Primero tienen que entender que por lo regular un ejército romano enviaba adelante algunos grupos de caballería para explorar el camino. Después seguía el cuerno derecho, luego venían todos los carros que le pertenecían. Posteriormente una legión; después de ella los carros; detrás de ellos venía el cuerno izquierdo con sus carros en retaguardia, y al final seguía lo que quedaba de la caballería. Este era el orden en que generalmente se desplazaban. Si el ejército era atacado en el camino de frente o por la retaguardia, ordenaban retirar de inmediato todos los carros, hacia la derecha o hacia la izquierda. Según conviniera o se pusiera de acuerdo con el sitio; todos los soldados juntos, libres de sus cargas, se volvían hacia donde se

acercaba el enemigo. Si eran atacados de flanco, los carros se retiraban hacia el costado seguro y los hombres avanzaban hacia el otro. Me parece que esta norma, aplicada con sensatez, es digna de imitarse, mandando adelante a la caballería ligera para explotar el territorio; después, habiendo cuatro batallones, hacer que marchen en fila, cada cual con sus carros detrás. Y como hay dos clases de carros, los que llevan las pertenencias particulares de los soldados y los que transportan las del conjunto del ejército, dividiría los carros públicos en cuatro partes, y le concedería a cada batallón su parte, dividiendo también en cuatro las artillerías y a todos los desarmados, con el propósito de que todos los que llevan armas tengan también sus cargas. Sin embargo, a veces sucede que marchas por un territorio no solo sospechoso, sino que siendo enemigo temes que a cada momento te ataquen, así que para ir más seguro necesitas cambiar el orden de la marcha, y organizarte de tal modo que ni los paisanos ni el ejército puedan dañarte si se encontraran contigo en alguna parte. En este caso, los capitanes antiguos acostumbraban marchar con el ejército cuadrado, así llamado no porque fuera precisamente cuadrado, sino porque estaba adiestrado para combatir en cuatro frentes; y decían que así iban preparados para la marcha y para el combate; no quiero apartarme de ese modelo de organizar mis dos batallones, a los que tomo a este efecto como norma del ejército. Entonces, si quiero marchar seguro por el territorio enemigo y poder responder desde cualquier flanco cuando me ataquen de improviso, y si siguiendo a los antiguos quiero darle forma de un cuadrado, concebiría un ejército que tuviera de cada lado doscientas brazas; primero pondría los costados, alejados uno de otro por doscientas doce brazas, y pondría cinco com-

pañías por costado a lo largo, distantes tres brazas una de otra, con sus espacios, ocupando cada compañía cuarenta brazas, ocuparían doscientas doce brazas. Entre las cabezas y colas de estos costados, colocaría las otras diez compañías, cinco en cada parte, organizándolas de modo que cuatro se formen a la cabeza del lado derecho, y cuatro a la cola del lado izquierdo, dejando entre una y otra un espacio de tres brazas; las dos restantes, una a la cabeza del lado izquierdo y la otra a la cola del lado derecho. Y como el espacio que queda de un costado a otro es de doscientas doce brazas, y estas compañías dispuestas una al lado de otra a lo ancho ocupan con espacios regulares ciento treinta y cuatro brazas, entre las cuatro compañías colocadas al frente de lado derecho y colocada a la cabeza del lado izquierdo queda un espacio de sesenta y ocho brazas; el mismo espacio quedaría entre las compañías colocadas en la parte posterior, y la única diferencia sería que un espacio iría de la parte de atrás hacia el cuerno izquierdo. En este espacio de las setenta y ocho brazas, delante pondría todos los vélites ordinarios; detrás los extraordinarios, que vendrían a disponerse mil por espacio. Y si se quiere que el espacio interior del ejército sea de doscientas doce brazas en cada costado, entonces las cinco compañías que se ponen a la cabeza y las que se ubican en la cola, no tienen que ocupar ninguna parte del espacio entre los costados, sino que las cinco tienen que tocar desde atrás con su frente la última fila con la primera de los costados, y las de adelante tienen que tocar con su última fila la primera de los costados; para que sobre cada lado de este ejército quede un espacio capaz de recibir otra compañía.

Como hay cuatro espacios, tomaría cuatro banderas de las picas extraordinarias, y pondría una a cada lado; las

dos banderas de las picas que me sobraran las colocaría en el centro del espacio de este ejército formando una compañía con figura de cuadro, al frente de la cual iría el capitán general con sus hombres alrededor. Como estas compañías así organizadas marchan todas en una dirección, pero no todas combaten en el mismo frente, al reunirlas hay que organizar para combatir los lados no custodiados por las otras compañías. Por eso hay que tener en cuenta que las cinco compañías que están al frente tienen todas las partes custodiadas salvo el frente; hay que formarlas como es costumbre y con las picas por delante.

Las cinco compañías que están detrás, tienen todos los lados custodiados, salvo el de atrás; entonces hay que formarlas de modo que las picas vayan atrás, como demostramos en su momento. Las cinco compañías que están del costado derecho tienen custodiados todos los lados, salvo el derecho. Las cinco que están del costado izquierdo tienen rodeadas todas las partes salvo la izquierda; entonces, al organizar las compañías hay que hacer de modo que las picas estén del lado que queda expuesto.

Cuando nos referimos al orden de combate de las compañías, dijimos cómo deben colocarse los decuriones, al frente y en la retaguardia, para que cuando haya que combatir, todo el ejército y sus partes estén en sus lugares. Dividiría las artillerías, poniendo una parte de lado derecho, y la otra del izquierdo. Enviaría delante a la caballería ligera para explorar el territorio. De entre los hombres de armas, pondría una parte detrás, sobre el cuerno derecho, y parte sobre el izquierdo, a una distancia de cuarenta brazas respecto de las compañías.

Cualquiera que sea el modo que organicen un ejército, recuerden esta norma para los caballos: siempre hay que

colocarlos detrás o a los costados. Quien los pone adelante, al frente del ejército, debiera hacer una de dos cosas: o ponerlos tan adelante que al ser rechazados tengan espacio suficiente como para poder esquivar a los soldados de infantería y no chocar con ellos; o bien organizar a la infantería con tantos espacios que los caballos puedan entrar por ellos sin desorganizarla. Nadie debe minimizar esta advertencia, porque muchos por no haberla observado han ido a la ruina, se han desorganizado solos y han sido vencidos. Los carros y los hombres desarmados se ponen en la plaza que queda dentro del ejército, distribuidos de modo que cedan fácilmente el espacio a quien quiera pasar de un lado a otro, o del frente a la retaguardia del ejército.

Estas compañías, sin la artillería y la caballería, ocupan por cada costado exterior un espacio de doscientas ochenta y dos brazas. Como este cuadro está compuesto de dos batallones, es preciso distinguir qué parte ocupa cada batallón. Como los batallones se distinguen por su número, y cada uno de ellos tiene, como ustedes saben, diez compañías y un jefe general, haría que el primer batallón pusiera sus primeras cinco compañías en el frente, las otras cinco en el costado izquierdo del frente. El segundo batallón pondría sus primeras cinco compañías en el costado derecho y las otras en la cola, y el jefe estaría en el ángulo derecho, cumpliendo la función de *tergiductor*.

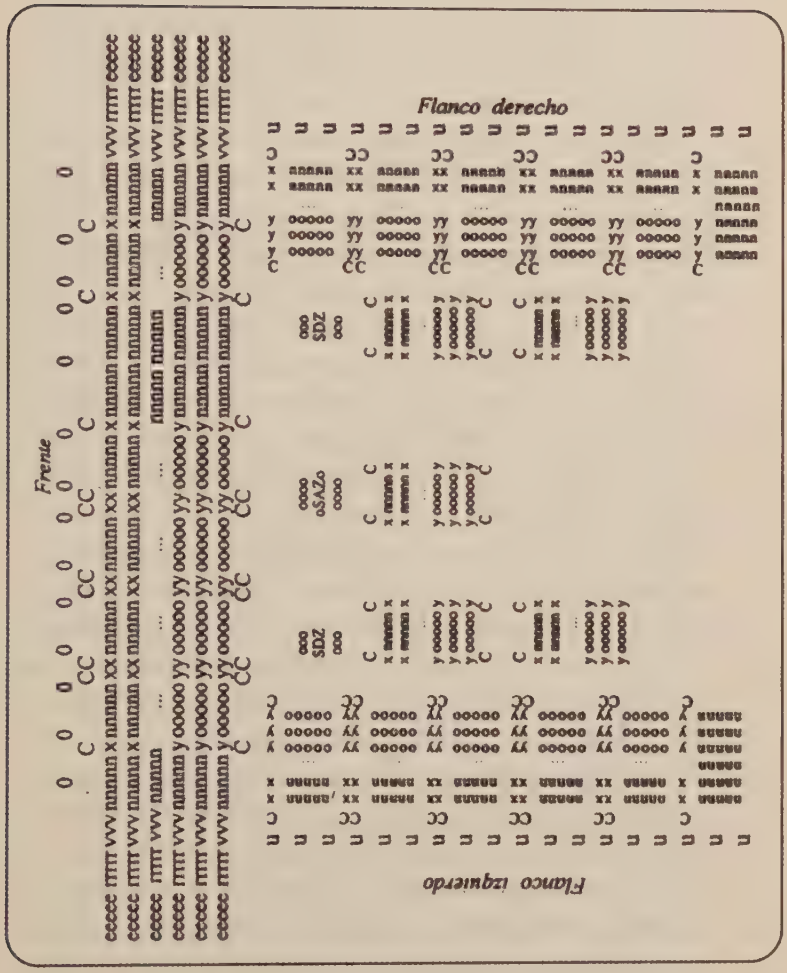
Así organizado el ejército, hay que ponerlo en movimiento, y al marchar se debe mantener la organización; no hay duda de que está seguro contra todos los tumultos de los paisanos. El general no tiene que tomar otra medida contra los ataques tumultuosos que la de encargar alguna vez a la caballería ligera o a alguna bandera de los vélites que los rechacen. El gentío en tumulto nunca se pondrá al

alcance de la espada o de la pica, porque la gente desorganizada tiene miedo de la organizada, sino que con gritos y estrépito atacarán sin acercarse, como cachorrillos alrededor de un mastín. Cuando Aníbal vino a Italia al encuentro de los romanos, atravesó toda Francia, y nunca le preocuparon los tumultos franceses.

Para continuar el avance hay que disponer de gente que vaya abriendo el camino y a la que habrá de cubrir la caballería que realiza el reconocimiento.

Un ejército avanzará en este orden diez millas diarias, quedándole aún tiempo suficiente para levantar el campamento y preparar la comida, porque usualmente un ejército camina veinte millas diarias.

Si somos atacados por un ejército regular, este asalto no puede producirse de súbito, porque el otro ejército avanza al mismo paso que el tuyo; y en tal caso se tiene tiempo para formar las tropas en batalla, como he dicho, o de un modo similar. Si el enemigo ataca por la parte delantera, bastará con que la artillería localizada a los costados y los caballos ubicados detrás se adelanten y ocupen esos lugares, dejando los espacios que ya dije. Los mil vélites de la línea frontal salen de las filas, se dividen en dos cuerpos de quinientos hombres y se colocan, como de ordinario, entre la caballería y los extremos de la línea de batalla. El vacío que dejan es ocupado por las dos banderas de picas extraordinarias que coloqué en el centro de la plaza del ejército. Los mil vélites de la retaguardia saldrán de su emplazamiento y se repartirán por los flancos de los batallones para reforzarlos, y por la abertura que ellos dejen saldrán los vehículos y los no combatientes, situándose a espaldas de los batallones.



Demuestra cómo un ejército, formado en cuadro, se pone en orden regular de batalla.

Una vez que la plaza quedó vacía y cada cual en su puesto, las cinco compañías que coloqué detrás del ejército tienen que adelantarse por el espacio vacío que media entre un costado y otro, y avanzar hacia las compañías del frente; tres de ellos se acercarán hasta una distancia de cuarenta brazas de estos con iguales intervalos uno y otro; y los dos quedan detrás, alejados igualmente de aquellos cuarenta brazas. Esta formación puede organizarse en un instante, y viene a ser casi similar a la primera disposición del ejército que mostramos; si se estrecha en el frente, se engrosa en los costados, lo cual no le resta fortaleza. Pero como los cinco batallones que estaban a retaguardia tienen sus picas en las últimas filas, por los motivos que antes dijimos, será necesario pasarlas a la vanguardia para que apoyen la línea frontal; para lo cual conviene, o hacerlas darse vuelta compañía por compañía como si fuera un cuerpo sólido, o bien hacer que las picas pasen rápidamente entre los escudos y se coloquen delante de ellos. Esta maniobra es más sencilla y ocasiona menos desorden que la de hacer volverse a todo el batallón. Así deben proceder todos los batallones que queden a la espalda, cualquiera que sea la modalidad del ataque, como lo iré explicando.

Si el enemigo se aproxima por la retaguardia, lo primero que hay que hacer es dar media vuelta, con lo cual la cabeza se convierte en cola y viceversa. Después hay que organizar ese frente de todos los modos que expuse antes. Si el enemigo se presenta por el flanco derecho, todo el ejército girará en esa dirección y se reforzará la línea frontal como antes dije, emplazando a la caballería, los vélites y la artillería en los puestos que les corresponden de acuerdo con la situación. La única diferencia en ese cambio de frente es que, de las fuerzas que se trasladan, unas tienen que

marchar más de prisa y otras menos, según su posición. Bien es cierto que, si se convierte en frente el flanco derecho, los vélites que tienen que entrar por los intervalos existentes entre los extremos del ejército y la caballería son los que están más cerca del flanco izquierdo, y el hueco que ellos dicen será ocupado por las compañías de picas auxiliares ubicadas en el centro. Pero antes de que entren, los carros y los desarmados habrán despejado la plaza por la apertura y se habrán retirado tras el costado izquierdo, el cual vendrá a ser ahora la retaguardia del ejército. Los demás vélites que en la primera disposición de las fuerzas estaban a la espalda, en el caso actual no cambian de posición, para que no quede desguarnecido el lado que ocupan, que de cola, se convierte en flanco derecho. Las demás maniobras se harán como ya sabemos.

Lo que ya se ha dicho sobre convertir el costado derecho en frente, vale también para el izquierdo, porque en ambos casos se procede igualmente. Si el enemigo es numeroso y ataca por dos flancos, se deben reforzar ambos con tropas de las que hay en los otros dos, duplicando las filas en cada uno y dividiendo entre unos y otros la artillería, los vélites y los caballos. Si se presenta por tres o cuatro flancos, es que uno de los dos contendientes está actuando con imprudencia, porque quien es sabio, nunca se meterá en un lugar donde el enemigo pueda atacarlo por tres o cuatro flancos con mucha gente, porque para lograrlo necesitaría ser tan numeroso que pudiera lanzar por cada flanco tantas tropas como casi todas las del ejército enemigo, donde hay un ejército bien organizado y tres veces superior al suyo, no puede quejarse sino de sí mismo por el daño que sufra. Si ello ocurre no por imprudencia propia, sino por mala suerte, será un desastre honroso, como los

de los escipiones en España y el de Asdrúbal en Italia. Pero si el enemigo no tiene mucho más soldados que el ejército propio, y para desorganizarlos quiere atacarlo desde varios flancos, será una estupidez de su parte y ventura para su enemigo; porque para hacer eso necesita adelgazarse, así que el adversario puede fácilmente combatir de un flanco y resistir del otro, y en poco tiempo arruinarlo.

Para organizar un ejército contra un enemigo que no se ve, pero al que se teme es indispensable y útil acostumbrar a los soldados a formarse y marchar en ese orden; y al marchar organizarse para combatir de acuerdo con el primer frente, y después volver al orden de marcha; a partir de él hacer de la retaguardia frente, y después frente del costado; y de allí volver a la formación original. Tales ejercicios y maniobras es necesario ponerlos en práctica para conseguir un ejército disciplinado y práctico. Capitanes y príncipes tienen que esforzarse en esto; la disciplina militar no es otra cosa que saber dar órdenes y cumplirlas; y un ejército disciplinado no es otra cosa que un ejército práctico en esa organización, y no sería posible que en nuestros tiempos fuera derrotado quien practicase esa disciplina. Y si esta formación en cuadro que les he explicado resulta complicada, mayor razón aún para tomarla como modelo de maniobra, porque, si se aprende a construirla y mantenerla, más fácilmente se sabrá estar en las demás.

Zanobi: Estoy seguro, como usted dice, que esta organización es necesaria, y no tengo nada que añadir ni eliminar al respecto. Pero quisiera saber si cuando usted quiere convertir la retaguardia o el costado del ejército en frente y quiere hacerlo darse vuelta da la orden con la voz o el sonido; y si los que envía por delante para abrir un camino que dé paso al ejército han de ser soldados de los batallones o trabajadores de los que se ocupan en estas humildes tareas.

Fabrizio: Su primera pregunta es muy importante, porque muchas veces el no comprender bien o interpretar mal las órdenes de los generales ha desorganizado su ejército, y es necesario que durante la acción estas sean claras y precisas. Si se dan las órdenes con la corneta, es necesario que los toques sean muy diferentes entre sí para que no puedan confundirse. Y si se imparten con la voz debes evitar los que puedan interpretarse mal. Muchas veces decir: "atrás, atrás", ha sido bastante para desorganizar un ejército. Hay que evitar esta palabra diciendo en su lugar "¡Retirada!". Si se quiere que las tropas se den vuelta para convertir en frente el costado de la retaguardia, nunca diga: "¡Vuélvanse!", sino: "¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡A las espaldas! ¡Al frente!". Igualmente las demás órdenes han de ser sencillas y precisas, como: "¡Al ataque! ¡Resistan! ¡Adelante! ¡Vuelvan!"... Si se puede dar una orden de viva voz, habrá que hacerlo así; en caso contrario, deberán usarse los toques.

En cuanto a la tarea de allanar el terreno, que era tu segunda pregunta, yo asignaría esa tarea a mis propios soldados, en parte porque así se hacía en la antigüedad y en parte para que en el ejército hubiera menos gente desarmada y menos impedimentos; sacando de cada batallón la gente necesaria para que, con las herramientas propias, hagan los allanamientos. Sus armas quedarán a cargo de los que ocupen las filas inmediatas, recobrándolas y volviendo a sus puestos al aproximarse el enemigo.

Zanobi: Y el material para el allanamiento, ¿quién lo llevará?

Fabrizio: Los carros asignados para esta tarea.

Zanobi: Dudo que pudiera emplear estos en esos trabajos a los actuales soldados.

Fabrizio: De todo hablaremos en su momento. Por ahora quisiera dejar estos temas para ocuparme del modo de alimentarse del ejército; porque habiéndolo sometido a una fatiga tan grande creo que es hora de devolverle fuerzas y de que se recupere mediante la comida.

Un soberano debe organizar su ejército de manera que esté lo más expedito posible, y librarlo de todo lo que le sume cargas y le haga más difícil su misión. Una de las mayores dificultades es tener provisto al ejército de vino y pan cocido. Los antiguos no se preocupaban del vino, porque si les faltaba bebían agua con un poco de vinagre para darle sabor; de ahí que entre las provisiones de víveres del ejército estaba el vinagre y no el vino. No cocían el pan en hornos como se acostumbra en las ciudades, sino que se suministraban harina que cada soldado aprovechaba como quería, condimentándola con tocino o manteca de cerdo, lo que le daba sabor al pan que preparaban y los mantenía vigorosos. Así que las provisiones de víveres para el ejército eran harina, vinagre, tocino, grasa, y para los caballos, cebada. Algunos rebaños de reses mayores y menores seguían a las tropas que, caminando por su pie, no causaban estorbo. Dada esa circunstancia, un ejército antiguo podía marchar a veces durante días por parajes solitarios y difíciles sin padecer privaciones en víveres, porque se alimentaban de cosas que podían transportarse con facilidad.

Lo contrario sucede en los ejércitos modernos, en los que se pretende disponer de vino y comer pan cocido como cuando se está en casa, y como el vino y el pan cocido no pueden conservarse mucho tiempo, a menudo quedan hambrientos, o si los tienes es con grandes incomodidades y gastos. Por ende, mi ejército no tendría víveres de esta clase, ni comería otro pan que el cocido por él mismo. No

les prohibiría que bebieran vino ni que lo llevaran consigo, pero no me tomaría ninguna molestia para facilitárselos. En cuanto al resto de la vitualla, me gobernaría en todo como los antiguos. Si ustedes consideran con cuidado esto, verán cuántos obstáculos se eliminan, de cuántos afanes e incomodidades se libran un ejército y un general, y cuánta holgura da a cualquier misión que se propongan.

Zanobi: Hemos derrotado al ejército en batalla campal y avanzado sobre su territorio. Es de suponer que se hayan conseguido botines, impuesto tributos a tierras, tomado prisioneros; me gustaría saber cómo regulaban los antiguos estos aspectos.

Fabrizio: Voy a satisfacer tu deseo. Creo que están de acuerdo, porque ya en otra ocasión lo hemos comentado, que las guerras actuales empobrecen tanto a los vencedores como a los vencidos, porque si estos pierden sus Estados, aquellos derrochan su dinero y todo lo que tienen. No sucedía así en la antigüedad, pues entonces la guerra enriquecía siempre al vencedor. Ocurre que no se controla el botín como antaño, sino que se deja a discreción de los soldados, lo cual causa dos graves perjuicios; el primero ya lo he señalado, y el otro es que el soldado se vuelve más ávido de hàcer botines y menos obediente a las normas, viéndose muchas veces que la codicia del botín es causa de perder la batalla.

Los romanos, que fueron modelos de esta actividad, solucionaban ambos inconvenientes disponiendo que el botín pasase al erario para que luego las autoridades lo distribuyesen como les pareciera más conveniente. Para eso tenía en los ejércitos a los "cuestores", que equivalían a nuestros tesoreros, quienes recaudaban el botín y las contribuciones impuestas a los vencidos, con cuyo producto

daba el cónsul la paga ordinaria a los soldados, socorría a los heridos y enfermos y satisfacía otras necesidades de su ejército. El cónsul tenía la facultad, a la que recurría a menudo, de conceder parte del botín a sus soldados, pero esta concesión no producía ningún desorden, porque, derrotado el ejército enemigo, se reunía todo el botín y se distribuía según las cualidades de cada uno. Este sistema hacía que los soldados se concentraran en vencer y no en robar: las legiones romanas derrotaban al enemigo y no lo perseguían, porque nunca se apartaban de sus normas; la persecución quedaba a cargo de la caballería ligera y de los demás soldados que no eran legionarios. Si el botín fuera de quien lo ganara, no hubiera sido posible ni razonable mantener en orden las legiones, y hubiera acarreado muchos peligros. El erario, pues, se enriquecía, y con cada triunfo los cónsules aumentaban el tesoro nacional mediante el botín y las contribuciones impuestas al enemigo.

Otra buena institución de los romanos era que cada soldado tuviera obligación de dejar la tercera parte de su sueldo en poder del abanderado de su batallón, quien no se los devolvería hasta el final de la guerra. Tal norma obedecía a dos razones: la primera, para que los soldados formaran capital con sueldo, porque siendo en su mayoría jóvenes e imprevisores, cuanto más tenían más gastaban innecesariamente; la segunda, porque al saber que su dinero estaba cerca de la bandera, los soldados se veían obligados a tener más cuidado y a defenderla con más empeño, y esto los hacía ahorradores y valientes. Todo esto habría que restablecerlo ahora para que el ejército se comportara debidamente.

Zanobi: Considero casi imposible que un ejército que marcha de un lugar a otro no enfrente contratiempos peligrosos

que requieran, para salvarlos, de la inteligencia del general y del valor de los soldados. Si le ocurre alguno, me gustaría que usted nos lo contara.

Fabrizio: Con mucho gusto, máxime siendo necesario hablar de ello al dar nociones completas del arte militar. Por encima de cualquier otra cosa los generales, cuando marchan con su ejército, tienen que cuidarse de las emboscadas, en las que se cae de dos modos: avanzando sin cuidado o dejando que con astucia el enemigo nos atraiga a las mismas.

En el primer caso hay que enviar adelante patrullas fuertes que exploren el territorio, haciéndolo con tanta mayor diligencia cuanto más apto sea el territorio para las emboscadas, como sucede en las comarcas selváticas o montañosas, pues hay que andar por bosques o desfiladeros. Así como una emboscada no prevista te aniquila, la que logras prever no te perjudica. Muchas veces se ha podido descubrir al enemigo gracias a las aves y el polvo, pues cuando venga en tu busca, la polvareda que levante te indicará su aproximación. Muchas veces por ver un general que el sitio por donde ha de pasar vuelan palomas y otras aves de las que van en bandadas, circulando en el aire sin pararse en ningún sitio, conoció la emboscada de un enemigo, y, enviando fuerzas delante, se libró de ella, derrotándolo.

En cuanto al segundo caso, el que te atraigan a la emboscada, hay que tener cuidado de no dar crédito fácilmente a cosas que son poco razonables. Por ejemplo, si el enemigo pone a nuestra disposición una presa, es muy probable que se trate de un cebo con el que pretende hacernos caer en la trampa. Si un grupo numeroso de enemigos se deja rechazar por pocos nuestros; si contra el grueso de nuestras tropas se lanzan solo unas pocas patrullas enemigas; si el enemigo emprende una retirada imprevista y

poco justificada hay que temer, en todos los casos, una trampa.

Jamás hay que pensar que el enemigo no sabe lo que hace. Si uno no quiere dejarse engañar ni incurrir en peligros, cuanto más débil y prudente sea el enemigo más hay que estar alerta. En esto hay que adoptar una doble actitud; por una parte, sospechar del enemigo y poner en práctica las disposiciones pertinentes al respecto; por la otra, exteriormente, desdeñarlo de palabra y obra. Esto último da confianza a los soldados en la victoria; lo primero nos hará ser prudentes y menos susceptibles de ser engañados.

Avanzar por territorio enemigo es más arriesgado que trabar batalla, por lo general deberá exagerar las precauciones durante la marcha. En primer lugar, ha de contar con mapas de la zona para ubicar las poblaciones y su número y distancia, los caminos, las montañas, los ríos, los terrenos pantanosos y todas sus características. Al respecto es conveniente que cuente también con la ayuda de diferentes personas que conozcan el territorio y a las que interrogará con diligencia, comprobando sus informaciones y operando de acuerdo con ellas. Enviará por delante a la caballería al mando de jefes sensatos, no tanto para descubrir al enemigo como para reconocer el terreno, comprobando si coincide con la información que posee de él. Mandará a sus guías incentivados por la promesa de una retribución e intimidados con la amenaza de castigo. Y, asimismo, procurará que el ejército no se entere de a qué misión se conduce, porque en la guerra no hay nada más útil que mantener los proyectos en secreto. Para que un ataque súbito no sorprenda a los soldados, es conveniente ponerlos en estado de alerta, porque lo que se tiene previsto resulta menos peligroso.

Muchos generales, queriendo evitar confusión durante la marcha, apostaron los carruajes y a los desarmados cerca de las banderas, con la orden de que las siguiesen, para que si durante el avance se hacía necesario detenerse o replegarse, pudieran hacerlo con facilidad. Es una táctica que yo considero muy apropiada. Durante el avance ha de procurarse también que un ala del ejército no se separe de la otra, y que no se alarguen y debiliten las líneas de formación por marchar un sector con distinto paso del otro, ya que se originaría una situación caótica. De ahí que sea necesario ubicar a los jefes de manera que mantengan la regularidad del paso, conteniendo a los apresurados y manteniendo a los lentos. Los toques de corneta son lo más efectivo al respecto.

Hay que ampliar los caminos para que al menos pueda circular por ellos en formación una unidad de tipo batallón. Deben estudiarse las costumbres y cualidades del enemigo, verificando si acostumbra atacar por la mañana, a mediodía o por la tarde, y si es más poderosa su infantería o caballería, organizándose y previniéndose uno en consecuencia.

Sin embargo, pasemos a algunos sucesos concretos. A veces un ejército retrocede ante otro por considerarse inferior, y como consecuencias de ello no querer entablar batalla; y, perseguido por este, llega a la orilla de un río cuyo vadeo requiere un tiempo, con el peligro de ser alcanzado y batido. Pues bien, algunos que enfrentaron este peligro rodearon la retaguardia del ejército con una zanja llena de ramas a las que prendieron fuego, cruzando a continuación el río sin que el enemigo, detenido por las llamas, pudiera evitarlo.

Zanobi: Me resulta difícil de creer que un fuego así pueda detener a un ejército, máxime porque recuerdo haber escuchado que el cartaginés Hannón, viéndose rodeado por el enemigo, situó en la zona por donde quería escoger una barrera de leña a la que prendió fuego; como el enemigo descuidó aquel sector, mandó pasar a sus hombres sobre las llamas, haciéndolos cubrirse el rostro con el escudo para defenderse del fuego y el humo.

Fabrizio: Tienes razón; sin embargo, compara lo que yo he dicho con lo que hizo Hannón. Yo he señalado que cavaron una zanja y la llenaron de ramas, de manera que el que quisiera cruzarla tendría que desafiar simultáneamente la zanja y las llamas. Hannón hizo el fuego sin zanja, y como quería cruzarlo intentó que no fuera muy violento, ya que en ese caso hubiera supuesto un obstáculo incluso sin zanja. ¿No saben que el espartano Nabis, sitiado en Esparta por los romanos, incendió parte de la ciudad para cerrarles el paso cuando ya habían penetrado en ella? Y gracias al fuego no solo les impidió pasar, sino que logró expulsarlos.

Pero volvamos a nuestro asunto. El romano Quinto Lutacio, en una ocasión en que era perseguido por los cimbros, al llegar a la orilla de un río fingió que no tenía prisa por avanzar, con el propósito de ganar tiempo para cruzarlo. Fingió querer acampar en aquel sitio, ordenó cavar fosos y levantar algunas tiendas, y envió unas pocas patrullas de caballería a inspeccionar los alrededores. Creyendo el enemigo que realmente estaba acampando, acampó también él y se dividió en varios grupos para ir a aprovisionarse. De inmediato que Lutacio lo advirtió, cruzó el río sin que pudieran impedírselo.

Otros, teniendo que atravesar un río sin puente, desviaron parte de sus aguas, encauzándolas por donde ya habían pasado, y aprovecharon el descenso de nivel para cruzarlo sin ningún inconveniente. Si el río tiene fuerte corriente, para que la infantería pase con seguridad se deben situar en la parte superior del vado los caballos más fuertes, para que contengan las aguas y se coloca a otro grupo de ellos en la vertiente inferior para que ayuden a los infantes que hayan podido ser arrastrados por la corriente. Los ríos no vadeables se pueden atravesar con puentes, barcas u odres, por lo que conviene que un ejército cuente con material para construirlos. A veces puede darse el caso de que, al pretender cruzar un río, lo impida el enemigo apostado a la otra orilla; para superar ese obstáculo no conozco mejor ejemplo que el de César. Había llegado este a la orilla de un río en las Galias, y desde la otra orilla le impedía el paso el galo Vercingétorix con su ejército. En vista de ello, marchó durante varios días a lo largo del río, y lo mismo hizo el enemigo. Luego acampó en un lugar boscoso, apto para esconder a sus hombres, tomó tres cohortes de cada legión y les ordenó situarse allí y que le tendieran un puente sobre el río y lo defendiesen, continuando él la marcha con el resto del ejército. Al ver las legiones, Vercingétorix no imaginó que había quedado atrás parte de ellas, y prosiguió también a su avance. Pero César, cuando supo que el puente estaba ya construido, volvió atrás y, encontrando todo preparado, atravesó el río sin ningún contratiempo.

Zanobi: ¿Existe algún método para saber dónde hay un vado?

Fabrizio: Sí; la franja de río que hay entre el agua mansa y la corriente, donde se forma una especie de raya, es la menos profunda, y, por tanto, el lugar más conveniente para cru-

zar. Es en esta zona donde las aguas depositan la mayor parte de sus sedimentos que arrastran. Esto se ha comprobado muchas veces, y es por completo seguro.

Zanobi: Y si la corriente ha ahondado el vado y los caballos no pueden hacer pie, ¿qué se puede hacer?

Fabrizio: Se construyen unas parrillas de madera, se colocan en el fondo y se pasa por encima de ellas.

Sin embargo, continuemos con nuestro asunto. Si un general pasa con su ejército por un desfiladero y se encuentra con que las dos únicas vías practicables, la delantera y la trasera, están ocupadas por el enemigo, puede hacer lo que ya otros hicieron antes: abrir detrás una zanja grande y difícil de cruzar fingiendo que con ella pretendían detener al enemigo para continuar su avance en otra dirección. Creyéndolo este así, se hizo fuerte en la parte abierta y abandonó la cerrada, momento en que el otro ejército echó un puente preparado al efecto sobre la zanja, pasando a la otra parte sin ninguna dificultad, librándose con ello de caer en manos del enemigo.

El cónsul romano Lucio Minucio, que se encontraba en Liguria con su ejército, había quedado bloqueado por el enemigo entre unas montañas de donde no podía salir. Envió entonces a algunos soldados númidas de caballería que tenía en su ejército, mal armados y montados en caballos pequeños y flacos, hacia las posiciones defendidas por el enemigo, el cual en un primer momento se dispuso a defender el paso. Pero cuando vio lo desordenados y, en su opinión, mal montados que iban aquellos hombres, los desdeñó y descuidó la retaguardia. Al darse cuenta de ello, los númidas espolearon sus caballos y, cargando con ellos, cruzaron el paso sin que fuera posible impedírselos.

Hecho esto, se pusieron a arrasar y saquear el territorio, hasta que obligaron al enemigo a dejar vía libre a las tropas de Lucio.

Algunos generales, viéndose atacados por un enemigo muy numeroso, concentraron su ejército para permitir que fuera rodeado, rompiendo a continuación el cerco por su parte más débil y abriéndose paso a través de ella. Cuando Marco Antonio conducía a su ejército huyendo de la persecución de los *parthos*, observó que estos lo atacaban todos los días al amanecer, cuando reiniciaba la marcha, hostigándolo luego a lo largo de ella. Decidió entonces no ponerse en camino hasta el mediodía, con lo que los *parthos* creyeron que pasaría toda la jornada acampando, retornaron a su campamento, lo que permitió a Marco Antonio proseguir la marcha sin ser acosado durante todo el día. Este mismo general, para liberarse de las flechas de los *parthos*, mandó a sus soldados que, al acercarse estos, se arrodillaran y que la segunda fila de los batallones colocase los escudos sobre las cabezas de la primera, la tercera sobre la segunda, la cuarta sobre la tercera, y así sucesivamente, con lo que todo el ejército quedaba defendido de las flechas enemigas por una especie de techo.

Esto es cuanto a mí se me ocurre sobre lo que puede sucederle a un ejército en marcha; si no tienen nada que comentar, pasaré a otra cosa.

Libro sexto

Zanobi: Puesto que vamos a cambiar de tema, creo conveniente que Bautista ocupe mi lugar. Así como nos ha explicado el señor Fabrizio, imitaremos a los buenos generales, quienes colocan a los mejores soldados delante y detrás del ejército, porque les parece necesario tener adelante a quienes valerosamente entablen el combate, y detrás a quienes valerosamente lo resistan. De manera que Cosme inició esta conversación con el mejor éxito, y Bautista la concluirá con igual acierto. A Luis y a mí nos ha tocado mantenerla, y, como todos hemos aceptado satisfechos la tarea, no creo que Bautista vaya a rechazarla.

Bautista: Hasta ahora, he tenido un papel más pasivo, y así prefiero continuar. Por consiguiente, señor, háganos el favor de continuar su argumentación, y perdone que lo interrumpamos con nuestras preguntas.

Fabrizio: A mí me complacen, como les he dicho, porque sus interrupciones, en lugar de distraerme, me refrescan la memoria. Siguiendo con lo nuestro, considero que ya es tiempo de acampar a nuestro ejército; porque ustedes saben que todas las cosas necesitan descanso, y descanso seguro, que sin seguridad no es verdadero. Posiblemente hu-

biesen querido que yo acampara primero al ejército, lo hiciera después caminar, y por último combatir, y hemos hecho lo contrario. Pero había que proceder así, porque para explicar cómo hace un ejército para pasar del orden de marcha al de combate, teníamos necesariamente que hablar antes de la formación de combate. Sin embargo, volviendo a lo nuestro, les digo que si se quiere acampar con seguridad el campamento tiene que ser fortificado y organizado: fuerte lo hace el sitio y el arte; bien organizado, el talento del general. Los griegos buscaban siempre lugares fuertes, y nunca un desfiladero, un río, un bosque o alguna defensa natural. Pero el campamento de los romanos era seguro, no tanto por el sitio como gracias al arte, y nunca hubieran acampado en lugares donde no hubieran podido desplegar sus tropas, de acuerdo con su disciplina. De aquí que tuvieran siempre la misma forma de acampar, porque nunca la supeditaban al terreno, sino este a aquella; cosa imposible a los griegos, quienes, ajustándose al sitio y variando este de condiciones por necesidad, variaban la manera de acampar y la forma de los campamentos. Los romanos, pues, suplían con su trabajo e ingenio la deficiencias que pudiera presentar el terreno. Como ya he venido mostrando continuamente mi intención de imitarlos, tampoco ahora me alejaré de su manera de acampar, aunque tomando de ella solo lo que hoy puede resultar aprovechable, sin llevar la imitación a sus últimas consecuencias.

Ya les he dicho varias veces que en sus ejércitos consulares había dos legiones de ciudadanos romanos, los cuales sumaban unos once mil infantes y seiscientos caballos, y que, además, llevaban otros once mil infantes de tropas auxiliares. Jamás tenían sus ejércitos más soldados extranjeros que romanos, exceptuando la caballería, la cual no les

importaba que fuese más numerosa que la de sus legiones. Como en todas sus acciones, ponían a las legiones en el centro y a los auxiliares a los costados. Pues bien, esa misma disposición se conservaba en los campamentos, como habrán leído en los autores que se ocupan de su historia. Por eso no me propongo contarles precisamente cómo acampaban, sino solo con qué orden acamparía yo hoy a mi ejército, y así advertirán lo que adopto del método romano.

Como saben, en correspondencia de las dos legiones romanas, yo he tomado brigadas de seis mil infantes y trescientos caballos útiles en cada una, y saben las compañías, armas y nombres en los que lo dividí. Recordarán que, ni en el orden de marcha ni en el de batalla, he hecho mención de otras tropas, indicando solo que, al doblar el número de combatientes, se doblaba la formación. Pero ahora, al analizar la forma de acampar, me parece más conveniente referirme no exclusivamente a las dos brigadas, sino al ejército completo, compuesto, como el de los romanos, por dos brigadas propias y otras tantas auxiliares. Cosa que hago para que la forma del campamento sea más perfecta, acampando un ejército completo, táctica que no me pareció necesaria en las otras demostraciones.

Para acampar un ejército completo de veinticuatro mil infantes y dos mil caballos útiles, dividido en cuatro brigadas, dos de mis propios súbditos y otras dos de tropas auxiliares, haré lo siguiente: tras elegir el terreno donde levantar el campamento, izaría la bandera capitana y trazaría a su alrededor un cuadrado con cada uno de sus lados a cincuenta brazas de distancia; cada una de las cuatro caras miraría a cada una de las cuatro regiones del cielo: el levante, el poniente, el mediodía y el norte. En este espacio esta-

rá la tienda del general. Porque me parece prudente, y porque en buena parte así lo hacían los romanos, dividiría a los armados de los desarmados, y a los útiles para la lucha de los inútiles. Todos, o casi todos los armados acamparían en la parte de levante. El levante constituiría la vanguardia, el poniente la retaguardia, y el mediodía y el norte serían los flancos.

Para distinguir el campamento de los armados, trazaría una línea a partir de la bandera capitana y la guiaría hacia el levante por una extensión de más de seiscientas ochenta brazas. Después trazaría dos líneas que dejaran en medio la primera, de su misma longitud, pero a una distancia de quince brazas cada una respecto de la primera; en sus extremos ubicaría la puerta de levante, y el espacio que media entre las dos líneas extremas sería una calle que se extiende desde la puerta al cuartel del general; tendría treinta brazas de ancho y seiscientas treinta de largo (porque el cuartel general ocuparía cincuenta brazas), y llamaría a esa calle la vía capitana; después trazaría otra calle desde la puerta del mediodía hacia la puerta del norte, que pasaría por la cabeza de la *vía capitana* y bordearía el cuartel del general hacia el levante, tendría una longitud de mil doscientas brazas (porque ocuparía todo el ancho del cuartel), su ancho sería de cincuenta brazas y se llamaría *vía de la cruz*. Una vez planeado el cuartel del general y estas dos vías, comenzaría el plano de los dos batallones propios; acamparía uno del lado derecho de la vía capitana, y el otro del lado izquierdo. Pasando el espacio que tiene de ancho de la vía de la cruz, pondría treinta y dos cuarteles del lado izquierdo de la vía capitana y treinta y dos del lado derecho, dejando un espacio de treinta brazas entre el decimosexto y el decimoséptimo cuartel; ese espacio funcionaría

como una calle transversal que atraviesa todos los cuarteles de los batallones, como veremos en su distribución. De estas dos filas de cuarteles, en los primeros del frente, a cada lado de la vía de la cruz, acamparía a los jefes de los hombres armados; en los quince cuarteles que siguieran de un lado y otro a sus hombres armados; como cada batallón tiene ciento cincuenta hombres armados, habría diez de ellos por cuartel. Los cuarteles de los jefes tendrían cuarenta brazas de ancho y diez de largo. Adviértase que siempre que digo ancho quiero decir el espacio entre mediodía y el norte, y cuando digo ancho quiero decir el espacio entre el mediodía y el norte, y cuando digo largo el espacio entre el poniente y el levante. Los cuarteles de los hombres armados tendrían quince brazas de largo y treinta de ancho. En los quince cuarteles que siguieran de un lado y otro (cuyo principio estaría pasada la calle transversal y que tendrían el mismo espacio que el de los hombres de armas) acamparía a la caballería ligera; como son ciento cincuenta, tocarían diez por cuartel; y en el cuartel decimosexto colocaría a su jefe, dándole el mismo espacio que tiene el jefe de los hombres armados. De modo que los cuarteles de caballería de los dos batallones tendrían en el centro a la vía capitana, y serían el modelo de los cuarteles de los soldados de infantería, como les contaré. Ustedes advirtieron cómo hice acampar a los trescientos caballos de cada batallón, con sus jefes, en treinta y dos cuarteles ubicados sobre la vía capitana y que comienzan en la vía de la cruz; cómo entre el decimosexto y el decimoséptimo queda un espacio de treinta brazas para trazar una calle transversal. Así que si quiero hacer acampar las veinte compañías que tienen dos batallones, pondría los cuarteles de cada dos compañías tras los cuarteles de los caballos, y cada uno de ellos

tendría quince brazas de largo y treinta de ancho, como los de caballería, y se unirían en la parte de atrás, tocándose uno a otro. En cada uno de los primeros cuarteles de ambos lados, inmediatos a la vía de la cruz, acamparía al condestable de una compañía, que correspondería al cuartel del jefe de los hombres de armas; este cuartel tendría veinte brazas de ancho y diez de largo. En los otros quince cuarteles que siguen de un lado a otro hasta la calle transversal, acamparía de cada lado a una compañía de soldados de infantería; como son cuatrocientos cincuenta, habría treinta en cada cuartel. Pondría los quince cuarteles siguientes de un lado a otro a continuación de los de caballería ligera, con los mismos espacios, y en ellos acamparía de cada lado a una compañía de soldados de infantería. En el último cuartel de cada lado pondría al condestable de la compañía, en la misma línea que el jefe de la caballería ligera, con un espacio de diez brazas de largo y veinte de ancho. Así estas dos primeras de cuarteles serían la mitad de infantería y la otra mitad de caballería. Como les dije oportunamente, quiero que estos caballos sean útiles, y como no hay servidumbre que contribuya en el gobierno de los caballos y otras cosas necesarias, quisiera que los soldados de infantería acampados tras de los caballos fueran obligados a ayudarlos, y por eso mismo se vieran exentos de otras tareas en el campamento; este era el criterio seguido por los romanos. Después de estos cuarteles, dejaría de cada lado un espacio de treinta brazas que formaría una calle, y la llamaría de un lado primera calle a la izquierda, y del otro primera calle a la derecha, y de cada lado ubicaría otra fila de treinta y dos cuarteles dobles, que se dieran la espalda, con los mismos espacios que ya di, y dividirlos del mismo modo después del decimosexto cuartel, para hacer la calle

transversal; allí acamparía, de cada lado cuatro compañías de soldados de infantería con los condestables en los extremos. De cada lado dejaría otro espacio de treinta brazas que formaría una calle, a la que llamaría segunda calle de la derecha, y del otro lado segunda calle de la izquierda, pondría en cada lado otra fila de treinta y dos cuarteles dobles, con las mismas distancias y divisiones, donde cada uno acamparía a otras cuatro compañías con sus condestables. Así quedarían acampados en tres hileras de cuarteles de cada lado los caballos y las compañías de los dos batallones ordinarios, y por el medio pasaría la vía capitana.

Las brigadas auxiliares, formadas por el mismo número de hombres, se alojarían a los lados de las brigadas regulares, con la misma disposición de espacios, colocando primero una línea de alojamientos dobles que acogieran tanto a la caballería como a infantes, y separada treinta brazas de los otros para abrir con ellos una calle que se llamase, en una dirección, tercera calle a la derecha, y en la otra tercera calle a la izquierda. Colocaría otras dos filas de alojamientos a cada lado, con la misma disposición que los de las brigadas regulares, dando origen a otras dos calles que se denominarían según el orden numérico y la orientación que les correspondiese. Todo ese cuerpo de ejército quedaría alojado en doce líneas de alojamientos dobles a lo largo de trece calles, contando la capitana y la de cruz.

Entre las tiendas y el foso tendría que quedar un espacio de cien brazas a todo alrededor. Sumando todos los espacios vacíos se comprobará que desde el centro de la tienda del general hasta la puerta de levante hay seiscientas ochenta brazas. Nos quedan ahora dos espacios, el que va desde la tienda del general hasta la puerta de mediodía, y el que, arrancando del mismo sitio, llega hasta la puerta

del norte. Partiendo desde el centro, cada uno de ellos mide seiscientas veinticinco brazas. Quitándole a cada uno cincuenta brazas ocupadas por la tienda del general, cuarenta y cinco que medirá cada lado de la plaza y treinta correspondientes a la calle, que cortará a cada espacio por el centro, así como cien brazas que se dejan en todo el perímetro entre los alojamientos y el foso, nos queda a cada lado un espacio para alojamientos de cuatrocientas brazas de ancho por cien de largo, midiendo de longitud en el espacio que ocupa la tienda del general. Partiendo por la mitad estas longitudes, a cada lado del general se situarían cuarenta alojamientos dobles de cincuenta brazas de largo por veinte de ancho, con un total de ochenta alojamientos, en los que se ubicarían los jefes de las brigadas, los camarlengos, los maestres de campo y todos los mandos de alta graduación, dejando alguno vacío para los visitantes que viniesen y para los que combatieran a favor del general.

Tras la tienda del general pasaría una calle orientada de mediodía al norte y de treinta brazas de anchura, que se llamaría calle de cara, discurriendo a lo largo de las mencionadas tiendas; esa calle y la de cruz dejarían en el centro la tienda del general y los ochenta alojamientos de los lados. Desde la calle de cara y frente de la tienda del general arrancaría otra calle que partiendo de esta llegaría hasta la puerta de poniente, también de treinta brazas de anchura, en prolongación y con la misma longitud de la calle capitana, que se llamaría *calle de la plaza*.

Trazadas estas dos calles, me ocuparía de la plaza del mercado, que estaría al comienzo de la calle de la plaza, frente a la tienda del general y dando a la calle de cara; sería cuadrada, con noventa y seis brazas de lado. A ambas manos de la misma emplazaría dos filas de ocho alojamien-

tos: dobles cada una, con una longitud de doce brazas y una anchura de treinta. Con ello, a cada lado de la plaza habría dieciséis alojamientos, por un total de treinta y dos, en los que se alojaría a los caballeros que sobrasen de las brigadas auxiliares, y si el espacio fuese insuficiente, los ubicaría en los que rodean a la tienda del general, y sobre todo en los que dan a los fosos.

Ahora nos falta acampar las picas y los vélites extraordinarios de cada batallón; ustedes saben que de acuerdo con nuestra organización cada uno tiene además de las diez compañías mil picas extraordinarias y quinientos vélites; de manera que los dos batallones propios tienen dos mil picas extraordinarias y mil vélites extraordinarios, y los auxiliares otros tantos, así que hay que acampar a seis mil soldados de infantería, a quienes acamparía en el lado que mira al poniente y a lo largo de los fosos. Desde la punta de la calle de la cabeza y en dirección al norte, dejando el espacio de cien brazas desde ellos al foso, pondría una hilera de cinco cuarteles dobles, todos de setenta y cinco brazas de largo y sesenta de ancho; de modo que dividido el ancho a cada cuartel le tocarían quince brazas de largo y treinta de ancho. Como son diez cuarteles, albergarían trescientos soldados de infantería, y a cada cuartel le tocarían treinta soldados. Dejando después un espacio de treinta y una brazas instalaría de modo similar y con similares espacios otra hilera de cinco cuarteles dobles, y después otra, de modo que fueran cinco filas de cinco cuarteles dispuestos en línea recta desde el norte, a una distancia de cien brazas de los fosos, y que albergarían a quinientos soldados. Volviéndonos a la izquierda hacia el lado del poniente, pondría en el espacio que media desde ellos a la mencionada puerta otras cinco filas de cuarteles dobles,

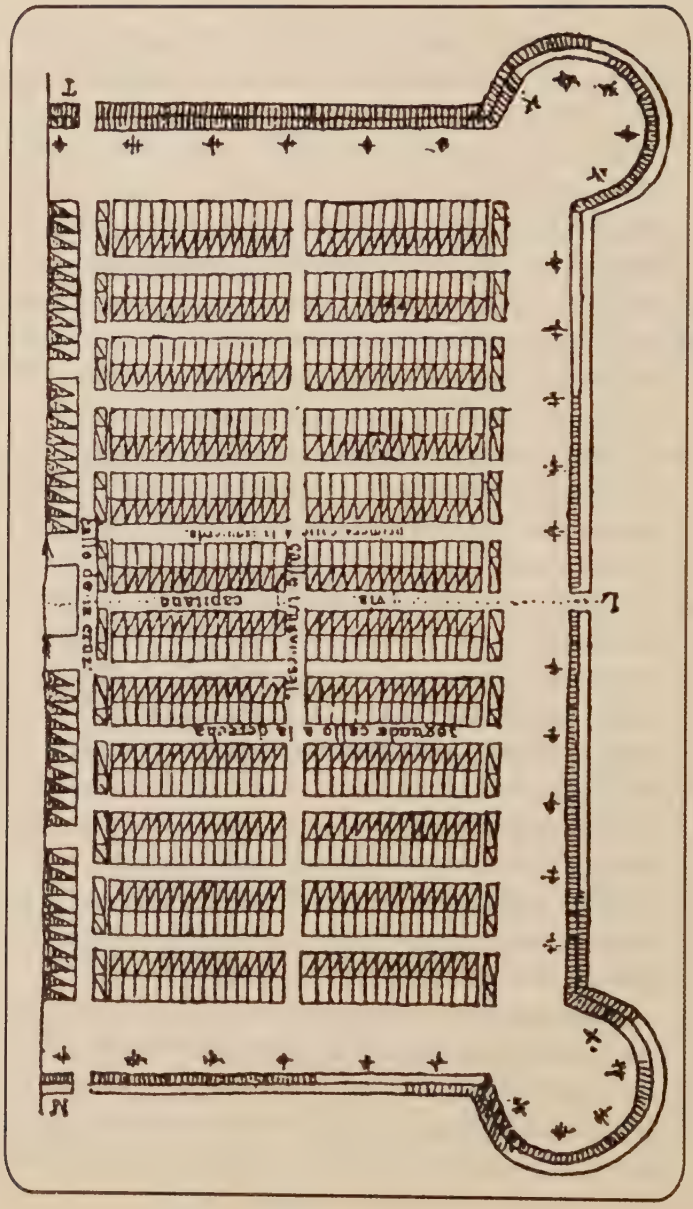
con los mismos espacios y modos de una fila a otra no hay más de quince brazas de distancia, donde acamparían otros mil quinientos soldados; y desde la puerta del norte a la del poniente, en cien cuarteles alrededor de los fosos distribuidos en diez filas de cinco cuarteles dobles cada una, acamparían todas las picas y los vélites extraordinarios de los batallones propios. Y desde la puerta del poniente a la del mediodía, en otras diez filas de diez cuarteles por fila alrededor de los fosos acamparían las picas y los vélites extraordinarios de los batallones auxiliares. Los jefes, o bien sus condestables, podrían tomar para sí los cuarteles que les resultaran más cómodos entre los que miran a los fosos. Dispondrían a la artillería a lo largo de las trincheras, y en todo el espacio que quedara hacia el poniente acamparía a los desarmados y a todos los impedimentos del ejército. Ustedes han de saber que bajo el nombre de impedimentos los antiguos designaban todas las cosas necesarias para un ejército, además de los soldados, como los carpinteros, los herreros, los herradores, los zapateros, los ingenieros, los bombarderos, aun cuando estos podrían contarse entre los hombres de armas, los mayorales con sus manadas de carneros capados y bueyes que necesita el ejército para vivir, y maestros de todas las artes, junto con los carros públicos cargados de elementos correspondientes a la comida y a las armas. Y no distinguiría de modo particular estos cuarteles; solo señalaría las calles que no deberían ser ocupadas por ellos; los demás espacios que quedaran entre las calles, que serían cuatro, los entregaría a los denominados impedimentos, uno a los mayorales, otro a los artífices y maestranzas, y el otro a los carros públicos de vituallas, el cuarto a las armas. Las calles que quisiera quedaran libres serían la calle de la plaza, la calle de la cabeza y otra que se

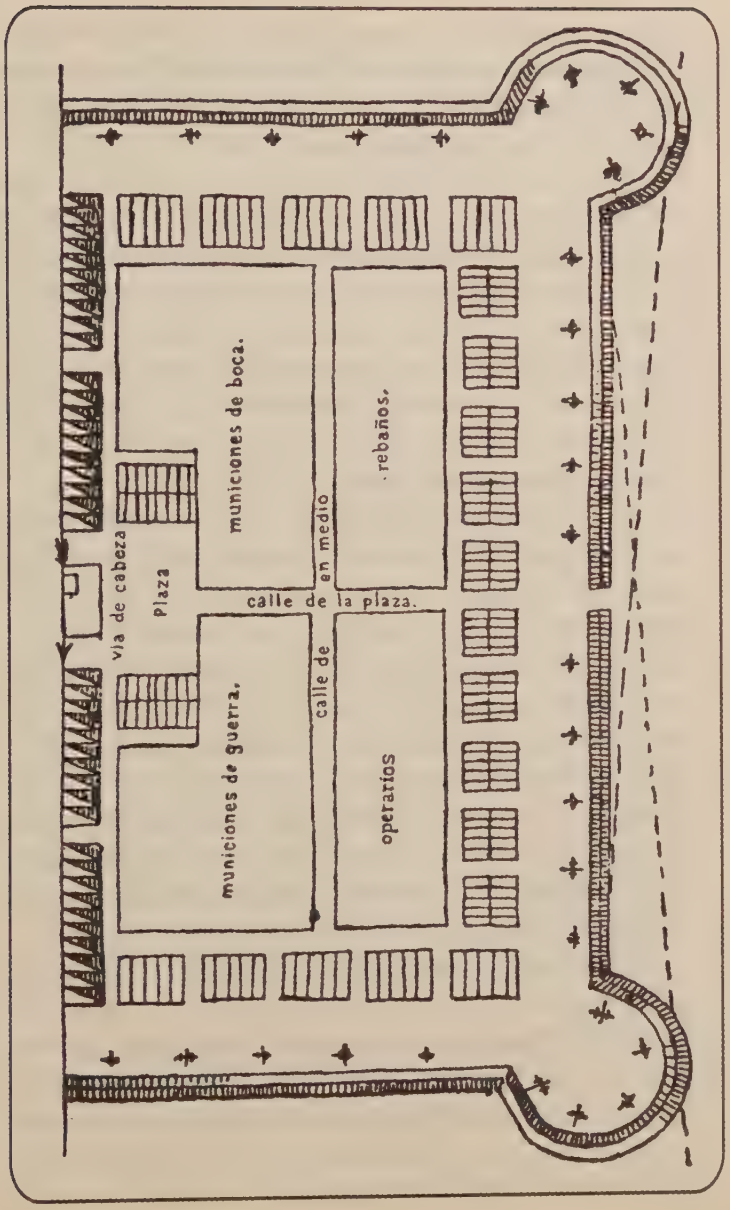
llamaría calle del medio, que partiría del norte y se dirigiría al mediodía, pasando por el medio de la calle de la plaza, que en la parte del poniente sería lo que la calle transversal en el levante. Y además de esto una calle que desde la parte de dentro se extendiera a lo largo de los cuarteles de las picas y vélites extraordinarios. Todas estas calles tendrían un ancho de treinta brazas, y dispondría la artillería a lo largo de los fosos del campo de la parte de adentro.

Bautista: Admito que no soy entendido en el asunto, y no me avergüenza decirlo, dado que no es mi práctica. Sin embargo, me gusta bastante esta organización; solo quisiera que me resuelva estas dudas; una, ¿por qué trazan las calles y los espacios circundantes con tanta anchura?; segunda, que me resulta más difícil de entender: ¿cómo se alojan los soldados en los espacios asignados para ese efecto?

Fabrizio: Doy a las calles una anchura de treinta brazas para que puedan pasar por ellas un batallón de infantería en formación; que si ustedes recuerdan bien les dije que tienen de ancho entre veinticinco y treinta brazas. Es necesario que el espacio que queda entre el foso y las tiendas sean de cien brazas, para que puedan maniobrar las compañías y la artillería, llevar por allí el botín y disponer de espacio para retirarse abriendo nuevos fosos y terraplenes. Los cuarteles deben estar a cierta distancia de los fosos, para hallarse más resguardados del fuego y de las armas arrojadizas del enemigo.

Respecto a su segunda pregunta, mi propósito no es que cada espacio de los que he trazado sea ocupado por una tienda, sino que los que tienen adjudicado uno dispongan de él a voluntad, con más o menos tiendas, siempre que no se salgan de sus límites. Quienes planeen estos cuarteles deben ser hombres muy expertos y hábiles inge-




municiones de boca.
rebaños.
municiones de guerra.
operarios
calle de en medio
calle de la plaza.
Plaza
vía de cabeza

nieros; los cuales, en cuanto el general elija el lugar, sepan darle la forma y distribuirlo, trazando las calles y marcando los alojamientos con cuerdas y lanzas de madera que queden fijadas y separadas prontamente.

Para que no se produzca confusión es conveniente orientar el campo siempre del mismo modo, a fin de que cada cual sepa en qué calle y espacio tendrá su alojamiento. Esto ha de observarse en todo momento, en todo lugar, para que el campamento parezca una unidad móvil, que en todos lados lleve siempre estas mismas calles, y tenga el mismo aspecto, norma que no pueden seguir los que buscando sitios fortificados tienen que cambiar de forma según las variaciones del lugar.

Los romanos fortificaban sus emplazamientos con fosos, vallados y trincheras, porque cercaban el campo con estacas y cavaban un foso, normalmente de seis brazas de ancho y tres de profundidad, ensanchándolo según el tiempo que pretendían quedar en el lugar o el temor que inspirase el enemigo. Por mi parte, actualmente no cercaría con estacas si no me propusiera invernar en un lugar; lo que sí construiría es un foso y la trinchera, incluso de mayores dimensiones si la necesidad lo aconsejara. En cuanto a la artillería, haría, además, sobre cada rincón del cuartel, un foso semicircular, desde el que se podría bombardear de flanco al que pretendiese atravesar los fosos.

También hay que adiestrar a los soldados en este ejercicio de saber organizar el campamento, acostumbrando a los oficiales a organizarlo y a los soldados a conocer el sitio. Y ni una cosa ni la otra es difícil, como oportunamente me ocuparé de mostrar. Ahora he de hablar de los guardias del campamento, pues sin la distribución de guardias todos los demás esfuerzos son inútiles.

Bautista: Antes de que pase a las guardias, me gustaría que me explicara cómo se emplaza un campamento cerca del enemigo, porque sé cómo hay tiempo para organizarlo sin peligro.

Fabrizio: Ningún capitán acampa cerca del enemigo, a no ser que esté dispuesto a sostener batalla cuando este lo decida; si está dispuesto a eso, no hay más peligro que el habitual, porque en esta circunstancia dos tercios del ejército se prepararán para el combate, y la otra prepara el campamento. En casos similares, los romanos asignaban esa tarea a los triarios, y los príncipes y los asteros tomaban las armas. Hacían así porque, como los triarios eran los últimos en entrar en combate, estaban a tiempo de dejar su trabajo, tomar las armas y ocupar los lugares si llegaba el enemigo. Ustedes, imitando a los romanos, tendrían que asignar la tarea de organizar el campamento a los batallones que quieran poner en la última parte del ejército, en lugar de los triarios.

Pero volvamos al asunto de las guardias. No he encontrado en los antiguos que para custodiar el campo por la noche hubiera guardias fuera a distancia de los fosos, a la manera de los que para ese cometido hoy utilizamos con el nombre de escuchas. Creo que se debía a que pensaban que el ejército podía ser fácilmente engañado por la dificultad que hay para controlarlas, y porque pueden ser corrompidas o coaccionadas por el enemigo; de modo que fiarse de ellas en parte o totalmente lo consideraban peligroso. En cambio, el cuerpo de guardia se distribuía siempre por el lado interno de los fosos, y lo apostaban con sumo cuidado y orden extremo, castigando con pena de muerte a quien abandonaba su puesto. No los aburriré ahora detallándoles qué reglamento tenían para este servi-

cio, porque ustedes mismos podrán enterarse si aún no lo conocen. Solo diré brevemente qué haría.

Todas las noches la tercera parte del ejército permanecería en armas; la cuarta parte de aquel estaría toda la noche de guardia, distribuida a lo largo de las trincheras y por todos los sitios del campamento, con guardias dobles colocados en cada uno de sus cuatro lados. Una parte de los centinelas permanecería fija en sus puestos y otra se movería continuamente de un rincón del campamento a otro. Estas mismas precauciones las observaría también de día si el enemigo estuviera cerca. En cuanto a la consigna, renovarla cada noche y hacer todas las cosas que se acostumbran en las guardias, no me referiré por ser demasiado conocida. Solo recordaré que el observarla genera mucho bien y descuidarla mucho mal, y que hay que vigilar con gran atención a los que de noche se ausentan del campamento o entran en él. Con el tipo de campamento que nosotros hemos organizado ello no presenta dificultad, porque como cada alojamiento tiene un número fijo de hombres, es fácil comprobar si falta o sobra alguno. Y si falta sin permiso castigarlo como fugitivo, y si sobran saber quiénes son, qué hacen y otras condiciones suyas. Con esta precaución, el enemigo difícilmente podrá relacionarse con los mandos y conocer nuestros planes. Si los romanos no hubieran puesto en esto un gran cuidado, Claudio Nerón no hubiera podido, estando cerca de Aníbal, alejarse de los cuarteles que tenía en Lucania y volver de la Marca sin que Aníbal lo presintiera.

Y no es suficiente con tener una buena organización; además hay que hacerla respetar con gran severidad, porque en ninguna parte se requiere tan estricta disciplina como en el ejército. El reglamento al respecto debe ser ta-

jante y severo, y su ejecutor implacable. Los romanos castigaban con pena capital a quien faltaba a las guardias, al que abandonaba su puesto de combate, a quien sacaba algo a escondidas del campamento, a quien sostenía, sin ser cierto, que había llevado a cabo una hazaña durante la lucha, al que combatía fuera de las órdenes del general, al que abandonaba las armas por temor. Si era toda una cohorte o una legión la que había incurrido en falta, para no hacerlos morir a todos sorteaban los nombres de una décima parte de la legión y esos morían. El castigo se aplicaba de manera que no todos lo padecían, pero al menos todos lo temían. Como donde los castigos son grandes, también tiene que haber premios para que los hombres tengan los mismos motivos de temor y esperanza, los romanos habían establecido recompensas para quienes realizasen actos heroicos; por ejemplo, a quien combatiendo salvaba la vida de un compañero; para el que primero saltaba la muralla de una fortaleza enemiga; a quien hiriera o matara al enemigo en combate, y para quien lo hiciese caer del caballo. Los cónsules reconocían y premiaban todos los actos de valor, y los alababan en público. Los que conseguían recompensas por una de estas hazañas, además de la gloria y la fama que adquirían entre los soldados, cuando volvían a su patria recibían los honores y las demostraciones de amigos y parientes. No es de extrañar, pues, que ese pueblo conquistase al imperio, aplicando tan estrictamente premios y castigos a quienes por su buen o mal desempeño merecían alabanzas o condenas, cosas que en su mayoría son dignas de imitación.

Y no creo que corresponda callar uno de los castigos que aplicaban: cuando el reo se hallaba convicto ante el tribuno o el cónsul era ligeramente tocado con un látigo, tras

de lo cual a él le estaba permitido huir y a los soldados matarlo, de manera que enseguida todos le arrojaban piedras y dardos, o lo agredían con cualquier arma. De modo que sobrevivían poco tiempo y eran muy raros los que se salvaban, no pudiendo estos regresar a sus casas sino tras grandes fatigas y con tal deshonor que era preferible la muerte. Un castigo muy parecido aplican los suizos, quienes dejan que los condenados sean ejecutados públicamente por otros soldados, lo cual, si se evalúa juiciosamente, está bien hecho porque para que nadie se convierta en defensor de un culpable mejor es convertirlo en su verdugo, ya que pondrá más interés y deseo de castigo si lo ejecuta él y no otro. De modo que si no queremos que un pueblo favorezca los errores de alguien, el mejor remedio es que el propio pueblo sea su juez. Para comprobar esto cabe aducir el ejemplo de Manlio Capitolino, quien acusado por el Senado, fue defendido por el pueblo hasta que este se convirtió en su juez, pero una vez que se convirtió en árbitro de su causa lo condenó a muerte. El sistema de castigo, pues, evita los tumultos y hace respetar la justicia.

Y como para frenar a los hombres armados no basta ni el miedo a las leyes ni el miedo a los hombres, añadían los antiguos el temor a la autoridad de Dios; con grandes ceremonias hacían jurar a sus soldados obediencia a la disciplina militar para que si la transgredían tuvieran que temer no solo a las leyes y a los hombres, sino también a Dios, y procuraban por todos los medios inculcarles sentimientos religiosos.

Bautista: ¿Permitían los romanos que en sus ejércitos hubiera mujeres o que se practicasen esos juegos ociosos que se acostumbran en la actualidad?

Fabrizio: Prohibían una y otra cosa, y no era un mandato difícil de cumplir porque eran tantos los ejercicios en que se ocupaban los soldados todo el día, individual y generalmente, que no les quedaba tiempo para pensar en Venus o en el juego, ni en ninguna de esas cosas que vuelven a los soldados sediciosos e inútiles.

Bautista: Me parece bien. Pero dígame, cuando el ejército levantaba el campamento, ¿qué instrucciones seguía?

Fabrizio: Sonaba tres veces la trompeta capitana. Al primer toque, se plegaban las tiendas y se recogía el bagaje; al segundo se cargaban las bestias; al tercero se ponían en marcha en el orden ya mencionado, con los impedimentos detrás de todos los armados y las legiones en el centro. Pero nosotros, en nuestra organización, haríamos salir a una brigada de apoyo seguida por sus correspondientes impedimentos, y con ellos la cuarta parte de los impedimentos públicos, equivalente a todo el personal alojado en uno de aquellos cuadros de que antes hablábamos. Sería conveniente que cada uno de ellos fuera asignado a un batallón, para que, al ponerse en marcha el ejército, todos supieran el lugar que les correspondía en la columna. Así, cada batallón debe avanzar con sus propios impedimentos públicos a sus espaldas, como vimos que hacía el ejército romano.

Bautista: ¿Los romanos adoptaban alguna otra precaución al emplazar su campamento?

Fabrizio: Repito que los romanos querían, por encima de cualquier otra consideración, establecer siempre su propio modelo de campamento; pero tenían, por lo que respecta a las restantes circunstancias, dos reglas básicas: la primera asentarse en lugar sano; otra, instalarse donde el enemigo no pudiera sitiarlos y arrebatarles el conducto de llegada de agua o de las vituallas. Para evitar las enfermedades re-

huían las zonas pantanosas o expuestas a aires malsanos. Cosa que sabían no tanto por el conocimiento del lugar como por los rostros de los habitantes; cuando los veían de mal color o asmáticos, o afectados por otras enfermedades, no acampaban en ese lugar.

Respecto a ser asediados, hay que tener en cuenta la naturaleza del lugar, la posición de los amigos y los enemigos, y conjeturar a partir de allí si te pueden asediar o no. De ahí que sea necesario que el general conozca muy bien el terreno y pueda recurrir al parecer de la mayor cantidad posible de expertos.

Una manera de eludir también las enfermedades y el hambre es no provocar desórdenes en el ejército; para mantenerlo sano hay que obligar a los soldados a dormir en sus tiendas, acampar donde haya árboles que den sombra y leña para hacer la comida y no forzarlos a marchar en pleno sol. Para lo cual hay que hacerlo salir del campamento temprano en verano, y en invierno cuidar de no marchar a través de las nieves y los hielos, sin posibilidad de hacer fuego, y de que no les falte la ropa adecuada, y no beban agua en mal estado. A los que caigan enfermos tienen que atenderlos los médicos, porque un general está perdido si tiene que luchar a la vez contra las enfermedades y el enemigo.

Pero nada es más útil para mantener saludable al ejército como el ejercicio, y de ahí que los antiguos lo practicasen a diario. De esto se deduce el valor del ejercicio, porque te hace sano en los campamentos y vencedor en los combates.

Para evitar el hambre no solo hay que cuidarse de que el enemigo no corte los suministros, sino prever dónde vas a conseguirlos, y cuidar de que los que ya tienes no se

echen a perder. Por eso conviene llevar en el ejército provisiones para un mes, e imponer a los vecinos aliados que diariamente se abastezcan. Hay que almacenar las vituallas en lugar seguro, y en especial distribuirlas cuidadosamente, dando a diario a cada cual una ración adecuada. Y en esto hay que poner mucho cuidado para que no haya desorganización, porque cualquier otra cosa en la guerra se puede vencer con el tiempo, y esta es la única que con el tiempo puede derrotarnos. No habrá ningún enemigo que pudiendo ganarte por hambre busque vencerte con la espada; porque aunque así la victoria no sea tan gloriosa, por lo menos es más segura y cierta. De manera que no puede eludir el hambre un ejército que no administre justicia, y que consuma desenfrenadamente lo que le parezca, porque el desorden impide que lleguen las provisiones, y las que se consiguen se malgastan inútilmente.

De ahí que los antiguos ordenasen que se comiese el rancho que se facilitaba, y en el momento establecido, y todos lo hacían al mismo tiempo que el general. Todos sabemos en qué medida siguen ese criterio los ejércitos modernos, que desde luego no pueden considerarse modelos de orden y sobriedad, como los antiguos, sino más bien de licencia y embriaguez.

Bautista: Cuando comenzó a tratar de la organización del campamento dijo que no quería conformarse con dos batallones, sino que quería cuatro para explicar cómo se alojaría un ejército completo. Por eso quisiera que me dijera dos cosas: cómo se organizaría el campamento con un número mayor o menor de soldados, y qué cantidad de soldados le bastaría para combatir contra un enemigo.

Fabrizio: A la primera pregunta le respondo que si el ejército tiene entre cuatro y seis mil infantes, se eliminan o suman

filas de cuarteles según hagan falta, y así se puede restar y sumar hasta el infinito. Sin embargo, los romanos, cuando unían dos ejércitos consulares hacían dos campamentos y ponían un sector de desarmados mirando hacia el otro.

Respecto a la segunda pregunta, te repito que el ejército romano contaba con unos veinticuatro mil soldados; cuando le urgía una fuerza mayor, reunía un máximo de cincuenta mil. Con una cantidad así, enfrentaron a los galos que los atacaron después de la primera guerra púnica, y con la misma cantidad se opusieron a Aníbal. Observen que los romanos y los griegos combatían con tropas reducidas, apoyándose en su táctica y su ingenio. Los occidentales y los orientales lo hacían de manera multitudinaria, en el primer caso por su ímpetu natural, y en el segundo por el fuerte sentimiento de obediencia que los orientales profesaban a sus reyes. Pero como en Grecia y en Italia no hay ni el furor natural ni la natural reverencia hacia sus reyes, ha sido necesario apoyarse en la disciplina, fuerza tan poderosa que ha llevado a que unos pocos venzan el furor y la tenacidad de otros muchos. Por ello, les digo que si se quiere imitar a los griegos y romanos, no hay que sobrepasar el número de cincuenta mil soldados, y sería preferible que fuesen menos, porque si hay demasiados provocan confusión y no permiten observar la disciplina ni la organización aprendidas. Pirro solía decir que con quince mil hombres quería conquistar el mundo.

Pero pasemos a otro asunto. Hemos hecho ganar una batalla a nuestro ejército y dado a conocer las incidencias que a lo largo de las mismas pueden ocurrir. Lo hemos hecho marchar y hemos relatado los obstáculos de que puede ser rodeado mientras marcha; y finalmente lo hemos alojado donde no solo tiene que descansar de las fatigas, sino

también pensar cómo ha de terminar la guerra. En un campamento hay que ocuparse de muchas cosas, principalmente que aún quedan enemigos en campaña y plazas poco fiables que hay que asegurar, al tiempo que se conquistan las enemigas. Por eso es necesario dar estas explicaciones y superar las dificultades con la gloria que hasta el momento hemos afianzado.

Pero concentrándonos en detalles, digo que si sucediera que muchos hombres y muchos pueblos hicieran algo que te resultara útil y de gran perjuicio para ellos (como derribar las murallas de su propia ciudad y enviar al exilio a muchos de sus ciudadanos) habría que engañarlos para que cada uno pensara que a él no le afectaba el asunto, y así, al no ayudarse mutuamente quedarían todos dominados sin remedio; o darles a todos el mismo día la orden de lo que deben hacer, para que, creyendo cada uno que solo a él se le ha mandado hacerlo, piensen en obedecer y no en resistir, con lo que sin tumulto alguno se cumpliría la orden dada. Si sospecharas de la lealtad de un pueblo, y quieres cerciorarte de ella y ocuparlo de improviso, lo mejor para disimular nuestro intento más fácilmente sería comunicarle algún plan, pedirle ayuda o hacerle creer que se está pensando en otra cosa y que no nos preocupamos en absoluto de dicha lealtad, con lo que, al no sospechar que vamos a atacarlo, no pensará en defenderse y nos dará facilidades para realizar nuestros planes.

Cuando presientes que en tu ejército hay alguien que ha advertido al enemigo de tus planes, lo mejor es valerse de su maldad comunicándole cosas que no se van a realizar y ocultando las que se van a ejecutar, transmitiéndole dudas sobre cosas de las que no dudas, y callar tus verdaderas dudas; con ello el enemigo, creyendo conocer nues-

tros planes, dará algún paso en falso, por lo que lo podremos engañar y dominar. Si planearas reducir tu ejército, como lo hizo Claudio Nerón, enviando ayuda a algún amigo, para que el enemigo no se aperciba de ello es indispensable no disminuir los alojamientos y mantener las mismas banderas y filas de tiendas y no alterar el número de centinelas y hogueras.

Asimismo, si a tu ejército se sumara gente nueva y quisieras que el enemigo no advierta este hecho, es preciso que no amplíes el campamento, porque es muy importante mantener en secreto las acciones y planes propios. De ahí que Metelo, estando con los ejércitos en España, a uno que le preguntó qué quería hacer al día siguiente, le contestó que si su camisa lo supiera la quemaría. Y Marco Craso le respondió a uno que le había preguntado cuándo se pondría en marcha el ejército: "¿Crees que eres el único que no escucha las trompetas?".

Para conocer los secretos del enemigo y saber sus planes, algunos acostumbraban enviar a sus embajadores, y con ellos, disfrazados como sirvientes, a expertos en la guerra, quienes, examinando el ejército enemigo y evaluando sus puntos débiles y fuertes, le dieron la ocasión para vencerlo. Otros fingieron desterrar a un confidente, del que luego se valieron para conocer los propósitos del enemigo. También se sonsacan secretos similares al enemigo cuando se toman prisioneros a ese efecto. Mario, en la guerra contra los cimbrios, para conocer el grado de fidelidad de los galos que habitaban en Lombardía y estaban vinculados con el pueblo romano, les envió cartas abiertas y lacradas; en las primeras indicaba que las otras debían ser abiertas hasta una determinada fecha; antes de que lle-

gara ese momento, volvió a pedírselas, y al encontrarlas abiertas advirtió que no eran totalmente leales.

Algunos generales, al ser atacados, no respondieron directo al enemigo, sino que han ido a tomar su territorio obligándolo a volver a su defensa. Esa estrategia muchas veces dio buenos resultados, porque los soldados comienzan a vencer, a llenarse de trofeos y de confianzas; mientras que los enemigos se asustan, pareciéndoles que de vencedores se convierten en vencidos. De manera que a quienes han intentado este desvío muchas veces les ha ido bien.

Pero solo puede hacerlo quien tenga un territorio más fortificado que el del enemigo, porque, si no es así, saldrá perdiendo.

A menudo le ha resultado útil a un general asediado en su campamento por el enemigo iniciar negociaciones de paz y establecer una tregua por tres días. Esperando que este se confiase y aprovechando este descuido para encontrar más fácilmente la oportunidad de escapársele de las manos. Siguiendo este procedimiento, Sila se liberó dos veces de sus enemigos, y de la misma estratagema se valió Asdrúbal en España para escapar de Claudio Nerón, que lo tenía sitiado.

Para liberarse de las fuerzas del enemigo resulta útil también hacer otras cosas además de las mencionadas para ganar tiempo. Son dos: atacarlo con parte de nuestra tropa para que, ocupado en el combate, permita al resto de nuestro ejército escapar; o provocar algún nuevo percance que por su novedad lo haga sorprenderse hasta el punto de desconocerlo y paralizarlo. Eso fue, como saben, lo que hizo Aníbal, quien, hallándose cercado por Fabio Máximo, por la noche colocó lucecitas encendidas entre los cuernos

de los bueyes, hasta el punto de que Fabio, vacilante ante la novedad, no pensó en impedirle el paso. Un general debe también procurar por todos los medios que se dividan las fuerzas del enemigo, haciéndolo sospechar de sus hombres de más confianza u obligándolo a repartir sus tropas, con esta estrategia lo debilitará. Lo primero se consigue conservando las cosas de algunos a quienes se ha capturado, por ejemplo, conservar en la guerra su gente y posesiones, y devolverles sus hijos y otras cosas necesarias sin imponerles contribución. Ustedes saben que Aníbal, al quemar todos los campos que circundaban Roma, solo dejó a salvo los de Fabio Máximo y que Coriolano, al entrar con su ejército en Roma, respetó las posesiones de los nobles y saqueó y quemó las de la plebe. Metelo, en guerra contra Yugurta, les pedía a todos los embajadores enviados por Yugurta que lo pusieran preso y les escribió después a los mismos cartas sobre el mismo asunto de manera que al poco tiempo Yugurta comenzó a sospechar de todos sus consejeros, y de una manera u otra los eliminó. Cuando Aníbal estaba refugiado en la corte de Antioco, los embajadores romanos lo frecuentaban tanto que Antioco empezó a sospechar de él y dejó de escuchar sus consejos.

Para dividir al ejército enemigo, no hay modo más seguro que hacer tomar su territorio para que, al verse obligado a defenderlo, abandone la guerra. Así lo hizo Fabio cuando se enfrentaba a las tropas galas, etruscas, umbrías y samnitas. Tito Dimio, contando con pocos soldados en relación con el enemigo, esperaba una legión de refuerzos de Roma, a la que el enemigo tenía previsto atacar; para evitarlo, Tito Dimio hizo correr en todo su ejército el rumor de que quería batallar con el enemigo al día siguiente, y a continuación permitió que algunos de los prisioneros esca-

paran. Estos refirieron la intención del cónsul de entablar las batallas al día siguiente, con lo que el enemigo, para no reducir sus fuerzas, no salió al encuentro de la legión, que se incorporó incólume al ejército. Aquí el sistema no valió para dividir las fuerzas enemigas, sino para reforzar las propias.

Algunos generales, para conseguir esta división, dejaron entrar al enemigo en su territorio, y le permitieron hacerse con numerosas plazas con objeto de que al ir apostando guarniciones de ellas, fuera reduciendo sus efectivos. Y luego, al tenerlo debilitado con ese procedimiento, lo atacaban y vencían. Otros, queriendo apoderarse de una legión, fingieron que atacaban otra, de manera que, al entrar de improviso en aquella donde no se les esperaba, la vencieron antes que el enemigo tuviera tiempo para ir en su ayuda. Porque tu enemigo, al no estar seguro de si estás por retroceder hacia el lugar que primero habías amenazado, se ve obligado a no abandonar uno y defender el otro; y es así como suelen no defender ni uno ni otro.

Por otra parte, un general debe saber calmar inteligentemente cualquier sedición o discordia que surja entre sus tropas. El mejor modo es castigar a los principales culpables, haciéndolo de manera que queden neutralizados antes de que puedan apercibirse de ello. Por ejemplo, si están lejos de ti, no llamar solo a los inocentes, sino junto con ellos a todos los demás, para que no sospechen que se les va a castigar y no huyan y se les pueda condenar. Una vez que están presentes, hay que buscar la alianza con los que no tienen la culpa, y castigarlos con su ayuda.

Cuando hubiera discordia entre ellos, lo mejor es ponerlos frente al peligro, porque el temor que entonces experimentan los suele unir. Pero lo que por encima de todas

las cosas mantiene unido a su ejército es la reputación de su general, que surge solamente de su virtud, porque no la dan ni la autoridad ni la sangre, sino la virtud. Lo primero que debe hacer un general es pagar y castigar a sus soldados, porque donde falta el pago corresponde que falte el castigo; dado que no puedes castigar a un soldado que roba si no le pagas, ni aquel puede abstenerse de robar si quiere vivir. Y, al contrario, si se le paga y no se le castiga, se vuelve insolente al perder respeto por sus jefes, que no podrán mantener la dignidad de su grado, de donde necesariamente se derivarán los tumultos y desórdenes que lleva a un ejército a su ruina.

Los generales antiguos tenían una molestia de la que los actuales están casi libres, consistente en la necesidad de interpretar a su favor los malos augurios; porque si caía una saeta en un ejército, si el general se caía al montar o bajar de su caballo, los soldados lo interpretaban como un mal presagio, y generaba en ellos tanto miedo que llegado el combate fácilmente lo perdían. Por eso los generales de la antigüedad, al instante de que ocurría uno de estos hechos, lo reducían a causas naturales o lo interpretaban a favor de su objetivo. César, al caerse en África, cuando salió de la nave dijo: "África, te tengo en mis manos". Y muchos tuvieron que explicar por qué se oscurecía la luna y se producían los terremotos. En la actualidad esos fenómenos naturales suelen ocurrir, pero los soldados son menos supersticiosos y nuestra religión despeja del ánimo tales temores. Sin embargo, si llegara a ocurrir, hay que imitar a los antiguos.

Si el hambre, o cualquier otra necesidad o pasión humana han llevado al enemigo a una situación desesperada e impulsado por ella se lanza contra nosotros, debemos

permanecer en nuestro campamento y en la medida de lo posible eludir el combate. Así lo hicieron los lacedemonios en la guerra contra los mesenios, y Julio César contra Afranio y Petreyo.

Estando Fulvio, el cónsul, en guerra contra los cimbrios, ordenó que durante muchos días consecutivos la caballería atacara a sus enemigos, y observó cómo salían de su campamento para seguirlos; en vista de ello, les tendió una emboscada tras dicho campamento, envió de nuevo a su caballería al asalto y, cuando los cimbrios salieron del mismo en su persecución, Fulvio lo ocupó y saqueó. A algunos generales le fue de gran utilidad, cuando su ejército estuvo cerca del ejército enemigo, enviar a sus mismos soldados, con la bandera enemiga a saquear y quemar su propio territorio, de allí que el enemigo creyera que se trataba de fuerzas que venían en su ayuda, y corrieron a auxiliarlos en el saqueo, desorganizándose y dando al adversario la oportunidad de vencerlos. Es un ardid que usaron Alejandro de Epiro en su guerra contra los ilirios y el siracusano Leptenses contra los cartagineses, a uno y otro el plan les salió bien.

Muchos derrotaron al enemigo ofreciéndole la posibilidad de comer y beber en demasía; simularon tener miedo y abandonaron el campamento lleno de vino y de ganado; cuando el enemigo se había atiborrado de ambas cosas, lo atacaron derrotándolo. Eso hizo Tamiris contra Ciro y Tiberio Graco contra los españoles. Hay quien ha envenenado el vino y los víveres para obtener una más fácil victoria.

Hace poco les dije que no encontré que los antiguos colocaran por la noche centinelas fuera y juzgué que obraban así para evitar los peligros que de ello podrían surgir; pues ha ocurrido que las atalayas puestas de día para acechar al

enemigo han causado la ruina de quienes las pusieron, porque tras ser capturados se les obligó a hacer la señal de la llamada a los suyos y al acudir estos se les dio muerte o se les capturó. Para engañar al enemigo es útil variar de vez en cuando alguna costumbre, porque al guiarse por él cae en la trampa. Así lo hizo un general que solía señalar a los suyos la llegada del enemigo mediante el fuego de noche y mediante el humo de día. Una vez mandó que se hiciera fuego y humo sin interrupción y cuando se aproximase al enemigo se apagase todo; este creyó llegar sin ser visto, porque no vio las señales que significaban haber sido descubierto, y como marchaba desorganizado hizo más fácil la victoria del adversario. Menón de Rodas, que quería hacer salir al enemigo de una posición fortificada, le envió como desertor a uno de sus hombres, quien indicó que su ejército se había amotinado. Y para probarlo hizo generar algunos tumultos en el campamento, por lo cual el enemigo, creyendo que podía vencerlo, lo atacó y fue vencido.

Por otra parte, hay que procurar no empujar al enemigo a una situación desesperada. Es un cuidado que tuvo César combatiendo con los germanos, cuando les dejó vía libre al comprobar que mientras estaban acorralados la necesidad los hacía valientes y prefirió el esfuerzo de seguirlos cuando escapaban, al peligro que suponía vencerlos mientras se defendían. Lúculo, al ver que algunos caballeros macedonios que llevaba consigo intentaban pasarse a las filas enemigas, mandó de inmediato dar el toque de ataque y ordenó a sus soldados que los siguieran. Los enemigos, creyendo que Lúculo quería entablar batalla, fueron al encuentro de los macedonios con tal ímpetu que los obligaron a defenderse, con lo que contra su deseo pasaron de desertores a combatientes.

También es importante, antes o después de una victoria, asegurarse de la lealtad de una plaza si se duda de ella, cosa que puede aprenderse de algunos ejemplos de la antigüedad. Desconfiando Pompeyo de la lealtad de los habitantes de Catania, les pidió que acogiesen algunos enfermos que tenía en su ejército; bajo la apariencia de enfermos les envió hombres fuertes, y ocupó el territorio. Publio Valerio, que sospechaba de la lealtad de los habitantes de Epidauro, convocó a lo que hoy llamaríamos indulgencias en un templo fuera de la ciudad, y cuando todo el pueblo hubo acudido al perdón cerró las puertas de la ciudad y no permitió la entrada en ella más que a quienes le inspiraban confianza. Alejandro Magno, queriendo ir a Asia y asegurarse Tracia, se llevó consigo a todos los príncipes de esa provincia, les dio provisiones, y puso al frente de la plebe a hombres cobardes; así conformó a los príncipes, pagándoles, y mantuvo tranquila a la plebe, sin jefes que la inquietaran.

Sin embargo, con nada se ganan mejor los generales a los pueblos que con ejemplos de honestidad y equidad, como el que dio Escipión en España al devolver una bellísima joven a su padre y marido, acción que para conquistar a España le fue más útil que las armas. César, al pagar la madera que había destinado para construir la cerca de un campamento en las Galias, ganó popularidad de honesto que le facilitó no poco la conquista del territorio.

Creo que ya no tengo más que comentar de estas cuestiones, ni existe ya nada acerca de la materia que no hayamos tratado. Únicamente nos queda por comentar la manera de invadir y proteger una plaza, y me dispongo a hacerlo con agrado si a ustedes no les fatiga escucharme.

Bautista: Es usted tan amable que cumple nuestros deseos evitándonos el temor de ser considerados indiscretos, pues caballerosamente nos ofrece lo que nos avergonzaría pedirle. Así que nos limitaremos a decirle que nada nos satisfará más que reanudar esta conversación. No obstante, antes de pasar a otro tema, aclárenos la duda de si es mejor proseguir la guerra durante el invierno, como se hace en la actualidad, o limitarla al verano, quedándose durante aquella época en los acuartelamientos, como se hacía en la antigüedad.

Fabrizio: Si no hicieras esa oportuna pregunta habríamos omitido un aspecto muy importante. Te repito que en la antigüedad se hacía todo mejor y más sabiamente que hoy, porque, si en los demás aspectos se comete algún error, en los asuntos de la guerra nos equivocamos por completo. Un general no puede hacer cosa más sensata y peligrosa que combatir en invierno; y más peligro conlleva para el que ataca que para el que se defiende. El motivo es este: todo el esfuerzo que se emplea en la disciplina militar tiene como objetivo conseguir la organización adecuada para presentar batalla al enemigo; esa es la meta final de un general, porque con la batalla se gana o se pierde la guerra. El que sabe organizarse y mantiene el ejército más disciplinado lleva la ventaja en ella y puede alimentar la esperanza de ganarla. Pues bien, nada dificulta más una buena organización que el terreno escabroso y el clima frío y lluvioso; aquel no permite desplegar las tropas apropiadamente, y este evita mantener el ejército junto para presentarlo en bloque al enemigo, porque forzosamente ha de alojarse fraccionado y sin orden, debiendo subordinarse a los castillos, pueblos y villas que le den acogida, con lo que todo el trabajo gastado en entrenar la tropa resulta inútil.

No les cause admiración si en la actualidad se combate en invierno, porque como ahora los ejércitos son indisciplinados, desconocen el inconveniente que supone emplazarse fraccionados y no les preocupa prescindir de la organización y el cumplimiento de unas normas que no tienen. Sin embargo, deberían tener presentes las pérdidas que ha causado la guerra en invierno y recordar cómo fue este, y no los españoles, lo que en 1503 derrotó a los franceses en Garellano. Y es que, como les he comentado, el atacante se halla aún en peor posición, porque el mal tiempo lo perjudica más al tener que combatir en territorio ajeno, viéndose obligado, si quiere tener las tropas juntas, a tolerar las inclemencias del agua y del frío, o a dividir a aquellas si se trata de evitar estas. El que está a la defensiva, por el contrario, puede elegir la posición a su gusto, y aguardar al enemigo con las tropas descansadas, a las que puede reunir para salir al encuentro del adversario, que no podrá resistir a su ataque. De esta manera fueron sometidos los franceses, y así lo serán cuantos se lancen en invierno contra un enemigo preparado. Así, pues, quien quiera que sus fuerzas, su organización, su disciplina y su capacidad queden en nada, que acometa una campaña castrense en invierno. Los romanos, quienes procuraban que aquello a lo que habían dedicado tantos esfuerzos les resultara provechoso, evitaban el invierno, las montañas escabrosas, los terrenos sinuosos y cualquier otro obstáculo que no les permitiera desarrollar su preparación y su capacidad. Queda con esto, pues, dilucidada tu pregunta. Pasemos ahora al tema de la defensa y ocupación de las plazas fuertes, las posiciones y de sus métodos de construcción.

Libro séptimo

Sin duda ustedes saben que las ciudades y las poblaciones pueden ser fuertes por naturaleza o como resultado del trabajo. Por naturaleza son fuertes las rodeadas por ríos o pantanos, como Mantua y Ferrara, o las situadas en un peñasco o una montaña abrupta, como Mónaco o San León. Las situadas en los montes que no sean muy difíciles de subir son muy débiles ante las artillerías y las minas. Por eso la mayoría de las veces se prefiere construirlas en una llanura, para fortificarlas mediante el trabajo.

El primer trabajo consiste en construir los muros retorcidos, llenos de entrantes y salientes, lo que impide que el enemigo pueda acercarse a ellas, porque puede ser herido no solo de frente, sino también de costado. Si los muros se construyen demasiado altos, están muy expuestos a los ataques de la artillería; si se erigen bajos, se escalan fácilmente. Si se cavan fosos frente a ellos para dificultar que el enemigo trepe por los muros, basta con que el enemigo los ciegue (lo que resulta fácil a un enemigo numeroso) para que el muro quede a su merced. Para resolver uno y otro inconveniente hay que levantar los muros altos y cavar los fosos por dentro en lugar de por el exterior. Este es el mejor modo de fortificar, porque defiende de la

artillería y de las escaleras, y no le permite al enemigo rellenar los fosos. Así pues, el muro debe ser lo más ancho posible, de una anchura no inferior a tres brazas para que sea más fácil derribarlo. Entre una torre y otra debe haber una distancia de doscientas brazas; el foso interior tendrá al menos treinta brazas de ancho y una profundidad de doce. Toda la tierra de la excavación del foso hay que arrojarla hacia la ciudad, y construir con ella un muro de arranque que parta del fondo del foso y alcance a partir de la tierra una altura tal que permita que un hombre se oculte detrás, lo cual hará mayor la profundidad del foso. En el fondo de este, cada doscientas brazas tendrá que haber un reducto desde donde se ataque con la artillería a quien descienda de él. La artillería pesada con la que se defiende la ciudad se colocará tras el muro que cierra el foso, porque, como es alto, para defenderlo por delante únicamente se pueden usar con comodidad los cañones pequeños o medianos.

Si el enemigo intenta escalar el muro, basta como defensa la altura de este. Si dispone de artillería y lo bombardea, como el efecto de las baterías es que caigan los escombros hacia la parte batida, el derrumbamiento de la muralla, al no producirse sobre un foso exterior que la reciba y oculte, originará un aumento de la profundidad del foso interior. Así que el enemigo no puede avanzar, porque el muro derrumbado se lo impide, un foso que cierra el paso y una artillería enemiga que desde el muro del foso bate con toda seguridad a los asaltantes. La única posibilidad estribaría en cegar el foso, lo cual es muy difícil, tanto por su enorme capacidad como por la dificultad que supone acercarse al mismo, dado que los muros son sinuosos y cóncavos; por las razones mencionadas resultará prácticamente imposible penetrar a través de este, y después hay que subir por los escombros del muro que representan una enorme difi-

cultad. Me parece, pues, que una plaza fortificada de este modo es totalmente inexpugnable.

Bautista: Si además del foso interior se cavara uno exterior, ¿no estaría mejor fortificada la ciudad?

Fabrizio: Claro que sí, sin embargo, lo que quiero decir es que, si se abre un solo foso, conviene cavarlo dentro y no por fuera.

Bautista: ¿Lo llenaría de agua o preferiría seco?

Fabrizio: Las opiniones al respecto son variadas. Los fosos llenos de agua protegen de las minas subterráneas y los fosos secos son más difíciles de cegar. Considerando el conjunto, yo los preferiría sin agua, porque resultan más seguros; ha ocurrido en invierno que los fosos se hielan y facilitan la toma por asalto de la ciudad, como ocurrió en Mirandola, cuando la asedió el papa Julio II. Para protegerme de las minas, los haría tan profundos que quien quisiera ir más abajo encontraría agua. También construiría así los fosos y los muros de los castillos, para que presentaran la misma dificultad ante un intento de asalto. He de recordar dos cosas muy importantes a los defensores de la plaza: primera, no hacer bastiones fuera y distantes de los muros; y segunda, quien edifique un castillo no debe construir reductos en los cuales los defensores puedan refugiarse al perder la muralla. Mi primer consejo lo doy porque nadie debe hacer algo que de forma invitable lo lleve a perder la reputación inicial, ya que si ello ocurre se confiará menos en las otras disposiciones y se atemorizará a los defensores. Y siempre sucederá esto si fuera del territorio se construyen bastiones, los cuales se deben defender, ya que caerán en manos del enemigo, pues hoy no tienen defensa posible las posiciones pequeñas sometidas al furor de la artillería; y

perderlas será el principio y razón de la ruina. Génova, cuando se rebeló contra el rey Luis de Francia, edificó algunos bastiones en las colinas que la rodean, y en cuanto fueron tomados (cosa que ocurrió pronto), cayó también la ciudad.

En cuanto al segundo consejo, he de decir que nada es más peligroso para un castillo que disponer de reductos donde retirarse, porque la confianza que tienen los defensores con respecto a la posibilidad de contar con otra posición al perder la que ocupan lleva a que efectivamente la pierdan y que luego caiga todo el castillo. Un ejemplo reciente es la pérdida de la fortaleza de Forli, cuando la condesa Catalina la defendía contra César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, quien había conducido hasta aquí al ejército del rey de Francia. Toda la fortaleza estaba repleta de reductos para retirarse de uno al otro; primero estaba la ciudadela, separada del castillo por un foso que se atravesaba por un puente levadizo; la fortaleza estaba partida en tres partes, y cada parte dividida de la otra con fosos de agua, y se pasaba de un lugar a otro por puentes. El duque batió uno de los sectores y abrió brecha en el muro; Juan de Casale, asignado a la custodia, no pensó en defender esa abertura, sino que la abandonó para retirarse más adentro; de modo que al entrar la gente del duque sin obstáculos en esa parte, la tomaron toda enseguida, porque se hacían dueños de los puentes que unían una parte con la otra. Así que el castillo, al que se consideraba inexpugnable, se perdió por dos fallas: por tener muchos reductos, y porque ninguno de estos dominaba sus puentes. De manera que la mala edificación de la fortaleza y la escasa prudencia de quienes la defendían no hicieron honor al valeroso comportamiento de la condesa, que había tenido la valentía de

esperar a un ejército al que no habían osado enfrentar el rey de Nápoles ni el duque de Milán. Y aunque sus esfuerzos no llegaron a buen fin, al menos se cubrió de la gloria a que su valor la había hecho acreedora, como lo atestiguan muchos epigramas hechos en su alabanza en esa época.

Por consiguiente, si yo tuviera que edificar fortalezas haría las murallas fuertes y los fosos como he dicho; dentro no construiría otra cosa que viviendas para habitar, y aun estas endebles y bajas a fin de que no dificultasen la visión de toda la plaza, para que el general pudiera ver a donde fuera necesario mandar refuerzos y para que todos supieran que, si se perdían las murallas y el foso, quedaba perdido también el castillo. Y aún en el caso de que se construyese algún reducto, dividiría los puentes de modo que cada parte dominara los puentes de su lado ordenando que se levantaran pilares en el centro del foso.

Bautista: Usted dijo que en la actualidad las cosas pequeñas no se pueden defender, y yo tenía entendido lo contrario, que cuanto menores eran, mejor se defendían.

Fabrizio: Pues entonces no comprendiste bien. En la actualidad no se puede considerar fortificado un sitio donde quien lo defiende no cuenta con espacio para replegarse con nuevos fosos y nuevos reparos, porque es tal el furor de la artillería que quien se fía únicamente de la custodia de un muro y de un atrincheramiento comete un grave error. Y como los bastiones, para que no superen la medida corriente, pues entonces serían ciudades y castillos, no tienen espacio para replegarse, se pierden enseguida. De modo que lo sensato es prescindir de estos bastiones fuera, fortificando la entrada de las plazas fuertes con algunas construcciones, de manera que no se entre o se salga por ellas en línea recta, y que entre estos bastiones internos y la

puerta haya un foso con un puente. Las puertas también se fortifican con rastrillos, para permitir la entrada de las tropas propias que salieron a combatir, evitando que, si el enemigo las viene persiguiendo, en la confusión entre también con ellas. Para eso se utilizan también los rastrillos, que los antiguos llamaban "cataratas", los cuales, al bajarse dejan fuera al enemigo y salvan a los amigos, porque en esos casos no puedes valerte ni de los puentes ni de la puerta, que están ocupados por la muchedumbre.

Bautista: He sido testigo de que en Alemania esos rastrillos se hacen con barrotes, en forma de reja, mientras que los de aquí son de tablones y por completo macizos. Me gustaría saber, ¿a qué obedece esa diferencia y cuáles son más efectivos?

Fabrizio: Vuelvo a decirles que los sistemas y estrategias de guerra de la antigüedad ya no se recuerdan en ningún sitio, y que en Italia se han perdido por completo; además, si hay algo sólido, viene del extranjero.

Ustedes pueden haber sabido, y otros pueden recordar, cuán frágiles eran las fortificaciones antes que el rey Carlos de Francia viniese a Italia en 1494. Las almenas tenían solo media braza de grosor, las ballesteras y las troneras se construían con poca apertura por fuera y mucha por dentro, y con muchos defectos que no voy a detallar por evitar aburrirlos. Unas almenas tan estrechas se derriban fácilmente, y unas troneras construidas de ese modo se abren sin dificultad. Ahora se ha aprendido de los franceses a hacer las almenas anchas y gruesas, y a construir troneras de manera que, aun siendo anchas por dentro vayan estrechándose hasta el centro de la muralla y después se ensanchen de nuevo hasta la superficie exterior; esto hace

que la artillería tenga muchas dificultades para eliminar las defensas.

Los franceses cuentan con muchos otros sistemas como estos que los nuestros no conocen, y, por tanto, no han tomado en consideración. Uno de ellos son los rastrillos en forma de reja, mucho mejores que los nuestros, porque si para defender una puerta tenemos una cortina maciza como las de aquí, al bajarla quedan encerrados y no pueden atacar al enemigo a través de ella, si, por el contrario, tiene forma de reja, aun estando bajada podemos a través de sus aberturas defenderla con lanzas, ballestas o cualquier arma.

Bautista: En Italia he visto otro uso consistente en construir las ruedas de los carros de artillería con los radios inclinados hacia los ejes. Quisiera saber por qué lo hacen de esta manera, pues me parecen más fuertes rectos, como los de las ruedas.

Fabrizio: Nunca crean que las cosas que se apartan de los criterios corrientes están hechas al azar. Y si imaginan que las hacen así por motivos de belleza se equivocan, porque donde hace falta la solidez no se tiene en cuenta la belleza, todo se debe a que son mucho más seguras y sólidas que las de ustedes. El motivo es este: el carro cuando va cargado puede avanzar nivelado o inclinarse sobre el lado derecho o el izquierdo. Cuando está en equilibrio, las ruedas sostienen un peso equivalente, y al estar distribuido de manera pareja entre ambas no las oprime mucho; pues si se inclina, todo el peso del carro recae sobre una de las ruedas, la del lado en cuestión. Si los radios de esa rueda son rectos, pueden quebrarse fácilmente, porque al ladearse la rueda, también los radios se ladean y no sostienen ergui-

dos el peso. Resulta, pues, que cuando el carro avanza nivelado y soporta el mismo peso, los radios son más fuertes; y cuando el carro se ladea y deben aguantar más carga, resultan más débiles. Pues bien, con los radios torcidos de los carros franceses ocurre exactamente lo opuesto, porque cuando el carro, ladeándose, pesa sobre ellos, que están mutuamente torcidos, se ponen rectos y sostienen sólidamente todo el peso; mientras que cuando el carro va equilibrado y están torcidos los sostiene a medias.

Pero volvamos a nuestras plazas fuertes y castillos. Los franceses usan también, para mayor seguridad de las puertas de sus fortalezas y para hacer entrar y salir de ellas más fácilmente soldados en los asedios, otro procedimiento del que en Italia aún no he visto ningún ejemplo: elevan en el extremo exterior del puente levadizo dos pilares, y sobre cada uno de ellos suspenden una viga, de manera que una mitad de la misma queda sobre el puente y la otra mitad hacia afuera. Todo el sector que da hacia afuera lo unen mediante viguetas en forma de enrejado, y de la parte interior cuelgan en la punta de cada viga una cadena. Cuando quieren cerrar el puente desde fuera, sueltan las cadenas y dejan caer toda la parte enrejada, que al bajarse cierra el puente; y cuando quieren abrirlo tiran de las cadenas y aquella se levanta. Su altura puede variar de manera que por debajo pase un hombre y no un caballo, o un caballo y un hombre, o lo cierran por completo, porque se sube y se baja como un tablero de almenas. Este procedimiento es más seguro que en rastrillo, porque al no caer como este en línea recta, al enemigo le resultará muy difícil impedir su caída mediante puntales.

Así que quienes construyan una plaza fuerte han de tener en cuenta todas estas cosas. Además será necesario

que, al menos en una milla a la redonda alrededor de las murallas, no se permitiera cultivar los campos ni construir, con el propósito de que en esa zona no hubiera vegetación, desniveles, árboles ni casas que impidieran la vista ni ocultaran a un enemigo acampado. Adviertan que una fortaleza que tenga los fosos del lado de afuera con terraplenes más altos que el terreno es muy débil porque protege al asaltante, pudiéndose romper fácilmente para hacer actuar la artillería.

Pero entremos a las fortalezas. No perderé mucho tiempo en insistir en que, además de lo ya comentado, hay que disponer de víveres y municiones para vivir y combatir, porque son cosas que todos saben, y sin ellas cualquier otra precaución es inútil. Normalmente hay que hacer dos cosas: abastecerse uno mismo e impedir que el enemigo pueda aprovecharse de lo nuestro. Por eso hay que destruir la paja, el grano y los cereales que no se usen.

Los defensores de una plaza deben también evitar que se hagan las cosas de una manera tumultuosa y desordenada, y buscarán que en todo percance cada cual sepa lo que corresponde hacer. Se procederá de esta manera: las mujeres, ancianos, niños y enfermos permanecerán en sus casas y se dejará el terreno libre a los jóvenes fuertes. Estos, armados, se distribuirán para la defensa, parte en los muros, parte en las puertas, parte en los sectores principales de la ciudad, para dar solución a los inconvenientes que pudieran surgir dentro. Una parte de los defensores no estará asignada a posiciones fijas, con el propósito de que se encuentre disponible para auxiliar a cualquiera que pudiera necesitarla. Así organizadas las cosas, difícilmente surgirán tumultos que trastornen.

También quiero que tengan en cuenta esto en el ataque y la defensa de una ciudad. Nada hace concebir al sitiador tantas esperanzas de ocupar una plaza como el saber que esta no está acostumbrada a ver al enemigo, porque muchas veces las ciudades se pierden solamente por miedo. Por lo cual cuando asaltas una ciudad debes hacer todo tipo de exhibiciones intimidatorias. Desde el otro bando, el sitiado debe poner frente al enemigo a hombres fuertes que no se dejen atemorizar y cedan solo ante las armas; si el primer asalto resulta infructuoso se elevará la moral de los sitiados, y el enemigo se verá obligado a derrotarlos con su efectividad bélica y no con alardes intimidatorios. Eran muchos los instrumentos con los cuales los antiguos defendían las fortalezas: ballestas, onagros, escorpiones, arcobalistas, lanzaderas, hondas. Y también eran muchas las armas para atacar: arietes, torres, galerías móviles, manteles, hoces, carretas cubiertas. Hoy todas ellas han sido sustituidas por la artillería, empleada tanto por atacantes como por defensores, y sobre la que no me extenderé aquí.

Volvamos a nuestra exposición para tratar de los sistemas especiales de defensa. Hay que tener cuidado de no ser presa del hambre ni ser ocupado por la fuerza de las armas. Respecto a la primera ya hemos dicho que hay que proveerse de víveres antes del sitio. Cuando empiezan a escasear debido a lo prolongado del mismo, a veces se ha recurrido a algún modo extraordinario de ser abastecido por amigos que quieran salvarte, particularmente si por el centro de la ciudad asediada corre un río. Es lo que hicieron los romanos cuando su castillo de Casalino fue asediado por Aníbal; y como no pudieron mandar otra cosa por el río, arrojaron en él gran cantidad de nueces, que, arrastradas por las aguas sin que nadie pudiera impedirlo, ali-

mentaron durante mucho tiempo a sus habitantes. Para demostrar al enemigo que les sobran víveres y hacerles perder la esperanza de rendirlos por hambre, algunos sitiados arrojaron pan fuera de los muros, o dieron de comer grano a un novillo y después lo dejaron atrapar, para que habiéndolo encontrado lleno de grano, una vez muerto, aparentara la abundancia que les faltaba. En los asedios algunos generales ilustres emplearon diversas estratagemas para rendir por hambre al enemigo. Fabio dejó sembrar a los habitantes de Campania para que no les faltara el grano que sembraban. Dionisio, acampado junto a Reggio, fingió querer llegar a un acuerdo con sus habitantes, y durante las negociaciones hacía que lo proveyeran de víveres; cuando con este método los hubo dejado sin cereales, los redujo y los hambreó. Para conquistar Leucadia, Alejandro Magno tomó todos los castillos de la comarca, y dejó que los hombres se refugiaran en Leucadia, y, al aumentar notablemente su población, la tomó por hambre.

Respecto a los ataques, ya se ha dicho que hay que cuidarse de la primera embestida, con la que los romanos ocuparon muchas plazas atacándolas al mismo tiempo desde todos los frentes en maniobra de cerco, que ellos denominaban *aggredi urbem corona*, como hizo Escipión cuando ocupó Nueva Cartago en España. Si se resiste la primera embestida, ya es más difícil ser derrotado. Y si aún ocurriera que el enemigo entrara en la ciudad por haber tomado todos los muros por asalto, no todo está perdido para los sitiados si no se acobardaran, porque muchos ejércitos han sido rechazados o aniquilados después de haber penetrado en una plaza. La solución es que los habitantes se mantengan en los lugares altos y combatan desde las casas y torres. Los asaltantes, por su parte, pueden tratar de evitarlo

por dos procedimientos: uno abriendo las puertas de la ciudad y dando a los habitantes la posibilidad de huir seguros; otro haciendo saber que solo se atacará a los que lleven armas y que quien arroje su arma al suelo está perdonado. Esto facilitó la victoria en muchas ciudades.

Facilita también la conquista de una ciudad el caer sobre ella inesperadamente; esto se logra manteniendo el ejército a distancia, de modo que en la ciudad no se crea que los quieres asaltar o que, en caso de intentarlo, por la distancia a que se está, llegará a tiempo la noticia de ello. De ahí que si secreta y rápidamente los atacas, casi siempre la victoria será tuya.

No me gusta hablar de los hechos de nuestros tiempos porque me responsabilizaría de mí y de los míos, de otros no sabría qué decir. Pero a este respecto no puedo pasar por alto el ejemplo de César Borgia, llamado Duque Valentino, quien hallándose con sus tropas en Nocera y fingiendo querer atacar a Camerino, se dirigió a Urbino y ocupó en un día y sin esfuerzo alguno un territorio que otro no hubiese conquistado sino con mucho tiempo y derroche.

Quienes son asediados tienen que cuidarse de los engaños y astucias del enemigo. Nunca deben fiarse de algo que le vean hacer continuamente, sino siempre sospechar que tras de eso hay un engaño y que la situación puede cambiar en perjuicio suyo. Domicio Calvino, al asediar una fortaleza, tomó la costumbre de rodear todos los días sus muros con una buena parte de su ejército. Los habitantes creyeron que era un ejercicio, y se confiaron las guardias; advertido de ello Domicio, los asaltó y conquistó.

Algunos generales, presintiendo que los asediados recibirían ayuda, disfrazaron a sus soldados con los uniformes de los esperados, y los hicieron entrar en la fortaleza y

ocuparla. El ateniense Cimón prendió fuego una noche a un templo situado fuera de una plaza, y los habitantes, al acudir a defenderlo, dejaron la fortaleza en manos del enemigo. Otros, matando a los que desde la fortaleza salen a hacer provisiones y vistiendo a sus soldados con los uniformes de aquellos, lograron que les abrieran las puertas.

Los generales de la antigüedad usaron también otros procedimientos para eliminar a los guardias de las fortalezas que querían asaltar. Escipión, quien estaba en África y deseaba apoderarse de algunos castillos custodiados por guarniciones cartaginesas, fingió varias veces querer atacarlos, pero por miedo no solo se abstenía de hacerlo, sino que incluso se alejaba de ellos. Como Aníbal creyó que era verdad, para perseguirlo con más fuerza y poder dominarlo más fácilmente, tomó consigo todas las guarniciones, por lo que Escipión, en cuanto lo supo, mandó a su capitán Masinisa a conquistarlos. Cuando Pirro atacaba la capital de Esclavonia, que contaba con una nutrida guarnición, fingió que no se sentía capaz de tomarla, y, dirigiéndose hacia otras poblaciones, consiguió que para socorrerlas acudiese la guarnición de la capital, de la que pudo apoderarse fácilmente.

Muchos generales han contaminado las aguas y han desviado los ríos para tomar las fortalezas, aunque no siempre lograron sus propósitos. Es fácil obligar a los asediados a que se rindan si se los asusta corriendo rumores de nuestros triunfos en batalla, o haciéndoles creer que nuevos auxilios llegarán contra ellos. Los generales de la antigüedad buscaron también el modo de apoderarse de las plazas por traición, corrompiendo a alguno de adentro, para lo cual siguieron diversos métodos. Algunos mandaron como desertor a uno de ellos, quien, logrando ganar la

confianza del enemigo, la empleó a favor de los sitiadores. Otros impidieron mediante carros y vigas que la puerta pudiera cerrarse, haciendo entrar así fácilmente al enemigo. Aníbal convenció a uno que le entregara un castillo a los romanos, para lo cual le indicó que fingiera ir de caza por la noche, explicando que no iba de día por miedo a los enemigos, y al volver con la presa hiciera entrar a algunos de sus hombres con él, matara a la guardia y le entregara la puerta.

También se puede engañar a los sitiados haciéndoles creer que se huye cuando ellos atacan, para sacarlos de la plaza y alejarlos de ella, simulando huir cuando te atacan. Algunos otros, y Aníbal entre ellos, se han dejado quitar el campamento para tener ocasión de cortarles la retirada y tomar la fortaleza. Otro engaño consiste en fingir que se abandona el territorio, como hizo Formión, el ateniense, quien habiendo saqueado la comarca de Chalcis recibió a sus embajadores, a los que dio todo tipo de seguridades y buenas promesas; de esa manera se aprovechó de su credulidad y se apoderó de la comarca.

Los asediados deben guardarse de los sospechosos que vivan entre ellos, aunque a veces se les gana mejor con favores que con castigos. Marcelo, sabiendo que Lucio Branzio de Nola se inclinaba por ayudar a Aníbal, derrochó tanta bondad y prodigalidad con él que de enemigo lo convirtió en muy amigo. Los sitiados deben poner más diligencia en las guardias cuando el enemigo está lejos que cuando lo tienen cerca, y tienen que cuidar mejor los lugares que creen que pueden ser menos atacados; porque se han perdido muchas plazas al asaltarlas el enemigo por el sector donde menos se esperaba. Este engaño tiene dos razones: porque el lugar es fortificado y se le cree inaccesible,

o porque el enemigo use el ardid de realizar por un sector un ruidoso asalto y atacar realmente por otra parte en silencio. Por eso los asediados tienen que estar muy alertas, sobre todo por la noche, e instalar buenas guardias en los muros; válganse a este efecto no solo de hombres, sino también de perros feroces y ágiles que con su olfato descubran al enemigo y con sus ladridos lo anuncien. Además de los perros, se ha probado que los gansos salvaron una ciudad, como les ocurrió a los romanos cuando los galos asaltaban el Capitolio. Alcibíades, para ver si los guardias vigilaban, cuando los espartanos asediaban Atenas, ordenó bajo pena severa que cuando de noche él alzase un farol todos los centinelas lo levantasen también.

Ifícrates, el ateniense, mató a un guardia que dormía, diciendo haberlo dejado como lo había encontrado. Los asediados se han valido de distintos procedimientos para enviar mensajes boca a boca, escriben cartas cifradas y las ocultan. El código cifrado depende de quien lo haya establecido, y el modo de ocultarlas es variado. Se ha escrito en el forro de la vaina de una espada, hay quienes han puesto la carta dentro de un pan crudo, después lo cuecen y se lo dan como comida al mensajero. Se han escondido en los sitios más recónditos del cuerpo humano, se han introducido en el collar del perro portador... Algunos escribieron cosas convencionales en la carta, y después, entre línea y línea escribieron con agua; cuando el papel se humedece y calienta aparecen las letras. Este último método se usó con enorme astucia en nuestro tiempo; queriendo algunos comunicar a sus amigos asediados algún secreto que solo ellos debían conocer, y no fiándose de nadie enviaron unas células de excomunión escritas normalmente e interlineadas como he dicho, con la orden de que se fijase en las

puertas de los templos; identificadas por los destinatarios mediante oportunas contraseñas estos las arrancaban y leían. Es un método muy prudente, porque quien las lleva no sabe lo que lleva, y no corre ningún peligro. Al respecto hay muchísimos otros sistemas que cada uno puede inventar y practicar. Pero es más fácil escribir a los asediados desde afuera que los asediados escriban a sus amigos de afuera, porque solo pueden enviar sus cartas por alguien que salga de la plaza como desertor, cosa poco segura y peligrosa si el enemigo es mínimamente cauto. En cambio, en el caso de los mensajes enviados hacia adentro, el enviado puede circular bajo diversas apariencias en el campo que asedia, y de allí, aprovechando la ocasión oportuna, saltar a la fortaleza. Pero pasemos a los procedimientos actuales de invasión. Si sucediera que eres combatido en tu ciudad, y esta no tiene fosos en la parte interior, como explicamos hace poco, para que el enemigo no penetre por las brechas que en la muralla abra la artillería (porque no hay manera de que no las abra), mientras la artillería ataca tienes que cavar un foso de por lo menos treinta brazas de ancho en el lado de adentro del muro atacado, amontonando toda la tierra extraída hacia la parte de la ciudad, y formando con él un terraplén más profundo que el foso. Conviene acelerar esta tarea de modo que cuando el muro caiga se hayan cavado por lo menos cinco o seis brazas de foso. Mientras se lo cava, es necesario cerrarlo de un lado y otro con pequeños bastiones. Si la muralla es tan resistente que aguanta mientras se construye el foso y los bastiones, ese sector batido resultará más fuerte que el resto de la plaza, porque esa trinchera viene a tener la forma que le dimos a los fosos internos. Pero si la muralla es débil y resiste poco tiempo, entonces hay que mostrar el coraje y oponer-

se con los hombres armados y con todas tus fuerzas. Esa fue la defensa que plantearon los habitantes de Pisa cuando los florentinos la asediaron; y pudieron hacerlo porque tenían muchos muros sólidos que resistían mucho tiempo, y un terreno sólido y muy apto para construir terraplenes y defensas. Si hubieran faltado estas ventajas, habrían perdido. Así pues, será siempre prudente precaverse construyendo fosos dentro de la ciudad y en todo su perímetro, como establecimos hace poco, porque en estos casos, con las trincheras ya hechas, se espera ocioso y seguro el enemigo. Muchas veces los antiguos se apoderaron de una plaza construyendo túneles subterráneos. Había al respecto dos modalidades: o abrían en secreto un camino subterráneo que desembocara en la fortaleza a la que ingresaban por él (así tomaron los romanos la ciudad etruria de Veyo), o mediante perforaciones desencajaban la muralla y la hacía desmoronarse. Este último método es hoy más seguro, y hace que las plazas situadas en una altura resulten más débiles, porque se puede minar con más facilidad, e introduciendo en las perforaciones pólvora no solo se puede derrumbar la muralla, sino que se abren los montes y las fortalezas se fragmentan en varias partes. El remedio consiste en construir un terreno llano y excavar el foso perimetral tan profundo que el enemigo no pueda seguir cavando más abajo sin encontrar agua, la única enemiga de las minas. Pero si la ciudad defendida se alza sobre una elevación de terreno, no tienes otro remedio que cavar dentro de tus muros pozos muy profundos, que son como desagües para las minas que el enemigo haga en tu contra. Otro remedio consiste en construir una contramina si se descubre dónde está excavando el enemigo, solución efectiva, pero difícilmente realizable si el adversario es prudente.

Quien es asediado debe cuidar principalmente de no dejarse sorprender durante el descanso, como por ejemplo, después de una batalla, después de las guardias, es decir, al amanecer y al atardecer, y sobre todo a la hora de comer; aprovechando esos momentos se han conquistado muchas plazas y muchos ejércitos sitiadores han sido aniquilados por los sitiados. Hay que procurar estar siempre bien custodiado y en buena parte armado. No quiero dejar de decir que lo que hace muy difícil defender una ciudad o un campamento es tener desplegadas las fuerzas, porque, como el enemigo puede elegir el punto por dónde atacar en masa, hay que tenerlo todo custodiado, de manera que, mientras este ataca con todas sus fuerzas, los defensores solo pueden responder con parte de las suyas. Además, el sitiado puede ser completamente vencido, mientras que el sitiador solo será rechazado. De ahí que muchos que se vieron asediados en su campamento o plaza, aun siendo inferiores en número, optarán por salir con todas sus tropas a campo abierto y derrotarán al enemigo. Eso hizo Marcelo en Nola; y en las Galias lo hizo también César, quien, viendo asaltado su campamento por gran número de galos y constatando la imposibilidad de su defensa por tener que dividir sus tropas en varios frentes aparte de no poder abalanzarse contra el enemigo por hallarse rodeado por la empalizada, abrió por un sector el campamento y, lanzándose por allí con todas sus fuerzas, los atacó con tanta furia y valor que los derrotó.

Muchas veces la constancia de los asedios desalienta y desespera a sus atacantes. Encontrándose enfrentados los ejércitos de Pompeyo y César, y padeciendo hambre las tropas de este último, le mostraron a aquel el pan que comían los soldados de César; cuando vio que estaba hecho

de hierbas ordenó que se mostrara a sus tropas, para que no se asustaran al comprobar qué clase de enemigo tenían enfrente. Nada honró tanto a los romanos en su guerra contra Aníbal como su constancia, porque ni en la más adversa y hostil fortuna pidieron paz, nunca manifestaron temor; es más, cuando Aníbal asediaba Roma, se vendían los terrenos donde habían instalado su campamento a mayor precio del que hubieran alcanzado en circunstancias normales; y se mantuvieron tan obstinados en sus empresas que a pesar de estar obstinados en la defensa de Roma no quisieron suspender sus ataques a Capua, a la que asediaban en el mismo momento en que Roma era atacada.

Sé que les he hablado de muchas cosas que ustedes hubieran podido por sí solos comprender, pero lo he hecho, como les dije hoy, para poderles mostrar mejor a través de ellas la calidad de este ejercicio militar, y para complacer, si es que algunos existen, a quienes han tenido las mismas facilidades que ustedes para aprenderlas. Y me parece que no queda más por decirles que algunas normas generales que para ustedes serán muy familiares, y que son estas:

Lo que beneficia al enemigo nos perjudica, y lo que nos beneficia a nosotros perjudica al enemigo.

Aquel que durante la guerra esté más atento a conocer los planes del enemigo, y más esfuerzo dedique a adiestrar a su ejército, incurrirá en menos peligros y tendrá más esperanzas de victoria.

Jamás conduzcas a la batalla a tus soldados si antes no confirmaste su ánimo y te cercioraste de que no tienen miedo y están organizados, y no hay que comprometerlos en una acción más que cuando tienen moral de victoria.

Es mejor vencer al enemigo por hambre que por la espada, porque para derrotar con esta cuenta más la fortuna que la capacidad.

El mejor de los proyectos es el que permanece oculto para el enemigo hasta el momento de ejecutarlo.

Nada beneficia tanto en la guerra que saber ver la ocasión y aprovecharla.

La naturaleza produce más hombres valientes que la educación y el ejercicio.

En la guerra, la disciplina puede más que la furia.

Si algunos enemigos se pasan a las filas propias, son grandes adquisiciones cuando demuestran una gran lealtad, porque las filas adversarias se debilitan más con la pérdida de los desertores que con la de los muertos, aun cuando el nombre de los fugitivos sea sospechoso a los nuevos amigos y odioso para los ancianos.

Al establecer el orden de combate es mejor situar muchas reservas tras la primera línea que desperdigar a los soldados por hacerla más larga.

Difícilmente es derrotado quien sabe reconocer sus fuerzas y las del enemigo.

Más vale que los soldados sean valientes a que sean muchos, y a veces es mejor la posición que el valor.

Las cosas nuevas y repentinas atemorizan a los ejércitos; las cosas lentas y acostumbradas les merecen poco aprecio. Por eso es conveniente que antes de presentar batalla a un enemigo desconocido, las tropas tomen contacto con él mediante pequeñas escaramuzas.

Quien persigue desordenadamente al enemigo derrotado, no busca sino pasar de ganador a perdedor.

El que no prepara las vituallas necesarias para vivir, está ya derrotado sin necesidad de combatir.

La elección del sitio de combate depende de si el general confía más en la caballería que en la infantería, o en la infantería que en la caballería.

Si durante el día se quiere comprobar si ha entrado algún espía en el sector propio, se ordenará que todos los soldados entren en sus alojamientos.

Cambia de planes cuando adviertas que el enemigo los ha descubierto.

Asesórate con muchos sobre lo que tienes que hacer; con pocos sobre lo que se quiere hacer.

En los ejércitos los soldados se mantienen con el miedo y los castigos; en campaña, con la esperanza y recompensas.

Los buenos generales nunca entablan combate si la necesidad no los obliga o no los llama la ocasión.

Tus enemigos no deben saber cómo quieres que sea el orden de combate en la pelea; cualquiera que sea este, debes prever que la primera línea pueda replegarse sobre la segunda y la tercera.

En la pelea nunca utilices una compañía para otra cosa que aquella para la cual la habías destinado, si quieres evitar el desorden.

Las incidencias no previstas son difíciles de resolver; las mediatas, fáciles.

Los hombres, las armas, el dinero y el pan son el nervio de la guerra; pero de los cuatro los más necesarios son los dos primeros, porque los hombres y las armas encuentran el dinero y el pan, pero el dinero y el pan no encuentran a los hombres y las armas.

El llegar a ser no combatiente rico es el premio del soldado pobre.

Adiestra a tus soldados en el desprecio de las comidas delicadas y la vestimenta lujosa.

Estas son las generalidades que se me ocurre recordar; sé que podría haber dicho muchas cosas en toda mi exposi-

ción, como por ejemplo: cómo y de cuántas maneras los antiguos organizaban las escuadras; qué vestimenta usaban y qué otros tipos de instrucción practicaban, y añadirles muchos otros detalles que no me pareció necesario dar, porque podían verlos por ustedes mismos y porque mi intención no era mostrarles exactamente cómo se componía la antigua milicia, sino cómo en esos tiempos se podía organizar una milicia con más virtud que la acostumbrada hoy. Por eso no he considerado oportuno traer a colación otros aspectos de la antigüedad más que en la medida en que me servían para introducir lo otro.

También sé que debí extenderme más sobre las milicias a caballo, y pasar luego a la guerra naval, porque quien conoce la milicia dice cómo es un ejército de mar y de tierra, a pie y a caballo. De táctica naval no me atrevo a hablar porque no la conozco en absoluto, pero haría hablar a los genoveses y a los venecianos, quienes con estudios similares hicieron en otros tiempos grandes cosas. Acerca de la caballería basta lo dicho, porque se trata, como ya indiqué, del sector menos corrompido. Además de que si la infantería, que es el nervio del ejército, está bien organizada, se obtiene necesariamente una buena caballería. A quien organizara en su territorio la milicia llenándola de caballos, le recordaría dos precauciones: primero, que distribuya yeguas de buena raza por toda la comarca y adiestre a los hombres a que hagan acopio de potrillos, como aquí crían terneros y mulas; la segunda, para que estos encuentren compradores prohibiría tener una mula a quien no tenga un caballo, de modo que el que quiera tener una sola cabalgadura esté obligado a tener un caballo; y ordenaría, además, que nadie pudiera usar trajes de seda sin tener un caballo. Entiendo que algún príncipe de nuestro tiempo ha

conseguido construir incluso en territorios reducidos una magnífica caballería. En cuanto a las demás cosas, en lo que respecta a los caballos, me remito a cuanto les dije y a lo que se acostumbra.

¿Desean saber qué cualidades debe tener un general? Se los diré en pocas palabras, porque mi elección no podría recaer más que sobre el hombre que supiera poner en práctica todo lo que hemos venido diciendo. Estas cualidades no bastarían si no fuera él capaz de inventar cosas nuevas, porque nadie puede ser grande en su oficio si no tiene imaginación; y si la invención hace honor en las otras cosas, en la actividad militar te honra sobre todo. Y vemos que los escritores celebran todos los inventos, incluso los débiles, como vemos que alaban a Alejandro Magno, quien, para levantar el campo más inadvertidamente, daba la orden correspondiente no con un toque de trompeta, sino mediante un gorro colocado en la punta de una lanza. También se le alaba por haber ordenado a sus soldados que al enfrentar al enemigo se arrodillaran con la pierna izquierda para poder resistir con mayor gallardía su embestida; esto, que sirvió para darle la victoria, le dio también tanta fama que las estatuas que se erigían en su honor lo representaban de esa manera.

Pero como es hora de dar por terminada esta exposición, quiero volver al principio, y así en parte evitaré el castigo que en esta tierra se impone a quien lo hace.

Si recuerdo bien, Cosme, tú me decías que yo por un lado exalto la antigüedad y condeno a quienes la imitan en las cosas serias, y por otro no las he imitado en las cuestiones de la guerra a las que me he dedicado, para lo cual tú no entrabas en razón; y yo te dije que los hombres que quieren hacer una cosa primero tienen que prepararse para

saber hacerla, y poder después ponerla en práctica cuando la oportunidad sea propicia. Sobre mi capacidad para reconducir la milicia a los antiguos sistemas quiero que juzguen ustedes, que me han oído hablar largamente sobre el asunto; de ahí han podido deducir cuánto tiempo he invertido en estas reflexiones e imaginar cuánto deseo ponerlas en práctica. Pueden conjeturar fácilmente si puedo hacerlo, si alguna vez se me dio esa oportunidad. Para que ustedes estén más seguros, y para mi justificación, quiero aducir razones, y en parte cumpliré lo que prometí al mostrarles las dificultades y facilidades de imitar en el presente a los antiguos. Digo, por consiguiente, que ninguna acción que se realice hoy entre los hombres es más fácil de adaptar a los criterios antiguos que la milicia, sin embargo, solo para aquellos que son príncipes de un Estado tal que entre sus súbditos puedan reunir a quince o veinte mil jóvenes. Por otra parte, nada hay más difícil que esto para aquellos que no tengan esa posibilidad. Y para que ustedes entiendan mejor este aspecto, han de saber las dos razones por las que se pondera un general. Unos lo son porque con un ejército organizado mediante su disciplina natural hicieron grandes cosas, como la mayor parte de los ciudadanos romanos y otros que condujeron ejércitos, y que no realizaron otro esfuerzo que el de mantenerlos bien y conducirlos con seguridad. Otros porque no solamente tuvieron que superar al enemigo, sino que antes de lograrlo debieron organizar y disciplinar a su ejército; estos sin duda merecen mucho más elogio que el otorgado a quienes con buenos ejércitos ya formados actuaron valerosamente. Un ejemplo de ello son Pelópidas y Epaminondas, Tulio Ostilio, Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro, Ciro, rey de los persas, el romano Graco. Todos tuvieron primero que organizar al

ejército, y después combatir con él. Y pudieron hacerlo tanto gracias a su prudencia como a que tenían subordinados a quienes pudieron orientar a ese ejército. A ninguno de ellos, por excelentes que fueran, les hubiera sido posible hacer nada loable en una provincia ajena, llena de hombres corruptos, no acostumbrados a ninguna honesta obediencia. Así que en Italia no basta saber gobernar un ejército ya organizado, sino que antes es necesario saber armarlo y después saber comandarlo; para lo cual debe tratarse de esos príncipes que por tener mucho Estado y muchos súbditos tienen holgura para hacerlo. Entre los cuales no me encuentro yo, que jamás comandé, ni puedo comandar sino ejércitos de extranjeros y de hombres obligados con otros y no conmigo. Dejo a juicio de ustedes si es posible o no introducir en ellos algunas de las cosas que hoy les expuse. ¿Cuándo podría yo hacer llevar a uno de estos soldados que tenemos hoy más armas que las acostumbradas, y además de armas comida para dos o tres días y la azada? ¿Cuándo podría yo hacerlo cavar el suelo, o tenerlo todos los días muchas horas bajo las armas en los ejercicios de simulacro, para valerme de él en los verdaderos combates? ¿Cuándo se abstendría él de los juegos de voluptuosidad y las blasfemias, las insolencias que se acostumbran hoy? ¿Cuándo acataría la disciplina, la obediencia y la reverencia hasta el punto de encontrar un árbol lleno de frutos en medio de un campamento y dejarlo intacto, como se lee que muchas veces sucedió en los ejércitos antiguos? ¿Qué puedo prometerles, como para que me tengan que amar y temer con reverencia, si una vez concluida la guerra no tienen nada que acordar conmigo? ¿De qué los voy a avergonzar, si nacieron y se criaron sin vergüenza? ¿Por qué han de cumplir lo que digo, si no me conocen? ¿Por cuál

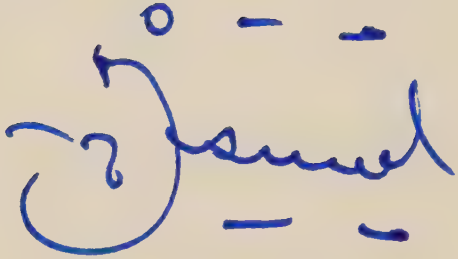
Dios, o por cuáles santos tengo que hacerlos jurar? ¿Por los que adoran o por aquellos a quienes blasfeman? No sé que adoren a ninguno; pero bien sé que blasfeman contra todos. ¿Cómo voy a creer que cumplan las promesas aquellos a quienes a toda hora desprecian? ¿Cómo pueden reverenciar a los hombres quienes desprecian a Dios? ¿Qué buena forma podría imprimirse en esta materia? Si ustedes argumentaran que los suizos y los españoles son buenos, les confesaré que son mucho mejores que los italianos; pero si ustedes tienen en cuenta mi razonamiento, y el modo de proceder de los dos, verán que a ellos les faltan muchas cosas para alcanzar la perfección de los antiguos. Los suizos se han hecho buenos gracias a su costumbre natural, provocada por lo que hoy les dije, y los españoles por necesidad; porque siendo militares en una provincia extranjera y sintiéndose obligados a vencer o morir, como evaluaron que no podían fugarse se volvieron buenos soldados. Pero es una bondad en muchos sentidos defectuosa, porque no hay en ella otra cosa de bueno que haberse acostumbrado a esperar al enemigo hasta la punta de la pica y la espada. Y lo que les falta nadie es capaz de enseñárselos, mucho menos quien no hable su lengua. Pero volvamos a los italianos, que por no haber tenido príncipes sabios no han aprendido ningún buen orden, y por no tener la necesidad que tuvieron los españoles no lo aprendieron por sí mismos, así que siguen siendo el oprobio del mundo. Pero no son los pueblos los que tienen la culpa de eso, sino sus príncipes, los que han sido castigados por eso, y su ignorancia les ha procurado las justas penas al perder ignominiosamente el Estado sin dar ninguna muestra de valor. ¿Quieren ver si es verdad lo que digo? Consideren cuántas guerras hubo en Italia desde que pasó el rey Carlos hasta

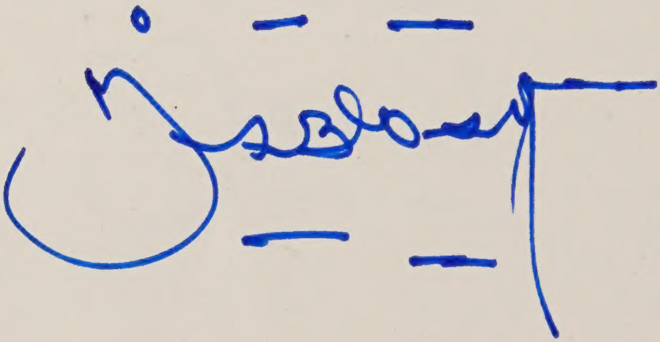
hoy; las guerras suelen generar hombres belicosos y de fama, pero estas guerras, cuanto más feroces y grandes, más han hecho perder la reputación a sus miembros y a sus jefes; de lo cual corresponde deducir que la organización acostumbrada no era ni es buena, y no ha podido adoptar ninguno de los criterios nuevos. Y nunca crean que las armas italianas recobren la reputación sino por la vía que les mostré mediante aquellos que tengan grandes Estados en Italia; porque esta organización puede aplicarse a hombres simples, rudos y propios, no a los malignos, mal custodiados y extranjeros. Jamás se encontrará un buen escultor que crea hacer una buena estatua de un trozo de mármol mal trabajado, sino de uno sin pulir. Nuestros príncipes italianos, antes de recibir los golpes de las guerras ultramontanas, creían que a un príncipe le bastaba con saber pensar desde los escritorios una respuesta aguda, escribir una hermosa carta, mostrar en las palabras y dichos agudeza y rapidez, saber urdir un engaño, adornarse con gemas y oro, dormir y comer con mayor esplendor que los demás, rodeado de lujuria, comportarse con avaricia y soberbia ante sus súbditos, corromperse en el ocio, conceder graciosamente los rangos de la milicia, despreciar a quien le muestra una vía loable, pretender que sus palabras son respuestas de oráculos; los desdichados no se daban cuenta de que se preparaban para ser presas de quien los atacara. De allí surgieron en 1494 los grandes temores, las súbitas fugas y las asombrosas pérdidas; así tres Estados muy poderosos que estaban en Italia fueron saqueados y destruidos varias veces. Pero lo peor es que los que se quedan persisten en el mismo error y viven en el mismo desorden, y no tienen en cuenta que los que antiguamente querían tener el Estado, practicaban y hacían practicar todas las cosas

que les expuse, y que su esfuerzo era preparar el cuerpo con penurias y el alma al no temer los peligros. De allí surgía que César, Alejandro y todos esos hombres y príncipes excelentes eran los primeros entre los combatientes, iban armados a pie, y si perdían el Estado querían perder la vida; de manera que vivían y morían virtuosamente. Y si en ellos, o en parte de ellos, cabía condenar un exceso de ambición de reinar, nunca se encontrará que se condene en ellos molicie o ninguna cosa que vuelva a los hombres delicados y cobardes. Si esos príncipes leyeran y creyeran esas cosas, sería imposible que no cambiaran su modo de vivir, y que la fortuna de sus provincias no tuviera vuelco. Y puesto que ustedes al principio de nuestra conversación se quejaban de su ordenanza, yo les digo que si ustedes se organizan como les dije y la experiencia no les resultara buena, podrían razonablemente quejarse; pero si no se organizan y adiestran como les he dicho es la ordenanza la que debiera quejarse de ustedes, que en lugar de una figura perfecta hicieron un abortivo. También los venecianos y el duque de Ferrara empezaron esa reforma y no la continuaron, lo que fue falla de ellos, no de sus hombres. Y yo les confirmo que cualquiera de los que hoy tienen estados en Italia y sea el primero en seguir este camino será antes que ningún otro señor de esta provincia; y a su Estado le sucederá lo que al reino de los macedonios que bajo Filipo, que había aprendido el modo de organizar el ejército del tebano Epaminondas, con esta organización y estos ejércitos se volvió tan poderoso, mientras que Grecia permanecía ociosa y acudía a la representación de comedias, que en pocos años logró ocuparla, y dejar su sitio a tales cimientos que logró ser príncipe de todo el mundo. De modo pues que quien menosprecia estos pensamientos, si es príncipe

menosprecia su principado, y si es ciudadano su ciudad. Me quejo de la naturaleza, que no debió hacerme conocer esto, o debía darme la facultad de ponerlo en práctica. Ahora que soy un anciano, no creo tener ya ninguna oportunidad; por eso he sido generoso con ustedes, que siendo jóvenes y estando capacitados podrán, si les gustan las cosas que les dije, a su debido tiempo, ayudar y aconsejar a sus príncipes. No pretendo que ustedes se desanimen o desconfíen, porque esta provincia parece nacida para resucitar las cosas muertas, como se ha visto en la poesía, la pintura y la escultura. En lo que a mí respecta, por estar avanzado en años, no confío. En verdad, si la fortuna me hubiera concedido en otro tiempo un Estado tal que bastara para esa empresa, creería haber demostrado en poco tiempo al mundo el valor de las instituciones antiguas, y sin duda lo habría acrecentado con gloria o perdido sin deshonor.

* * *





NY-10-30/2016

DEL ARTE DE LA GUERRA

Niccoló di Bernardo dei Machiavelli nació el 3 de mayo de 1469, en Val di Pesa, un pueblo cercano a Florencia, en el seno de una antigua familia florentina. Hijo de Bernardo di Niccoló dei Macchiavelli, jurisconsulto, y de Bartolommea dei Nelli.

A primera vista, la *virtú* de Maquiavelo se nos presenta como una apología del cinismo, o como la aceptación y sistematización de la "amoralidad" en la política; evidentemente hay mucho de cierto en esta perspectiva, pero detrás de este pragmatismo descarnado se trasluce una intención oculta: la unificación de Italia, la creación de una patria mucho mayor que las ciudades-estado que eran el remanente de una Edad Media ya superada, y todavía más: la creación de una nación liberal y republicana, lo que parecería un contrasentido para los lectores de su famosa obra *El Príncipe*, y *Del arte de la guerra*, que es el discurso dialogado que aquí presentamos; pero no cabe duda que Maquiavelo creía (como muchos han creído a lo largo de la historia) que una voluntad poderosa y desprovista de los blandos valores morales podría concentrar todo el poder y someter a Italia al imperio de una fuerte autoridad que restableciera aquella *pax romana* que fue un gran yugo para los pueblos, pero también un camino abierto hacia la civilización.

ISBN-13: 978-607-415-706-2

9 786074 157062

GRUPO EDITORIAL TOMO S.A. DE C.V.

Col. Los clásicos

P8-BWW-785